

Jenny Han



SIEMPRE
NOS QUEDARÁ
EL
VERANO



 DESTINO

Índice

Portada

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Unos años después
Agradecimientos
Créditos

*Para mis dos Emilys:
Emily Van Beek, eres mi embajadora de quan.
Emily Thomas Meehan: no nos separemos nunca,
Tu chica*

Cuando era niña, los miércoles por la noche mi madre y yo veíamos vídeos de antiguos musicales. Era nuestra tradición. A veces mi padre o Steven pasaban por allí y se sentaban frente a la tele un rato, pero casi siempre éramos sólo mi madre y yo sentadas en el sofá con una manta y un bol de palomitas de maíz dulces o saladas. Cada miércoles. Veíamos *Vivir de ilusión*, *West Side Story*, *Cita en San Louis*, musicales que me gustaban, como *Cantando bajo la lluvia*, que me encantaba. Pero ninguno se podía comparar con *Un beso para Birdie*. De entre todos los musicales, *Un beso para Birdie* era mi favorito. Lo veía una y otra vez, hasta que mi madre ya no podía más. Igual que Kim MacAfee antes que yo, quería llevar rímel y tacones y experimentar «esa sensación de felicidad de una mujer madura». Quería oír silbar a los chicos y saber que era por mí. Quería crecer y ser como Kim, porque ella consiguió todas esas cosas.

Y luego, cuando llegaba la hora de acostarme, cantaba ante el espejo del baño con la boca llena de pasta de dientes:

—*Te queremos, Conrad, oh y tanto que sí. Te queremos, Conrad, y siempre te seremos fieles.*

Cantaba con todo mi corazón de ocho, nueve y diez años. Pero no le cantaba a Conrad Birdie. Cantaba para mi Conrad. Conrad Beck Fisher, el protagonista de mis sueños preadolescentes.

Sólo he amado a dos chicos, y ambos llevan el apellido Fisher. Conrad fue el primero y lo amé como sólo se puede amar la primera vez. Es el tipo de amor que no sabe lo que le conviene y tampoco quiere saberlo. Es vertiginoso e insensato y apasionado. El tipo de amor que sólo ocurre una vez.

Y luego estaba Jeremiah. Cuando miraba a Jeremiah, veía el pasado, el presente y el futuro. No sólo conocía a la chica que fui. Conocía a mi yo de ahora y me quería igualmente.

Mis dos grandes amores. Creo que siempre supe que algún día me convertiría en Belly Fisher. Lo que ignoraba era que fuese a ocurrir así.

Capítulo uno

Cuando llega la semana de los exámenes finales y llevas estudiando cinco horas seguidas, necesitas tres cosas para superar la noche: tomarte el granizado de cola de cereza más grande que puedas encontrar; ponerte esos pantalones de pijama lavados tantas veces que han quedado finos como un pañuelo de papel, y, por último, hacer pausas para bailar. Montones de pausas para bailar. Cuando se te empiezan a cerrar los ojos y sólo puedes pensar en irte a la cama, haz una pausa para bailar y conseguirás seguir adelante.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba estudiando para mi último examen final de primer curso en la Universidad de Finch. Había acampado en la biblioteca de mi residencia con mi nueva mejor amiga, Anika Johnson, y mi vieja mejor amiga, Taylor Jewel. Las vacaciones de verano estaban tan cerca que casi podía saborearlas. Sólo cinco días más. Llevaba contando los días desde el mes de abril.

—¡Pregunta! —ordenó Taylor con voz ronca.

Abrí la libreta por una página al azar

—Define y compara *Anima* y *Animus*.

Taylor se mordisqueó el labio inferior.

—Dame una pista.

—Mmm... Piensa en latín —sugerí.

—¡No he estudiado latín! ¿Habrá preguntas de latín en el examen?

—No, sólo intentaba darte una pista. Porque en latín, los nombres de chico terminan en *-us* y los de chica en *-a*, y *Anima* es el arquetipo femenino y *Animus* el arquetipo masculino. ¿Lo pillas?

Soltó un gran suspiro.

—No. Voy a suspender.

Levantando la vista de sus apuntes, Anika comentó:

—Quizá si dejases de enviar mensajes con el móvil y empezases a estudiar, no suspenderías.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Estoy ayudando a mi hermana mayor a planear nuestro *brunch* de fin de curso, por eso esta noche tengo que estar de guardia.

—¿De guardia? —Anika parecía divertida—. ¿Como los médicos?

—Sí, exactamente igual que un médico —espetó Taylor.

—Y bien, ¿qué serán, tortitas o gofres?

—Torrijas, si tanto te interesa.

Estábamos en la clase de psicología de primero y Taylor y yo nos examinaríamos al día siguiente, mientras que Anika lo haría un día más tarde. Anika era mi mejor amiga en la facultad, aparte de Taylor. Sabiendo lo competitiva que era Taylor por naturaleza, estaba más que celosa de nuestra amistad, aunque no lo admitiría ni en un millón de años.

Mi amistad con Anika era distinta de la que tenía con Taylor. Anika era tranquila y relajada y era fácil estar con ella. No te juzgaba. Más que nada, te dejaba espacio para ser diferente. No me conocía de toda la vida, así que no tenía expectativas ni ideas preconcebidas sobre mí. Eso me daba libertad. Y no se parecía a ninguna de mis amigas anteriores. Era de Nueva York, su padre era músico de jazz y su madre, escritora.

Un par de horas más tarde, el sol empezó a inundar la habitación de una luz azulada. A Taylor le colgaba la cabeza entre los hombros, mientras que Anika tenía la mirada perdida como un zombi.

Arrugué dos bolitas de papel y las arrojé a mis dos amigas.

—Pausa de baile —voceé a la vez que presionaba el *play* en mi ordenador y me removía en la silla.

Anika me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque en sólo unas horas todo habrá acabado —respondí dando una palmada.

No tenía el examen hasta la una y mi plan consistía en volver a mi habitación, dormir un par de horas y levantarme con tiempo de sobra para estudiar un poco más.

Me quedé dormida, pero incluso así me las arreglé para estudiar una hora más. No tuve tiempo de ir al comedor a desayunar, así que sólo bebí una cola de la máquina expendedora.

El examen fue tan difícil como cabía esperar, pero estaba bastante segura de que al menos conseguiría un notable. Taylor también creía que no suspendería, menos mal. Las dos estábamos demasiado cansadas para celebrarlo, así que chocamos los cinco y nos fuimos cada una por su lado.

Volví a mi habitación dispuesta a perder el conocimiento al menos hasta la hora de la cena, y cuando abrí la puerta, ahí estaba Jeremiah, dormido en mi cama. Cuando dormía parecía un niño pequeño, incluso aunque llevara barba de tres días. Estaba tendido sobre mi colcha, con los pies colgando por el borde y mi oso polar de peluche abrazado contra el pecho.

Me quité los zapatos y me arrastré hasta él. Se movió, abrió los ojos y dijo:

—Hola.

—Hola —respondí.

—¿Cómo ha ido?

—Bastante bien.

—Genial.

Soltó a *Junior Mint* y me abrazó.

—Te he traído la mitad de mi bocadillo del almuerzo.

—Eres un sol —respondí, escondiendo la cara en su pecho.

Me besó el pelo.

—No permitiré que mi chica se salte las comidas a lo loco.

—Sólo el desayuno —aduje, y después de pensarlo un momento, añadí—: Y la comida.

—¿Quieres comértelo ahora? Está en mi mochila.

Lo consideré; estaba hambrienta, pero también cansada.

—Quizá más tarde —contesté cerrando los ojos.

Entonces se volvió a dormir y yo con él. Al despertar, había oscurecido, *Junior Mint* estaba en el suelo y Jeremiah me había rodeado con los brazos. Él aún dormía.

Habíamos empezado a salir justo antes del inicio de mi último año de instituto, aunque «salir» no parecía la palabra más adecuada. Simplemente habíamos acabado juntos. Sucedió tan de prisa y con tanta facilidad que me parecía que siempre había sido así. Un momento éramos amigos, al siguiente nos estábamos besando y antes de darme cuenta ya me estaba matriculando en la misma universidad que él. Me convencí a mí misma y a todos los demás (él incluido y especialmente mi madre) de que se trataba de una buena universidad, que encima estaba a pocas horas de distancia de casa. Todo era cierto. Pero la verdad era que deseaba estar junto a él. Quería tenerlo conmigo todas las estaciones, no solamente durante el verano.

Y aquí estábamos, tumbados uno al lado del otro en mi habitación de la residencia. Él era un estudiante de segundo año y yo estaba terminando el primer curso. Era de locos pensar lo lejos que habíamos llegado. Nos conocíamos de toda la vida y, por un lado, todo aquello me parecía sorprendente, aunque por otro, también lo sentía como algo que siempre supe que sucedería.

Capítulo dos

La hermandad de Jeremiah había organizado una fiesta de fin de curso. En menos de una semana volveríamos a casa para disfrutar de las vacaciones y no regresaríamos a Finch hasta finales de agosto. El verano siempre había sido mi estación favorita, pero ahora que por fin volvía a casa la sensación era agrisada. Me había acostumbrado a ver a Jeremiah cada mañana en el comedor para desayunar y a hacer la colada con él en la casa de la hermandad por la noche. Se le daba bien doblar mis camisetas.

Ese verano volvería a pasarlo haciendo prácticas en la empresa de su padre y yo iba a trabajar de camarera en un restaurante familiar llamado Behrs, igual que el verano anterior. El plan era encontrarnos en la casa de Cousins tan a menudo como fuese posible. El verano anterior no lo habíamos conseguido ni una sola vez, los dos habíamos estado demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos. Yo había aceptado todos los turnos que me ofrecieron para ahorrar para la universidad y sentí un vacío en mi interior al saber que pasaría mi primer verano lejos de Cousins.

Aparecieron algunas luciérnagas. Empezaba a oscurecer y no hacía demasiado calor. Llevaba zapatos de tacón, lo que resultó ser una mala idea, dado que en un gesto impulsivo de última hora había decidido andar en vez de tomar el autobús. Supuse que sería la última vez en una buena temporada que cruzaría el campus en una noche tan bonita.

Había invitado a Anika y a nuestra amiga Shay a acompañarme, pero Anika tenía una fiesta con su grupo de danza y Shay ya había terminado los exámenes y se había marchado volando a casa, a Texas. La hermandad de Taylor celebraba un cóctel, así que ella tampoco iba a venir. Sólo quedábamos mis doloridos pies y yo.

Le envié un mensaje a Jeremiah para decirle que estaba de camino y que iba a pie, de modo que llegaría un poco tarde. Tenía que detenerme a menudo para ponerme bien los zapatos, que no paraban de clavármese en los talones. Definitivamente, los tacones eran una estupidez.

A mitad de camino me lo encontré sentado en mi banco preferido. Al verme se puso de pie.

—¡Sorpresa!

—No hacía falta que vinieses a buscarme —dije yo, feliz de que lo hubiese hecho. Me senté en el banco.

—Estás guapísima.

Incluso ahora, después de dos años juntos, todavía me sonrojaba un poco cuando decía cosas así.

—Gracias —le contesté. Llevaba un vestido de tirantes que me había prestado Anika. Era blanco, con diminutas flores azules y volantes.

—Me recuerda a *Sonrisas y lágrimas*, pero en plan sexy.

—Gracias —repetí. ¿El vestido hacía que me pareciese a *Fräulein* María? No sonaba muy bien. Alisé un poco los volantes del vestido.

Un par de chicos a los que no conocía se detuvieron para saludar a Jeremiah, pero yo me quedé en el banco descansando los pies.

Cuando se marcharon, me preguntó:

—¿Lista?

Solté un gruñido.

—Mis pies me están matando. Los zapatos de tacón son una estupidez.

Jeremiah se agachó y dijo:

—Súbete, nena.

Riendo como una boba, me subí a su espalda. Siempre reía cuando me llamaba «nena». No podía evitarlo, Jeremiah era muy gracioso.

Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿El lunes viene tu padre? —me preguntó mientras cruzábamos el césped.

—Sí. Nos ayudarás, ¿no?

—¡Anda ya! Además de remolcarte por medio campus, ¿también tengo que ayudarte con la mudanza?

Le di una palmada en la cabeza que consiguió eludir.

—Vale, vale —concedió.

Le hice una pedorreta en el cuello y soltó un aullido de niño pequeño. No dejé de reírme en todo el trayecto.

Capítulo tres

Cuando llegamos a la sede de la hermandad de Jeremiah, las puertas estaban abiertas de par en par y había mucha gente en el césped de la entrada. De todas partes colgaban farolillos de colores. Tres piscinas infantiles hinchables se habían instalado a modo de jacuzzi. Los chicos se perseguían unos a otros con pistolas de agua llenas de cerveza. Algunas de las chicas iban en biquini.

Bajé de un salto de la espalda de Jeremiah y me quité los zapatos.

—Los novatos han hecho un buen trabajo —comentó Jeremiah, mirando satisfecho en dirección a las piscinas hinchables—. ¿Llevas bañador?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que pregunte a las chicas si tienen uno de sobra? —sugirió.

—No, gracias —respondí apresuradamente.

Conocía a algunos de los miembros de la hermandad de Jeremiah porque pasaba bastante tiempo con él, pero no a las chicas. La mayoría eran de Zeta Pi, la hermandad femenina hermanada con la de Jeremiah. Eso significaba que celebraban juntos cócteles, fiestas y ese tipo de cosas. Jeremiah había querido que me presentase a las pruebas de acceso a Zeta Pi, pero me negué. Le dije que no podía permitirme las cuotas y el coste extra de vivir en una hermandad, pero en realidad era porque deseaba relacionarme con todo tipo de chicas, no sólo las que pertenecían a la misma hermandad. Quería una «experiencia universitaria más amplia», como siempre decía mi madre. Según Taylor, Zeta Pi era para fiesteras y putillas, al contrario que la suya, que en teoría era más exclusiva y tenía más clase. Y además estaba mucho más volcada en temas de trabajo comunitario, según ella.

No paraban de venir chicas a decir hola y a abrazar a Jeremiah. A mí también me saludaban y yo les devolvía el saludo. Subí arriba a dejar mi bolso en su habitación. Mientras bajaba la escalera de regreso, la vi.

Lacie Barone, enfundada en unos vaqueros ajustados, una blusa de tirantes de seda y unos tacones de marca de cuero rojo que como mucho conseguían que llegase al metro sesenta de altura, estaba hablando con Jeremiah. Lacie era la relaciones públicas de Zeta Pi y estaba en tercero, así que era un año mayor que Jeremiah y dos mayor que yo. Tenía el pelo de un castaño oscuro, que lucía en una media melena estilizada, y era muy menuda. Estaba, en opinión de cualquier chico, muy buena. Según Taylor, Jeremiah le gustaba. Le dije a Taylor que me daba igual, y lo dije en serio. ¿Por qué iba a importarme?

Claro que Jeremiah gustaba a las chicas. Era exactamente el tipo de hombre que les gustaba. Pero incluso una chica tan guapa como Lacie no tenía nada que hacer. Nuestra relación había tomado forma a lo largo de años y más años. Yo lo conocía mejor que nadie, igual que él a mí, y sabía que Jere nunca se fijaría en otra.

Jeremiah me vio y me hizo un gesto para que me acercase. Fui hasta ellos y saludé a Lacie.

—Hola —respondió.

Arrimándome a él, Jeremiah comentó:

—Lacie se marcha a estudiar a París en otoño.

A Lacie le explicó:

—Nosotros queremos viajar por Europa en plan mochilero el próximo verano.

Sorbiendo su cerveza, Lacie comentó:

—Qué guay. ¿Por qué países?

—Francia seguro —prosiguió Jeremiah—. Belly habla un francés muy fluido.

—No es verdad —aclaré, azorada—. Sólo tengo un nivel muy básico.

—Yo también soy terrible. Sólo quiero ir para comer montones de queso y chocolate.

Tenía una voz sorprendentemente ronca para ser tan diminuta. Me pregunté si fumaría. Me sonrió y pensé que Taylor se equivocaba con ella, era una chica simpática.

Cuando se marchó a por una bebida unos minutos después, comenté:

—Es maja.

Jeremiah se encogió de hombros y respondió:

—Sí, me cae bien. ¿Quieres algo de beber?

—Vale —contesté.

Me tomó por los hombros y me condujo hasta el sofá.

—Quédate aquí sentada. No muevas ni un músculo. Vuelvo en seguida.

Lo estuve observando mientras se abría paso entre el gentío, orgullosa de que fuese mío. Mi novio, mi Jeremiah. El primer chico junto al que había dormido. El primero al que le había hablado sobre el día en que sorprendí por accidente a mis padres haciéndolo. El primero en salir a comprarme ibuprofeno para aliviar mis dolores menstruales, el primero en pintarme las uñas de los pies, en sujetarme el pelo mientras vomitaba una vez que me emborraché delante de sus amigos, el primero en escribirme una nota romántica en la pizarra que colgaba de la puerta de mi habitación.

Eres la leche de mi batido, por siempre jamás, con amor, J.

Fue el primer chico al que besé. Era mi mejor amigo. Cada vez lo comprendía

mejor. Así era como tenía que ser. Él era el único para mí.

Capítulo cuatro

Ocurrió esa misma noche un poco más tarde.

Estábamos bailando. Tenía los brazos alrededor del cuello de Jeremiah y la música sonaba a todo trapo. Me notaba excitada y acalorada, tanto por el baile como por la bebida. La habitación estaba a reventar de gente, pero cuando Jeremiah me miraba, no había nadie más. Solamente él y yo.

Alargó la mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Dijo algo que no oí.

—¿Cómo?! —grité.

—¡No te cortes nunca el pelo, ¿vale?! —chilló.

—¡Tengo que hacerlo! Si no me parecería a... a una bruja.

Jeremiah se tocó la oreja y dijo:

—¡No te oigo!

—¡Bruja!

Me sacudí el pelo delante de la cara para darle énfasis a mi comentario e imité a una bruja revolviendo un caldero con una risa malvada.

—Me gustas de bruja —me dijo al oído—. ¿Qué tal si sólo te cortas las puntas?

—¡Prometo no cortarme el pelo si tú te olvidas de lo de la barba! —chillé.

Llevaba hablando de dejarse barba desde Acción de Gracias, cuando algunos de sus amigos del instituto celebraron un concurso para ver quién se la dejaba más larga. Le dije que de ninguna manera, me recordaría demasiado a mi padre.

—Lo tendré en cuenta —dijo, y me besó.

Sabía a cerveza y seguramente yo también.

Entonces Tom, el compañero de hermandad de Jeremiah (también conocido como Redbird por razones que desconocía) nos vio y cargó contra Jeremiah como un toro. Iba en ropa interior y llevaba una botella de agua. Y no eran *boxers*, eran *slips* blancos y ajustados.

—¡Separaos! ¡Separaos! —gritó.

Empezaron a hacer el tonto y cuando Jeremiah consiguió inmovilizar a Tom agarrándolo del cuello, Tom derramó la botella de agua llena de cerveza encima de mí y del vestido de Anika.

—Perdón, perdón —farfulló. Cuando Tom estaba muy borracho, lo repetía todo dos veces.

—No pasa nada —dije yo, escurriendo la falda y evitando dirigir la mirada hacia

la mitad inferior de su cuerpo.

Fui al baño a limpiarme el vestido, pero había cola, así que me dirigí a la cocina. Había gente tomando chupitos sobre la mesa de la cocina; Luke, otro compañero de la hermandad de Jeremiah, estaba lamiendo sal del ombligo de una pelirroja.

—Hola, Isabel —dijo, levantando la mirada.

—Mmm, hola, Luke —respondí. Entonces vi a una chica vomitando en el fregadero y me marché como una exhalación.

Subí al baño de arriba. En lo alto de la escalera, me abrí paso junto a dos que se estaban dando el lote y le pisé la mano al chico por accidente.

—Lo siento mucho —dije, pero no pareció darse cuenta, ya que tenía la otra mano bajo la camisa de la chica.

Cuando llegué al baño por fin, cerré el pestillo y solté un suspiro de alivio. La fiesta estaba siendo más salvaje de lo habitual. Supuse que con el fin de curso y los exámenes acabados la gente se estaba soltando. Me alegré de que Anika no hubiese podido venir, todo aquello no era de su estilo. Ni tampoco del mío.

Froté la mancha con un poco de jabón líquido y crucé los dedos con la esperanza de que el vestido no quedase manchado. No estaba prestando atención a lo que se decía a mi alrededor hasta que oí la voz de Lacie:

—Está guapísimo esta noche, ¿verdad?

Otra voz contestó:

—Siempre está guapo.

—Ay, sí, por Dios— contestó ella arrastrando la palabras.

La otra chica comentó:

—Me muero de envidia cuando pienso que te enrollaste con él.

Con voz cantarina, Lacie respondió:

—Lo que pasa en Cabo, se queda en Cabo.

De repente me sentí mareada. Me apoyé de espaldas contra la puerta del baño para recobrar el equilibrio. No podía estar hablando de Jeremiah. Imposible.

Alguien aporreó la puerta y me incorporé sobresaltada.

La abrí sin pensar. Al verme, Lacie se tapó la boca con la mano. La expresión de su rostro fue como un puñetazo en el estómago. Sentí un dolor físico. Oía la respiración jadeante de la chica, pero todo se me antojaba muy lejano. Me sentí como si caminase sonámbula al pasar junto a ellas y al cruzar el pasillo.

No podía creerlo. No podía ser verdad. No con mi Jere.

Fui a su habitación y cerré la puerta con llave. Me senté en su cama, con las rodillas abrazadas contra el pecho, repasándolo todo en mi cabeza. «Lo que pasa en Cabo, se queda en Cabo.» La expresión de Lacie, el grito ahogado de su amiga. Todo se repetía una y otra vez en mi cabeza como si fuese una película, una vez tras otra.

Los dos charlando un rato antes. Su manera de encogerse de hombros cuando le dije que era maja.

Tenía que asegurarme. Tenía que oírlo por boca del propio Jeremiah.

Salí de la habitación y fui a buscarlo. Mientras lo hacía, empecé a notar cómo la sorpresa se convertía en rabia. Me abrí paso entre la multitud.

—¡Eh! —masculló una chica borracha cuando la pisé, pero no me detuve a disculparme.

Finalmente, lo encontré de pie bebiendo cerveza con sus compañeros. Desde el umbral de la puerta, le dije:

—Tengo que hablar contigo.

—Un segundo, Bells —respondió él.

—No. Ahora.

Los otros se partían de risa y empezaron a decir cosas como:

—Uy, alguien se ha metido en un lío.

—Cuidado con el látigo, Fisher.

Yo seguía esperando.

Jeremiah debió de notar algo en mi mirada porque me siguió adentro, escaleras arriba, hasta su habitación. Cerré la puerta a mis espaldas.

—¿Qué pasa? —me preguntó con cara de preocupación.

Prácticamente escupí las palabras:

—¿Te enrollaste con Lacie Barone durante las vacaciones de primavera?

Jeremiah se puso blanco.

—¿Qué?

—¿Te enrollaste con ella?

—Belly...

—Lo sabía —susurré—. Lo sabía.

Aunque no lo sabía, no de verdad. No sabía nada.

—Espera un momento, espera.

—¡¿Que espere?! —chillé—. Dios mío, Jere. Oh, Dios mío.

Me hundí hasta el suelo. Las piernas ya no me sostenían.

Jeremiah se arrodilló a mi lado e intentó ayudarme a ponerme de pie. Lo aparté de un manotazo.

—¡No me toques!

Se sentó a mi lado, con la cabeza suspendida entre las rodillas.

—Belly, fue cuando decidimos tomarnos un tiempo. Cuando rompimos.

Me quedé mirándolo fijamente.

Nuestra supuesta ruptura había durado una semana escasa. Ni siquiera había sido una ruptura de verdad, al menos no para mí. Siempre di por hecho que volveríamos.

Me pasé toda la semana llorando y, mientras tanto, él estaba en Cabo besando a Lacie Barone.

—¿Sabías perfectamente que no habíamos roto de verdad! ¡Sabías que no iba en serio!

—¿Cómo iba a saberlo? —contestó abatido.

—¿Si yo lo sabía, tú también podías saberlo!

Tragó saliva, la nuez se le balanceó arriba y abajo.

—Lacie me estuvo persiguiendo toda la semana. No me dejaba en paz. No quería enrollarme con ella, te lo juro. Ocurrió y ya está.

Se le fue apagando la voz.

Me sentía sucia con sólo oírlo. Asqueada. No quería pensar en ellos dos juntos. No quería ni imaginármelos.

—Cállate —dije yo—. No quiero oírlo.

—Fue un error.

—¿Un error? ¿A eso lo llamas un error? Un error fue cuando te olvidaste mis chanclas en la ducha y se pusieron mohosas y tuve que tirarlas. Eso es un error, imbécil.

Rompí a llorar.

No dijo nada. Permaneció allí sentado, con la cabeza aún colgada.

—Ya no sé ni quién eres.

Se me revolvió el estómago.

—Creo que voy a vomitar.

Jeremiah puso la papelera junto a la cama y vomité entre llantos y arcadas. Intentó acariciarme la espalda, pero me aparté de él.

—No me toques —farfullé, limpiándome la boca con el antebrazo.

No tenía sentido. Nada lo tenía. Ése no era el Jeremiah que yo conocía. Mi Jeremiah nunca me lastimaría de esa manera. Ni siquiera miraría a otra chica. Mi Jeremiah era sincero y fuerte y seguro. No sabía quién era esa otra persona que tenía junto a mí.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo él.

Ahora Jeremiah también lloraba. «Bien —pensé—. Sufre como me has hecho sufrir a mí.»

—Quiero ser completamente honesto contigo, Belly. No habrá más secretos.

Esta vez se desmoronó de verdad, y empezó a sollozar con fuerza.

Me quedé completamente paralizada.

—Nos acostamos juntos.

Antes de darme cuenta, noté mi mano golpeándole la cara. Lo abofeteé con todas mis fuerzas. Ni siquiera lo pensé, simplemente lo hice. Mi mano izquierda dejó una

mancha roja en su mejilla derecha.

Nos miramos el uno al otro. No podía creer que le hubiese golpeado y él tampoco. La sorpresa empezaba a registrarse en su rostro y seguramente también en el mío. Nunca antes había pegado a nadie.

Fregándose la mejilla, repitió:

—Lo siento muchísimo.

Lloré con más fuerza. Los había imaginado enrollándose, pegándose el lote. Pero ni siquiera había considerado el sexo. Era una idiota.

—No significó nada, te juro que no.

Intentó tocarme el brazo y me estremecí.

—Puede que el sexo no signifique nada para ti. Pero para mí sí, y lo sabes. Lo has echado todo a perder, nunca más volveré a confiar en ti —dije secándome las mejillas.

Intentó abrazarme, pero lo aparté de un empujón.

—Ya te lo hecho dicho, lo de Lacie no significó nada —protestó, desesperado.

—Significa algo para mí. Y está claro que para ella también.

—¡No estoy enamorado de ella! —exclamó—. ¡Te quiero a ti!

Jeremiah se arrastró a gatas hasta donde yo estaba. Me rodeó las rodillas con los brazos.

—No te vayas —imploró—. No te vayas, por favor.

Intenté sacudírmelo de encima, pero tenía mucha fuerza. Se aferró a mí como si yo fuese una balsa y estuviese perdido en el mar.

—Te quiero tanto —dijo; todo el cuerpo le temblaba—. Siempre has sido tú, Belly.

Deseaba seguir gritando y llorando y encontrar una forma de arreglarlo, pero no la había. Mirando a Jeremiah desde arriba, me sentí como si estuviese hecha de piedra. Nunca antes me había fallado. Y ahora que lo había hecho resultó mucho más duro porque no lo había visto venir. Costaba creer que solamente unas horas antes me estuviera llevando a caballito por el campus y yo creyese quererlo más que nunca.

—No podemos hacer nada para arreglarlo —respondí, y lo hice para herirlo—. Lo que teníamos se ha roto. Ha desaparecido. Lo hemos perdido esta noche.

—Claro que podemos. Sé que podemos —insistió con desesperación.

Sacudí la cabeza. Las lágrimas habían vuelto, pero no quería seguir llorando, no delante de él. Ni con él. No quería sentirme triste. No quería sentir nada. Volví a secarme la cara y me puse de pie.

—Me voy.

Se levantó con paso vacilante.

—¡Espera!

Lo empujé a un lado y cogí mi bolso de la cama. Al poco, estaba cruzando la puerta, corriendo escaleras abajo y saliendo por la puerta. Corrí hasta la parada del autobús con el bolso golpeándome la espalda y los tacones golpeteando contra el pavimento. Estuve a punto de tropezar y caer de bruces, pero llegué a tiempo. Tomé el autobús justo cuando se subía el último pasajero y nos pusimos en marcha. No miré atrás para comprobar si Jeremiah me había seguido.

Mi compañera de habitación, Jillian, se había marchado a pasar el verano a casa ese mismo día, así que tenía la habitación para mí sola y podía llorar sin testigos. Jeremiah no paraba de llamar y de enviarme mensajes, de modo que apagué el teléfono. Pero antes de irme a dormir, volví a encenderlo para ver lo que había escrito.

Estoy tan avergonzado de mí mismo.

Habla conmigo, por favor.

Te quiero y siempre te querré.

Rompí a llorar otra vez.

Capítulo cinco

Cuando rompimos en abril fue algo completamente inesperado. Sí, habíamos tenido nuestras desavenencias aquí y allá, pero apenas podían considerarse peleas serias.

Como la vez que Shay celebró una fiesta en la casa de campo de su abuela. Invité a un montón de gente y me dijo que podía llevar a Jeremiah. Íbamos a ponernos guapos y a pasarnos toda la noche bailando en el patio. Shay dijo que podríamos quedarnos a pasar el fin de semana, iba a ser la bomba. Estaba encantada de que me hubiesen incluido. Se lo conté a Jeremiah y me contestó que tenía un partido de fútbol con sus compañeros, pero que fuese yo igualmente.

—¿No te lo puedes saltar? Tampoco es que sea un partido de verdad —dije yo.

Fue un comentario malintencionado por mi parte, pero iba en serio.

Ésa fue nuestra primera pelea. No fue para tanto, no hubo gritos ni nada de eso, pero él acabó enfadado y yo también.

Siempre salíamos con sus amigos. En cierto modo, era lógico. Él ya los tenía y yo todavía estaba formando mi grupo de amistades. Tomar confianza con los demás llevaba tiempo, y como yo pasaba todo el día en la casa de la hermandad de Jere, las chicas de mi residencia habían empezado a hacer amistad sin mí. Me sentí como si hubiese renunciado a alguna cosa sin ni siquiera darme cuenta. Cuando Shay me invitó, significó mucho para mí, y también quería que significase lo mismo para él.

Y también había otras cosas que me importunaban. Cosas que no sabía de Jeremiah, detalles imposibles de saber cuando lo veía solamente en verano en la casa de la playa. Como lo insoportable que se ponía cuando se juntaba con sus amigotes y se ponían a fumar hierba, a comer pizza hawaiana y a escuchar el *Gangsta's Paradise* de Coolio horas seguidas riendo a carcajadas sin parar.

O sus irritantes alergias estacionales. Como nunca lo había visto en primavera, no sabía que las tenía. Entonces me llamaba estornudando como un loco, todo congestionado y con voz lastimera:

—¿Vienes a cuidarme? —preguntaba, sonándose la nariz—. ¿Y puedes traer pañuelos? ¿Y zumo de naranja?

Tenía que morderme la lengua para no soltarle que sólo tenía un poco de alergia, no la gripe aviar. Cuando tenía esos ataques lo iba a visitar a su dormitorio. Él y un amigo jugaban a videojuegos mientras yo hacía mis deberes. Después veíamos una película de kung fu y pedíamos comida india, a pesar de que yo prefería no comerla

porque me revolvía el estómago. Jeremiah alegaba que cuando la alergia le empeoraba mucho, lo único que le ayudaba a sentirse mejor era la comida india. Yo tomaba un poco de pan *naan* mientras él engullía un plato de pollo *tikka masala* y seguía viendo la película embobado sin hacerme el menor caso. A veces podía llegar a ser muy insensible. Incluso me preguntaba si no lo haría a propósito.

Pero esa vez no le seguí el rollo.

—Me encantaría ir, pero tengo que presentar un trabajo mañana —respondí, intentando sonar indecisa—. Así que no debería. Lo siento.

—Bueno, supongo que podría ir yo a verte a ti —dijo él—. Me tomaré una tonelada de Benadryl y dormiré mientras trabajas. Después podemos volver a pedir comida india.

—Sí —respondí molesta—. Estaría bien.

Al menos no tendría que tomar el autobús. Pero tendría que ir al baño de la residencia a buscar un rollo de papel higiénico porque Jillian se cabrearía si Jeremiah volvía a usar todos sus pañuelos.

No comprendí que todo aquello estaba preparando el escenario para nuestra primera pelea de verdad. Tuvimos una de esas peleas en las que gritas y lloras, las que me había prometido que nunca tendríamos. Había escuchado cómo Jillian las tenía por teléfono con su novio, chicas de mi residencia y Taylor con los suyos. Nunca pensé que yo también las protagonizaría. Creía que Jeremiah y yo nos comprendíamos demasiado bien, nos conocíamos desde hacía demasiado tiempo como para pelearnos de esa forma.

Una pelea es como un incendio. Crees que lo tienes controlado, que lo podrás apagar siempre que quieras, pero antes de darte cuenta, se convierte en un ser vivo, que respira por sí mismo, y no hay forma de controlarlo y te sientes idiota por haber pensado que podrías.

A última hora, Jeremiah y sus compañeros de hermandad decidieron ir a Cabo durante las vacaciones de primavera. Encontraron una oferta increíble en internet.

Yo estaba planeando viajar a casa durante las vacaciones. Mi madre y yo pensábamos ir al ballet y, además, Steven también estaría allí. Así que deseaba volver a casa, lo deseaba de verdad. Pero cuando vi a Jeremiah reservar el billete, empecé a enojarme más y más. Se suponía que él también debería ir a su casa. Ahora que Conrad se encontraba en California, el señor Fisher estaba prácticamente solo todo el año. Jeremiah había mencionado que quería pasar algo de tiempo con él, incluso acompañarlo a visitar la tumba de Susannah. También hablamos de ir a Cousins un par de días. Jeremiah sabía perfectamente lo mucho que deseaba volver a Cousins. Sabía lo mucho que significaba para mí. Había crecido más en esa casa que en la mía propia. Y sin Susannah, sentía que era muy importante que siguiéramos

yendo.

Pero decidió marcharse a Cabo. Sin mí.

—¿De verdad crees que es buena idea ir a Cabo? —le pregunté.

Estaba sentado a su escritorio, encorvado sobre el ordenador, tecleando. Yo estaba sentada en su cama.

Alzó la cabeza, sorprendido.

—Es una oferta demasiado buena como para dejarla pasar. Además, todos mis hermanos irán. No me lo puedo perder.

—Ya, pero dijiste que irías a casa a pasar algo de tiempo con tu padre.

—Puedo hacerlo en verano.

—Aún faltan meses para el verano.

Me crucé de brazos y los volví a descruzar.

Jeremiah frunció el ceño.

—¿De qué va esto? ¿Te preocupa que me vaya de vacaciones sin ti?

Noté que se me enrojecían las mejillas.

—¡Claro que no! Puedes ir a donde te dé la gana, a mí no me importa. Pero creo que estaría bien que hicieras compañía a tu padre. Además, la lápida de tu madre ya está colocada. Pensaba que querías ir a verla.

—Claro que quiero, pero puedo hacerlo cuando acaben las clases. Puedes acompañarme si quieres.

Me miró detenidamente.

—¿Estás celosa?

Sonreía de oreja a oreja.

—¿Te preocupan los concursos de camisetas mojadas?

—¡No!

No soportaba que se lo estuviese tomando a broma. Ser la única que estaba enfadada resultaba exasperante.

—Si tanto te preocupa, ven con nosotros. Será divertido.

No dijo: «No deberías preocuparte», dijo: «Si tanto te preocupa, ven con nosotros». Sabía que no lo decía en ese sentido, pero me molestó igualmente.

—Sabes que no puedo permitírmelo. Además, no quiero ir a Cabo contigo y tus hermanos. No quiero ir y ser la única novia aguando la fiesta.

—No lo serías. La novia de Josh, Allison, también estará —dijo Jeremiah.

¿Así que habían invitado a Allison y a mí no? Me puse de los nervios.

—¿Allison va con vosotros?

—No es eso. Allison va con su hermandad. Han reservado un montón de habitaciones en el mismo complejo que nosotros. Así fue como descubrimos la oferta. Pero no es que vayamos a estar todo el rato con ellas. Haremos cosas de tíos, como

carreras por el desierto. Alquilaremos todoterrenos, descenderemos en *rappel* y cosas por el estilo.

Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Así que mientras tú correteas por el desierto con tus colegas, quieres que yo me pase el día con un grupo de desconocidas?

Puso los ojos en blanco.

—Ya conoces a Allison. Formasteis pareja de ping-pong en el torneo de la casa.

—Da igual. No pienso ir a Cabo. Me marcho a casa. Mi madre me echa de menos.

Lo que no dije fue que su padre también le echaba de menos a él.

Cuando se encogió hombros como si nada, pensé: «Qué demonios, se lo soltaré».

—Tu padre también te echa de menos.

—Dios mío, Belly. Admite que no es por mi padre. Estás paranoica porque me marcho de vacaciones sin ti.

—¿Por qué no admites tú que no quieres que vaya?

Vaciló. Vi cómo vacilaba.

—Vale. Me importaría si éste fuese un viaje sólo de chicos.

Me puse de pie y dije:

—Bueno, parece que habrá chicas de sobra por allí. Que te diviertas con tus Zetas.

Las venas de su cuello empezaban a hincharse.

—Si a estas alturas no confías en mí, ya no sé qué más decirte. Nunca he hecho nada para que dudes de mí. Y, Belly, no necesito que me hagas sentir culpable por lo de mi padre.

Empecé a ponerme las zapatillas y estaba tan furiosa que me temblaban las manos mientras me ataba los cordones.

—No puedo creer que seas tan egoísta.

—¿Egoísta, yo?

Sacudió la cabeza con los labios apretados. Abrió la boca como si estuviese a punto de decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Sí, tú eres el egoísta en esta relación. Todo gira en torno a ti, a tus amigos y a tu ridícula hermandad. ¿Te he dicho alguna vez que tu hermandad me parece una ridiculez? Porque me lo parece.

En voz baja, preguntó:

—¿Qué tiene de ridícula?

—Son sólo un montón de niños ricos que gastan el dinero de sus padres, copian en los exámenes y van a clase colocados.

—No todos somos así —dijo, dolido.

—No me refería a ti.

—Claro que sí. ¿Qué pasa, sólo porque no haya decidido estudiar medicina, eso me convierte en un niño inútil?

—No me culpes a mí de tu complejo de inferioridad —repliqué. Lo dije sin pensar. En ocasiones lo había considerado, pero nunca lo había expresado en voz alta. Conrad era el que estudiaba medicina. Conrad era el que estaba en Stanford, trabajando a media jornada en un laboratorio. Jeremiah era el que decía a la gente que se licenciaría en *cervezología*.

Se me quedó mirando.

—¿Qué narices has querido decir con eso del «complejo de inferioridad»?

—Olvídalo —dije. Demasiado tarde, las cosas habían llegado muy lejos. Quería retirarlo todo.

—Si me consideras tan estúpido, egoísta y derrochador, ¿qué haces conmigo?

Antes de que pudiese responder, antes de que pudiese decir «No creo que seas estúpido, ni egoísta, ni derrochador», antes de que pudiese poner fin a la pelea, Jeremiah dijo:

—A la mierda. No quiero que sigas perdiendo el tiempo conmigo. Dejémoslo.

Y yo respondí:

—Muy bien.

Agarré mi mochila, pero no me marché en seguida. Esperaba que me detuviese. Pero no lo hizo.

Lloré durante todo el camino de regreso a casa. No podía creer que hubiésemos roto. No parecía real. Esperaba que Jeremiah me llamase esa noche. Era viernes. No llamó. Se marchó a Cabo el domingo por la mañana y tampoco llamó entonces.

Mis vacaciones de primavera se redujeron a pasarme el día llorando, deambulando deprimida por la casa, y comiendo patatas fritas de bolsa.

—No te preocupes. La única razón por la que aún no te ha llamado es porque sale muy caro llamar desde México. Volveréis a estar juntos la semana que viene. Garantizado —me consoló Steven.

Estaba bastante segura de que tenía razón. Jeremiah necesitaba un poco de espacio. Muy bien, perfecto. Cuando volviese, iría a verlo y le diría lo mucho que lo sentía y arreglaríamos las cosas y sería como si nunca hubiese ocurrido.

Steven acertó. Volvimos a estar juntos una semana después. Fui a disculparme y él también se disculpó. Nunca llegué a preguntarle si había pasado algo en Cabo. Ni siquiera se me pasó por la cabeza. Se trataba del chico que me había amado toda la vida y yo era la chica que creía en ese amor. En ese chico.

Jeremiah me trajo una pulsera hecha de conchas. Diminutas conchas puka. Me hizo tan feliz. Sabía que había estado pensando en mí, que me había añorado tanto como yo a él. Él sabía igual que yo que no habíamos terminado, que nunca terminaríamos. Pasó

toda la semana siguiente en mi habitación, conmigo y no con sus compañeros de hermandad. Volvía loca a Jillian, pero no me importó. Me sentí más unida a él que nunca. Le echaba de menos incluso cuando estaba en clase.

Pero ahora sabía la verdad. Me compró esa estúpida baratija de brazalete porque se sentía culpable. Y yo estaba tan desesperada por reconciliarme con él que ni me di cuenta.

Capítulo seis

Cuando cerraba los ojos, los veía a los dos juntos, besándose en un jacuzzi. En la playa. En una discoteca. Seguro que Lacie Barone sabía hacer cosas con los tíos de las que yo ni siquiera había oído hablar. Lo tenía clarísimo.

Yo seguía siendo virgen.

Nunca había practicado el sexo, ni con Jeremiah, ni con nadie. Cuando era más joven, siempre imaginaba que mi primera vez sería con Conrad. No era que siguiese esperándolo. No era eso. Sólo esperaba el momento propicio. Quería que fuese algo especial.

Nos imaginaba a Jeremiah y a mí haciéndolo por fin en la casa de la playa, con las luces apagadas y velas por todas partes para no sentir tanta vergüenza. Imaginaba lo cuidadoso y delicado que sería Jere. Últimamente me había estado sintiendo más y más preparada. Había creído que ese verano, cuando estuviéramos los dos de vuelta en Cousins, llegaría el momento.

Ahora me sentía humillada al recordar lo ingenua que había sido. Creí que Jeremiah esperaría cuanto fuese necesario hasta que estuviese lista. Lo había creído de verdad.

Pero ¿cómo podíamos seguir juntos después de aquello? Cuando pensaba en él al lado de Lacie, que era mayor, más sexy y más sofisticada de lo que yo nunca sería (al menos en mi imaginación), dolía tanto que no podía respirar. El hecho de que le conociese de un modo en que yo aún no lo conocía, de que hubiese experimentado algo con él que yo aún no había hecho, me pareció la mayor de las traiciones.

Un mes antes, en el aniversario de la muerte de su madre, estábamos tumbados en la cama de Jeremiah. Se dio la vuelta y me miró, y sus ojos se parecían tanto a los de Susannah que alargué la mano y se los cubrí.

—A veces me duele mirarte —le dije. Adoraba poder decirle aquello y que supiese exactamente a qué me refería.

—Cierra los ojos —me dijo.

Lo hice, y se arrimó a mí de modo que quedamos cara a cara y pude sentir su cálido aliento en la mejilla. Enredamos las piernas uno en torno al otro. Me abrumó la necesidad súbita de mantenerlo siempre cerca de mí.

—¿Podría ser de otra forma? —preguntó.

Nos dormimos así. Como niños. Totalmente inocentes.

Nunca podríamos volver a aquello. ¿Cómo íbamos a poder? Ahora estaba

mancillado. Todo lo que había pasado entre el mes de marzo y ahora se había mancillado.

Capítulo siete

Cuando desperté a la mañana siguiente, tenía los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos. Me mojé la cara con un poco de agua, pero no sirvió de nada. Me cepillé los dientes. Y luego volví a la cama. Me despertaba, oía a la gente saliendo de los dormitorios y volvía a dormirme. Lo único que quería hacer era dormir. Dormí todo el día. Desperté de nuevo cuando estaba oscuro, pero no encendí las luces. Me quedé tumbada en la cama hasta que volví a caer dormida.

No me levanté hasta bien entrada la tarde del día siguiente. Cuando digo «me levanté» quiero decir más bien que «me incorporé». Por fin me incorporé en la cama. Tenía sed. Me sentía deshidratada de tanto llorar. Eso me impulsó a levantarme de la cama, andar el metro y medio que me separaba de la neverita y sacar una de las botellas de agua que Jillian se había dejado.

Ver su cama vacía y las paredes desnudas al otro lado de la habitación me deprimía aún más. La noche anterior había querido estar sola. Ese día me parecía que me iba a volver loca si no hablaba con alguien.

Me dirigí a la habitación de Anika, al final del pasillo. Lo primero que dijo al verme fue:

—¿Estás bien?

Me senté en su cama y me abracé a su almohada. Había ido a verla deseando poder hablar, sacármelo todo de dentro, pero ahora me costaba encontrar las palabras. Me sentía avergonzada. De él y por él. Todas mis amigas adoraban a Jeremiah. Lo consideraban prácticamente perfecto. Sabía que en cuanto se lo contase a Anika, eso se perdería. Se convertiría en realidad.

Por alguna razón, seguía queriendo protegerlo.

—¿Qué ha ocurrido, Iz?

Estaba convencida de que ya no iba a llorar más, pero se me escaparon unas cuantas lágrimas. Decidida a seguir adelante, dije:

—Jeremiah me ha engañado.

Anika se dejó caer en la cama.

—No puede ser. ¿Cuándo? ¿Con quién?

—Con Lacie Barone, esa chica de la hermandad femenina. En las vacaciones de primavera. Cuando rompimos.

Asintió, asimilando mis palabras.

—Estoy furiosa —proseguí—. Porque se lió con ella y porque encima me lo ha estado escondiendo durante meses. Callarse algo es lo mismo que mentir. Me siento como una idiota.

Anika me pasó la caja de pañuelos de su escritorio.

—Belly, tienes que permitirte expresar todo lo que sientes —respondió.

Me soné la nariz.

—Siento que... quizá no lo conozco como pensaba. Ya no puedo confiar en él.

—Seguramente lo peor de todo es esconder un secreto como ése a la persona a la que amas —apuntó Anika.

—¿No crees que el engaño es lo peor?

—No. Bueno, sí, es horrible. Pero tendría que habértelo contado y punto. Convertirlo en un secreto lo convirtió en algo mucho peor.

Permanecí en silencio. Yo también tenía un secreto. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a Anika, ni a Taylor. Me decía a mí misma que no era importante e intentaba sacármelo de la cabeza.

Durante los dos últimos años, de vez en cuando recuperaba un recuerdo de Conrad y lo examinaba, lo admiraba, un poco de la misma forma en que miraba mi vieja colección de conchas. El simple acto de acariciar cada concha, con sus pequeñas irregularidades, su fría suavidad, me proporcionaba cierto placer. Incluso después de que Jeremiah y yo empezásemos a salir, de vez en cuando, sentada en clase o mientras esperaba el autobús o intentaba dormir, recobraba un antiguo recuerdo: la primera vez que lo derroté en una carrera de natación. O la vez que me enseñó a bailar. O su forma de humedecerse el pelo por las mañanas.

Aunque había un recuerdo en particular que no me permitía recuperar. Me lo tenía totalmente prohibido a mí misma.

Capítulo ocho

Ocurrió el día después de Navidad. Mi madre se había marchado de viaje a Turquía, un viaje que había tenido que posponer dos veces, una cuando el cáncer de Susannah dejó de remitir y otra después de su muerte. Mi padre estaba con la familia de su novia, Linda, en Washington. Steven estaba esquiando con unos amigos de clase. Jeremiah y el señor Fisher habían ido a visitar a unos familiares en Nueva York.

¿Y yo? Yo estaba en casa viendo *A Christmas Story* en la televisión por tercera vez. Llevaba puesto mi pijama navideño, el que Susannah me había enviado hacía un par de años, uno de franela roja con un divertido estampado de muérdago que me quedaba demasiado largo. Parte de la gracia de ponérmelo era que debía arremangármelo en las muñecas y los tobillos. Acababa de terminar de cenar una pizza congelada de *pepperoni* y unas galletas que uno de sus estudiantes había preparado para mi madre.

Empezaba a sentirme como Kevin en *Solo en casa*. Las ocho de la tarde de un sábado bailando por el salón al ritmo de *Rockin' Around the Christmas Tree*, compadeciéndome de mí misma. Mis notas del primer semestre habían sido regulares. Toda mi familia se había marchado. Estaba comiendo pizza congelada completamente sola. Y cuando Steven me vio el primer día después de las clases, lo primero que salió de su boca fue:

—Vaya, los seis kilos del primer año, ¿eh?

Le di un puñetazo en el brazo y dijo que era una broma, pero no lo era. Había ganado cuatro kilos en cuatro meses. Supongo que comer alitas de pollo, fideos ramen y pizza con los chicos a las cuatro de la madrugada tiene ese efecto sobre cualquiera. Pero ¿y qué? Los seis kilos del primer año representaban un rito de paso.

Fui al baño de abajo y me di una palmada en las mejillas como hace Kevin en la película.

—¿Y qué! —chillé.

No iba a permitir que eso me deprimiera. De repente, tuve una idea. Subí corriendo y empecé a meter cosas en la maleta: la novela que mi madre me había regalado por Navidad, *leggings*, calcetines gruesos. ¿Por qué iba a quedarme sola en casa cuando podía estar en mi lugar favorito del mundo entero?

Quince minutos más tarde, después de lavar los platos de la cena y apagar todas las luces, estaba en el coche de Steven. Su coche era mejor que el mío y ojos que no ven, corazón que no siente. Además, se lo había ganado por mencionar los seis kilos

del primer año.

Me dirigía a Cousins, con *Please Come Home for Christmas* (la versión de Bon Jovi, claro) a todo trapo y comiendo galletas cubiertas de chocolate y espolvoreadas con azúcar rojo y verde (otro regalo para mi madre). Sabía que había tomado la decisión idónea. Estaría en Cousins en nada. Encendería la chimenea, prepararía chocolate caliente para acompañar las galletas y me levantaría a la mañana siguiente ante una playa invernal. Claro que prefería la playa durante el verano, pero la playa en invierno también tenía un encanto especial para mí. Decidí que no le explicaría a nadie que había ido. Cuando todos regresaran de sus viajes, sería mi pequeño secreto.

Llegué a Cousins en muy poco tiempo. La autopista estaba desierta y prácticamente fui volando. Mientras aparcaba en la entrada, solté un grito de alegría. Era mi primera vez en la casa desde hacía más de un año.

Encontré la llave de repuesto donde siempre, bajo una tabla suelta del porche. La cabeza me daba vueltas al entrar y encender las luces.

La casa estaba congelada y encender el fuego era más difícil de lo que creía. Me rendí bastante de prisa y me preparé un chocolate caliente mientras esperaba a que la calefacción empezase a funcionar. A continuación, bajé las mantas del armario y me acomodé en el sofá, con mis galletas cubiertas de chocolate y mi taza de chocolate caliente. Encendí la tele y daban *El Grinch*. Me dormí al son de los Quién en Villaquién cantando *Welcome Christmas*.

Me despertó el ruido de alguien forzando la entrada de la casa. Alguien aporreaba la puerta y trasteaba con el pomo. Al principio, permanecí bajo las mantas, muerta de miedo e intentando no respirar demasiado fuerte. No podía dejar de pensar, «Dios mío, Dios mío, igual que en *Solo en casa*. ¿Qué haría Kevin en mi lugar? ¿Qué haría Kevin?». Kevin seguramente montaría una trampa en el salón, pero no había tiempo para eso.

Y entonces el ladrón bramó:

—¿Steven? ¿Estás ahí?

Pensé: «¡Dios mío, el otro ladrón ya ha entrado en la casa y se llama Steven!».

Me escondí bajo la manta y recordé que Kevin nunca se escondería bajo una manta. Kevin protegería su hogar.

Agarré el atizador de metal de la chimenea y mi móvil y fui de puntillas hasta el vestíbulo. Estaba demasiado asustada como para mirar por la ventana, y no quería que me viese, así que me arrimé contra la puerta y escuché con atención, con los dedos preparados para marcar el número de urgencias.

—Steve, abre. Soy yo.

Por poco se me detiene el corazón. Conocía esa voz. No era la voz de ningún ladrón. Era Conrad.

Abrí la puerta de golpe. Era él de verdad. Nos miramos fijamente el uno al otro. No tenía ni idea de que iba a sentirme así al verle. Tenía el corazón en la garganta, me costaba respirar. Durante esos dos segundos, me olvidé de todo y sólo lo vi a él.

Llevaba un abrigo que no le había visto nunca, de color beige, y estaba lamiendo un mini bastón de caramelo. Se le cayó de la boca.

—Pero ¿qué narices...? —dijo todavía con la boca abierta.

Al abrazarlo, noté que olía a menta y a Navidad.

Noté su mejilla fría contra la mía.

—¿Qué haces con el atizador?

Di un paso atrás.

—Pensaba que eras un ladrón.

—¡Menudo miedo!

Me siguió hasta el salón y se sentó en la silla que estaba enfrente del sofá. Aún conservaba la expresión de sorpresa en la cara.

—¿Qué haces aquí?

Me encogí de hombros y dejé el atizador encima de la mesilla. El subidón de adrenalina se me estaba pasando y empezaba a sentirme ridícula.

—Estaba sola en casa y me apeteció venir. Y tú, ¿qué haces aquí? No sabía que fueras a volver.

Ahora Conrad vivía en California. No lo había visto desde que se había trasladado allí el año anterior. Tenía un poco de barba, como si no se hubiese afeitado en un par de días. Parecía suave, no de la que pica. También estaba bronceado, lo que me pareció raro teniendo en cuenta que estábamos en invierno, pero luego recordé que en California siempre hacía sol.

—Mi padre me envió un billete de avión en el último momento. Tardamos una eternidad en aterrizar por culpa de la nieve, así que llegué tarde. Como Jere y mi padre siguen en Nueva York, pensé en venir aquí.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué? —pregunté, sintiéndome incómoda de repente. Intenté colocarme bien el pelo, enredado de dormir en el sofá. Discretamente, me toqué las comisuras de los labios. ¿Había estado babeando?

—Tienes chocolate por toda la cara.

Me limpié la boca con el revés de la mano.

—No puede ser —mentí—. Será una mota de polvo.

Divertido, levantó una ceja, mirando en dirección a la caja de galletas de chocolate casi vacía.

—¿Has metido la cabeza en la caja directamente para ganar tiempo?

—Cállate —respondí, pero se me escapó una sonrisa.

La única iluminación era la luz parpadeante del televisor. Era tan surrealista estar con él de repente. Un giro azaroso del destino. Me estremecí y me arrebujé en la manta.

Quitándose el abrigo, preguntó:

—¿Quieres que encienda el fuego?

De inmediato, contesté:

—¡Sí! No ha habido forma de encenderlo.

—Se necesita un toque especial —dijo con arrogancia. Pero no era más que una pose.

Resultaba todo tan familiar. Habíamos estado allí sólo dos Navidades antes, pero habían pasado tantas cosas desde entonces... Ahora Conrad tenía una vida completamente distinta, igual que yo. Sin embargo, en ese momento no parecía que el tiempo ni la distancia nos hubiesen afectado. En cierto modo, me sentía igual que entonces.

Quizá él pensó lo mismo porque dijo:

—Es un poco tarde para encender el fuego. Creo que me meteré en la cama.

Se levantó bruscamente y fue hasta la escalera. Entonces se dio la vuelta y preguntó:

—¿Dormirás aquí abajo?

—Sí —dije yo—. Aquí se está más calentito.

Cuando llegó a la escalera, Conrad se detuvo y dijo:

—Feliz Navidad, Belly. Me alegro mucho de verte.

—Yo también a ti.

A la mañana siguiente, justo al despertar, tuve la extraña sensación de que ya se había marchado. No sabía por qué. Subí arriba para asegurarme y justo cuando llegué a la barandilla, me enredé con los pantalones del pijama y caí de espaldas, golpeándome la cabeza por el camino.

Me quedé tumbada con los ojos llenos de lágrimas mirando al techo. El dolor era insoportable. Entonces Conrad asomó la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó con la boca llena de comida, seguramente cereales. Quiso ayudarme a ponerme de pie, pero le hice un gesto para que se apartase.

—Déjame en paz —mascullé, rezando para que si parpadeaba lo bastante rápido, las lágrimas se me secaran.

—¿Te has hecho daño? ¿Puedes moverte?

—Pensaba que te habías ido —respondí.

—Nop. Sigo aquí.

Se arrodilló a mi lado.

—Deja que intente levantarte.

Negué con la cabeza.

Conrad se echó a mi lado y los dos permanecimos tumbados en el suelo de madera como si fuésemos a hacer ángeles de nieve.

—¿Cuánto te duele en una escala del uno al diez? ¿Te parece que te has roto algo?

—En una escala del uno al diez... un once.

—Eres una llorica cuando se trata de dolor físico —contestó. Aunque sonaba preocupado.

—No es verdad.

Pero estaba a punto de darle la razón. Incluso yo oía las lágrimas en mi voz.

—Eh, esa caída no ha sido moco de pavo. Es como cuando los personajes más torpes resbalan con una piel de plátano en los dibujos animados.

De repente, se me pasaron las ganas de llorar.

—¿Acabas de llamarme torpe? —bufé, volviéndome para mirarlo. Intentaba mantener una expresión seria, pero las comisuras de sus labios apuntaban para arriba. Entonces él se volvió para mirarme y los dos estallamos en carcajadas. Reí tanto que me empeoró el dolor de espalda.

Me detuve entre risas y dije:

—¡Ay!

Conrad se puso en pie y dijo:

—Te cogeré en brazos y te llevaré hasta el sofá.

—No —protesté débilmente—. Peso demasiado para ti. Me levanto en seguida, dame un minuto.

Conrad frunció el entrecejo, se notaba que estaba ofendido.

—Sé que no puedo levantar mi propio peso como hace Jere, pero puedo con una chica, Belly.

Parpadeé.

—No es eso. Peso más de lo que crees. Ya sabes, los seis kilos de primer curso y todo eso.

Me empezó a arder la cara y durante un segundo me olvidé de lo mucho que me dolía la espalda. Me resultaba raro que hubiese mencionado a Jere. Me hizo sentir demasiado abochornada.

Con voz suave, dijo:

—Pues yo te veo igual.

A continuación, me levantó con mucho cuidado. Me agarré a él con un brazo en torno a su cuello y dije:

—Son más bien cuatro. Los cuatro kilos de primer curso.

—No te preocupes. Te tengo —contestó.

Me llevó hasta el sofá y me acomodó en él.

—Voy a buscarte un ibuprofeno, te ayudará a sentirte un poco mejor.

Mientras lo miraba, me vino un pensamiento a la mente: «¡Dios mío! Te sigo queriendo». Creía que mis sentimientos por Conrad estaban bien guardados en el baúl de los recuerdos, como mis patines y el pequeño reloj de oro que mi padre me había regalado cuando aprendí a leer la hora.

Pero sólo porque entierres algo, no significa que deje de existir. Esos sentimientos siempre habían estado ahí. Desde el principio. Formaban parte de mí: tenía el pelo castaño, pecas en la cara y a Conrad siempre en el corazón. Habitaría solamente en una parte diminuta de mi corazón, la pieza de la niña pequeña que seguía creyendo en los musicales, pero nada más. Eso era lo único que obtendría. Jeremiah se quedaría con todo lo demás, mi yo presente y mi yo futuro. Eso era lo que importaba y no el pasado.

Puede que siempre sea así con los primeros amores. Se quedan con una pequeña parte de tu corazón, para siempre. Conrad a los doce años, a los trece, los catorce, los quince, los dieciséis e incluso los diecisiete. El resto de mi vida pensaría en él con afecto, como se hace con la primera mascota o el primer coche que conduces. Las primeras veces eran importantes. Aunque estaba segura de que las últimas veces lo eran mucho más. Y Jeremiah iba a ser mi último y mi todo y mi siempre.

Conrad y yo pasamos el resto del día juntos, pero no revueltos. Encendió el fuego, pero se puso a leer en la mesa de la cocina mientras yo veía *¡Qué bello es vivir!* Para comer, tomamos sopa de tomate de lata y el resto de mis galletas cubiertas de chocolate. Luego se fue a correr por la playa y yo me puse cómoda para ver *Casablanca*. Cuando regresó, me estaba secando las lágrimas de los ojos con la manga de la camiseta.

—Esta película me rompe el corazón —dije con voz ronca.

Quitándose el abrigo, Conrad repuso:

—¿Por qué? Tiene un final feliz. Ella estará mucho mejor con Laszlo.

Lo miré sorprendida.

—¿Has visto *Casablanca*?

—Claro, es un clásico.

—Bueno, es evidente que no prestaste atención porque Rick e Ilsa están hechos el uno para la otra.

Conrad soltó una risotada.

—Esa pequeña historia de amor no es nada comparada con el trabajo que Laszlo

realiza para la Resistencia.

Sonándome la nariz con un pañuelo, dije:

—Eres muy joven para ser tan cínico.

Hizo una mueca de incredulidad.

—Y tú, para ser una chica supuestamente mayor, eres demasiado sentimental — contestó, y se dirigió a la escalera.

—¡Robot! —grité a su espalda—. ¡Hombre de hojalata!

Lo oí reír mientras cerraba la puerta del baño.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Conrad se había marchado. Se marchó justo como yo había supuesto. Sin adioses ni nada. Desapareció, como un fantasma. Conrad, el Fantasma de las Navidades Pasadas.

Jeremiah me llamó cuando volvía a casa desde Cousins. Me preguntó que qué hacía y yo respondí que conducía hacia casa, pero no le dije de dónde volvía. Tomé la decisión en el último segundo. En ese momento, no comprendí por qué mentía. Solamente sabía que no quería que lo supiese.

Decidí que al fin y al cabo, Conrad tenía razón. Ilsa estaba destinada a estar con Laszlo. Así es como siempre debía terminar. Rick era poco más que una pieza diminuta de su pasado, una parte que siempre atesoraría, pero nada más, porque la historia es sólo eso. Historia.

Capítulo nueve

Al salir de la habitación de Anika, encendí el móvil. Había un montón de mensajes y correos electrónicos de Jeremiah. Y seguían llegando. Me escondí bajo la colcha y los leí todos. Luego los releí y cuando hube acabado, respondí: «Necesito un poco de espacio». Él escribió: «OK», y ése fue el último mensaje que recibí de Jeremiah en todo el día. Seguí comprobando el teléfono para ver si había mensajes nuevos, pero no los había, y me sentí decepcionada, a pesar de que sabía que no tenía ningún derecho a estarlo. Quería que me dejase en paz y al mismo tiempo quería que siguiera insistiendo para intentar arreglar las cosas. Pero, si ni yo misma sabía lo que quería, ¿cómo iba a saberlo él?

Me quedé en mi habitación ordenando mis cosas. Estaba hambrienta y todavía me quedaba crédito en la tarjeta del comedor, pero temía encontrarme con Lacie por el campus. O peor, con Jeremiah. Aunque mantenerme ocupada también me iría bien, igual que subir el volumen de la música a tope para no oír las quejas de Jillian.

Cuando ya no pude más, llamé a Taylor y se lo expliqué todo. Gritaba tan fuerte que tuve que apartarme el teléfono de la oreja. Se presentó en seguida con un burrito de frijoles y un batido de fresa y plátano. Taylor no paraba de sacudir la cabeza en un gesto de perplejidad, y de repetir:

—Esa putilla de Zeta Pi.

—No fue sólo culpa de ella, de Jeremiah también —dije yo entre mordiscos.

—Ya lo sé, ya. Tú espera. Cuando lo vea, le clavaré las uñas en la cara. Lo dejaré tan desfigurado que ninguna mujer se le volverá a acercar.

Se examinó las uñas pintadas como si fuesen artillería.

—Mañana, cuando vaya al salón de belleza, le diré a Danielle que me las afile bien.

Me dio un vuelco el corazón. Hay cosas que sólo sabe decir una amiga que te conoce de toda la vida. Al instante, me sentí un poco mejor.

—No hace falta que lo desfigures.

—Pero es que quiero hacerlo.

Enlazó su dedo meñique con el mío.

—¿Tú estás bien?

Asentí.

—Mejor ahora que estás aquí.

Mientras sorbía lo que quedaba del batido, Taylor me preguntó:

—¿Vas a volver con él?

Estaba sorprendida y aliviada al ver que no me juzgaba.

—¿Tú qué harías? —le pregunté.

—Depende de ti.

—Lo sé, pero... ¿tú volverías con él?

—Bajo circunstancias normales, la respuesta sería que no. Si un tío me engañase mientras nos tomábamos un descanso, no. Sería su fin —respondió mordisqueando su pajita—. Pero Jere no es un chico cualquiera. Compartís una historia.

—¿Y qué pasa con lo de desfigurarle?

—No tergiverses mis palabras, tengo ganas de matarlo. Ha metido la pata a lo grande. Pero nunca será un chico cualquiera, no para ti. Y eso es así y punto.

No dije nada, pero sabía que tenía razón.

—Aún puedo reunir a mis compañeras de hermandad y pincharle las ruedas esta noche.

Taylor me dio un golpecito en el hombro.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Intentaba hacerme reír. Y funcionó. Reí por primera vez en lo que parecía una eternidad.

Capítulo diez

Después de nuestra pelea del verano anterior al último curso de instituto, estaba convencida de que Taylor y yo nos reconciliaríamos pronto, como siempre hacíamos. Creí que estaría olvidada en una semana como mucho. Al fin y al cabo, ¿por qué nos habíamos enfadado? Vale que las dos habíamos soltado comentarios hirientes (yo la llamé niñata, ella me llamó una mejor amiga horrible), pero nos habíamos peleado muchas veces. Las mejores amigas se pelean.

Cuando llegué a la casa de Cousins, metí la ropa y los zapatos de Taylor en una bolsa, preparada para devolvérselos en cuanto me diese señal de que ya no estábamos peleadas. Siempre era Taylor la que daba la señal, la que iniciaba el proceso de reconciliación.

Esperé, pero la señal no llegó. Fui a casa de Marcy un par de veces esperando encontrármela y para obligarla a reconciliarnos. No apareció en ninguna de las ocasiones. El verano casi había acabado.

Jeremiah seguía repitiendo lo mismo que había estado diciendo durante el mes de julio y la mayor parte de agosto.

—No te preocupes, os reconciliaréis. Vosotras siempre acabáis por reconciliaros.

—No lo entiendes, esta vez es diferente —le decía yo. Ni siquiera me miraba.

—Todo esto por una simple fiesta —contestó. Eso siempre conseguía cabrearme.

—No es por la fiesta.

—Lo sé, lo sé... Espera un segundo, Bells.

Estaba hablando con alguien y luego regresó al teléfono.

—Las alitas de pollo acaban de llegar. ¿Quieres que te llame después de comer? Puedo darme prisa.

—No hace falta.

—No te enfades.

—No estoy enfadada —respondí. Y no lo estaba. ¿Cómo iba a comprender lo que estaba pasando entre Taylor y yo? Era un hombre. No lo pillaba. No entendía lo importante, cuán fundamental era para mí que Taylor y yo empezásemos nuestro último año de instituto juntas, una al lado de la otra.

Entonces, ¿por qué no podía llamarla yo a ella? La respuesta era parte orgullo y parte algo más. Era yo la que se había estado separando de ella durante todo este tiempo, ella era la que se había estado aferrando a mí. Quizá pensaba que había madurado más que ella, que quizá sería mejor así. Tendríamos que despedirnos al

otoño siguiente, puede que así fuese más sencillo. Quizá habíamos sido demasiado codependientes, puede que yo más que ella, y ahora necesitaba valerme por mí misma. Eso era lo que me repetía una y otra vez.

Cuando se lo expliqué a Jeremiah a la noche siguiente, lo único que dijo fue:

—Llámalas de una vez.

Seguro que Jeremiah estaba harto de oírme hablar del tema.

—Vale. Lo pensaré.

La semana antes de que empezaran las clases, la semana en que normalmente volvía de Cousins, siempre íbamos de compras para la vuelta a clase. Siempre. Lo hacíamos desde la escuela primaria. Íbamos a Bath & Body Works y aprovechábamos las ofertas de compra dos y llévate tres y luego volvíamos a casa y lo repartíamos todo de manera que cada una tenía una loción, una botella de gel y un exfoliante. Nos duraban hasta Navidades.

Ese año, me acompañó mi madre, aunque ella detestaba ir de compras. Estábamos en la cola para pagar unos vaqueros cuando Taylor y su madre entraron en la tienda con un par de bolsas cada una.

—¡Luce! —gritó mi madre.

La señora Jewel nos saludó con la mano y se acercó en seguida, con Taylor siguiéndola unos pasos por detrás. Llevaba gafas de sol y unos vaqueros recortados.

Mi madre abrazó a Taylor y la señora Jewel me abrazó a mí y dijo:

—Cuánto tiempo, cariño.

A mi madre le dijo:

—Laurel, ¿puedes creer lo que han crecido nuestras niñas? Cielos, me acuerdo de cuando insistían en hacerlo todo juntas. Baños, cortes de pelo, todo.

—Yo también —respondió mi madre con una sonrisa.

Intenté llamar la atención de Taylor. Nuestras madres seguían hablando y nosotras estábamos ahí de pie sin hacer nada, mirándonos.

Al cabo de un minuto, Taylor sacó su móvil. No quería perder la ocasión de hablar con ella, así que le pregunté:

—¿Has encontrado algo que esté bien?

Asintió. Como llevaba gafas de sol, resultaba difícil adivinar lo que pensaba. Pero conocía bien a Taylor. Le encantaba presumir de sus gangas.

Taylor titubeó un momento y luego dijo:

—He encontrado unas botas increíbles con un veinticinco por ciento de descuento. Y un par de vestidos de tirantes que puedo llevar en invierno con un suéter y unas medias.

Asentí. Era nuestro turno de pagar y dije:

—Bueno, nos vemos en clase.

—Nos vemos —respondió, dándose la vuelta.

Sin pensarlo, le di los vaqueros a mi madre y detuve a Taylor. Podría ser nuestra última conversación a menos que dijese alguna cosa.

—Espera —dije—. ¿Quieres venir a casa esta noche? Tengo una falda nueva, pero no sé si ponérmela con la camiseta por dentro o qué...

Frunció los labios un segundo y contestó:

—Vale. Llámame.

Taylor vino esa noche. Me enseñó cómo llevar la falda, con qué zapatos combinaba mejor y con qué camisetas. Las cosas entre nosotras no eran iguales, no lo serían en seguida, quizá nunca. Estábamos creciendo. Estábamos descubriendo cómo seguir en la vida de la otra sin serlo todo para ella.

Lo más irónico de todo es que acabamos en la misma universidad. De todas las universidades del mundo, acabamos en la de la otra. Era el destino. Estábamos destinadas a ser amigas. Estábamos destinadas a formar parte de la vida de la otra, y ¿sabéis qué? Lo celebré. Ya no estábamos juntas todo el tiempo, como antes: ella tenía a sus amigas de la hermandad y yo tenía a mis amigas de la residencia. Pero nos seguíamos teniendo la una a la otra.

Capítulo once

Al día siguiente ya no podía más: telefoneé a Jeremiah. Le dije que necesitaba verlo, que tenía que venir, y la voz me temblaba al decirlo. Por teléfono, oí en su voz lo agradecido que estaba, lo ansioso por reparar el daño que había hecho. Intenté justificar el haberle llamado repitiéndome que necesitaba verle cara a cara para poder seguir adelante. La verdad era que lo añoraba. Y deseaba, seguramente tanto como él, encontrar la forma de olvidar lo que había pasado.

Pero por mucho que lo añorase, en cuanto abrí la puerta y le vi la cara, todo el dolor y el sufrimiento volvieron de golpe, rápido y sin piedad. Jeremiah también se dio cuenta. Al principio, parecía esperanzado, y luego, simplemente devastado. Cuando intentó abrazarme, quise devolverle el abrazo, pero no pude. Negué con la cabeza y lo aparté de mí.

Nos sentamos en la cama, con la espalda apoyada en la pared y las piernas colgando del borde.

—¿Cómo sé que no volverás a hacerlo? ¿Cómo puedo volver a confiar en ti?

Se puso de pie. Por un momento, creí que se iba a marchar y el corazón me dio un vuelco.

Pero se agachó sobre una rodilla, justo frente a mí.

Con voz muy muy suave, dijo:

—Podrías casarte conmigo.

Al principio no estaba segura de haberlo oído bien. Pero lo repitió, esta vez en voz más alta:

—Cásate conmigo.

Metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó un anillo. Un anillo de plata con un diamante en el centro.

—Esto es sólo para empezar, hasta que pueda permitirme comprarte un anillo por mí mismo, con mi dinero, no el de mi padre.

No sentía mi cuerpo. Jeremiah seguía hablando y ni siquiera era capaz de oírlo. No podía apartar la mirada del anillo que tenía en la mano.

—Te quiero tanto. Estos dos últimos días han sido un infierno sin ti. —Se tomó un respiro—. Siento tanto haberte hecho daño, Bells. Lo que hice... fue imperdonable. Sé que nos he lastimado a los dos, pero me esforzaré para ganarme tu confianza. Si me lo permites, haré todo lo que haga falta. ¿Quieres... intentarlo?

—No lo sé —susurré.

Tragó saliva y la nuez se le balanceó arriba y abajo.

—Me esforzaré al máximo. Te lo juro. Alquilaremos un apartamento fuera del campus, lo arreglaremos bien. Haré la colada. Aprenderé a cocinar algo más que sólo fideos *ramen* y cereales.

—Verter cereales en un bol no es cocinar —respondí apartando la mirada porque la imagen que estaba proyectando en mi mente era demasiado para mí. Yo también lo veía. Lo maravilloso que podía ser. Los dos solos, empezando de cero en nuestro propio hogar.

Jeremiah me agarró de las manos y yo me solté con brusquedad.

—¿No te das cuenta, Belly? Ésta siempre ha sido nuestra historia. Tuya y mía y de nadie más.

Cerré los ojos en un intento por aclararme las ideas. Los abrí y dije:

—Estás tratando de borrar lo que pasó casándote conmigo.

—No, no es eso. Lo que ocurrió la otra noche... —Aquí titubeó un poco—. Me hizo comprender algo. No quiero estar nunca más sin ti. Nunca. Eres la única chica para mí, siempre lo he sabido. En el mundo entero, nunca querré a otra como te quiero a ti.

Volvió a tomarme de la mano y, esta vez, no me aparté.

—¿Todavía me quieres? —me preguntó.

—Sí —respondí tragando saliva.

—Entonces cástate conmigo, por favor.

—No vuelvas a hacerme daño —dije yo. Era mitad advertencia, mitad súplica.

—No lo haré —contestó, y supe que decía la verdad.

Me miraba con tanta determinación, con tanta sinceridad. Conocía bien su rostro, seguramente mejor que nadie. Cada línea, cada curva. El pequeño bulto en la nariz de cuando se la rompió haciendo surf, la cicatriz casi invisible en la frente de cuando estaba peleando con Conrad y volcaron una maceta. Yo estuve allí. Puede que conociese su rostro mejor que el mío tras todas las horas que había pasado observándolo mientras dormía, resiguiendo el pómulos con el dedo. Quizá él había hecho lo mismo conmigo.

No deseaba ver una marca en su cara un día y no saber cómo había llegado hasta allí. Deseaba estar con él. Lo amaba.

Sin decir nada, liberé mi mano izquierda de la suya y a Jeremiah se le ensombreció el rostro. Después, extendí la mano ante él y se le iluminaron los ojos. La felicidad que sentí en aquel momento no puedo describirla en palabras. Le temblaba la mano al ponerme el anillo en el dedo.

—Isabel Conklin, ¿quieres casarte conmigo? —me preguntó con la voz más seria que le había oído.

—Sí, me casaré contigo.

Me rodeó con los brazos y nos sujetamos, aferrándonos como si fuésemos el puerto seguro del otro. En lo único que podía pensar era que si superábamos esa tormenta, lo conseguiríamos. Él había cometido errores, y yo también. Pero nos amábamos y eso era lo único que importaba.

Hicimos planes toda la noche, sobre dónde íbamos a vivir, cómo se lo íbamos a contar a nuestros padres. Los últimos días parecían formar parte de otra vida. Ese día, sin una palabra más al respecto, decidimos dejar atrás el pasado. El futuro era nuestro destino.

Capítulo doce

Esa noche soñé con Conrad. Yo tenía la misma edad que ahora, pero él era más joven, diez o quizá once años. Creo que llevaba un pantalón con peto. Jugábamos delante de mi casa hasta que oscureció; simplemente corríamos por el patio.

—Susannah se estará preguntando dónde estás. Deberías irte a casa.

—No puedo. No sé cómo. ¿Me ayudarás? —dijo él.

Y entonces me entristecí porque yo tampoco lo sabía. Ya no nos encontrábamos en mi casa, y estaba muy oscuro. Estábamos en el bosque. Nos habíamos perdido.

Me desperté llorando y Jeremiah dormía a mi lado. Me senté en la cama. Estaba oscuro, la única luz en la habitación era la del despertador. Ponía que eran las 4.57. Volví a tumbarme.

Me sequé las lágrimas y respiré la fragancia de Jeremiah. Observé la dulzura de su rostro, cómo se le levantaba y volvía a caer el pecho al respirar. Estaba allí. Era sólido y real y estaba junto a mí, embutido a mi lado como pasa cuando duermes en la habitación de una residencia de estudiantes. Estábamos así de unidos.

Por la mañana, al despertar, no lo recordé en seguida. El sueño estaba allí, enterrado en mi cabeza, en un lugar al que no podía acceder. Estaba desapareciendo de prisa, casi por completo, pero no del todo. Todavía no. Tuve que concentrarme rápido para reconstruirlo, para aferrarme a él.

Me disponía a levantarme, pero Jeremiah tiró de mí y dijo:

—Cinco minutos más.

Jeremiah era la cuchara grande y yo era la cucharita arropada entre sus brazos. Cerré los ojos, obligándome a recordarlo antes de que se esfumara. Como esos últimos segundos antes de ponerse el sol, se va, se va, y se ha ido. Recuerda, recuerda, o el sueño se desvanecerá para siempre.

Jeremiah empezó a decir algo sobre el desayuno, pero le tapé la boca y dije:

—Shh. Un segundo.

Y lo conseguí. Conrad, lo gracioso que estaba con su peto. Los dos jugando fuera durante horas. Solté un suspiro. Me sentía tan aliviada.

—¿Qué decías? —pregunté a Jeremiah.

—Desayuno —respondió, plantándome un beso en la palma de la mano.

Me acurruqué a su lado y dije:

—Cinco minutos más.

Capítulo trece

Quería contárselo a todos cara a cara y de una sola vez. Curiosamente, era el momento perfecto. Nuestras familias estarían juntas en Cousins en una semana. Un refugio para mujeres maltratadas en el que Susannah había trabajado de voluntaria y para el que había recaudado fondos había plantado un jardín en su honor y se celebraría una pequeña ceremonia el sábado. Íbamos a asistir todos: yo, Jere, mi madre, su padre, Steven. Conrad.

No había visto a Conrad desde Navidad. Tenía que haber vuelto para el cincuenta cumpleaños de mi madre, pero nos plantó en el último minuto.

—Típico de Con —dijo Jeremiah, sacudiendo la cabeza. Me había mirado en busca de apoyo, pero no dije nada.

Mi madre y Conrad tenían una relación especial, siempre había sido así. Congeniaban a un nivel que yo no comprendía. Tras la muerte de Susannah, acabaron aún más unidos, quizá porque la lloraban de la misma forma. A solas.

Conrad y mi madre charlaban a menudo por teléfono, no sabría decir de qué. Así que cuando no se presentó, noté lo decepcionada que estaba mi madre, aunque no dijese nada. Quería decirle «ámalo todo lo que quieras, pero no esperes nada a cambio. Conrad no es alguien en quien se pueda confiar».

Lo que sí hizo fue enviar un bonito ramo de zinnias.

—Mis favoritas —dijo mi madre, sonriente.

También me preocupaba la opinión de mi madre, aunque Jeremiah estaba tranquilo, como era habitual.

—En cuanto comprendan que vamos en serio, tendrán que subirse al tren porque no podrán detenernos. Ya somos adultos.

Mientras volvíamos del comedor, Jeremiah me soltó la mano, saltó sobre un banco, echó la cabeza atrás y gritó:

—¡Eh, gente! ¡Belly Conklin se va a casar conmigo!

Algunas personas nos miraron y siguieron andando.

—Baja de ahí —dije riendo y tapándome la cara con la capucha.

Bajó de un salto y dio la vuelta corriendo al banco con los brazos extendidos, como si fuese un avión. Corrió zumbando hasta mí y me levantó por las axilas.

—Venga, vuela.

Puse una mueca y subí y bajé los brazos varias veces.

—¿Contento?

—Sí —respondió, dejándome otra vez en el suelo. Yo también lo estaba. Ése era el Jere que yo conocía. Ése era el muchacho de la casa de la playa.

El hecho de habernos comprometido, de prometernos que nos perteneceríamos el uno al otro para siempre, me hacía sentir que incluso con todos los cambios de los últimos años, Jeremiah seguía siendo el mismo chico y yo la misma chica. Ahora nadie me lo podría arrebatarse, ya no.

Capítulo catorce

Sabía que tenía que hablar con Taylor y con Anika antes de que llegase mi padre para recogerme. Consideré contárselo a las dos juntas, pero sabía que Taylor se sentiría herida si la trataba igual a ella, mi amiga más antigua, que a Anika, a la que conocía desde hacía menos de un año. Tenía que contárselo a Taylor primero. Se lo debía.

Me iba a tomar por loca. Volver a estar juntos era una cosa, pero casarse era algo completamente distinto. A diferencia de la mayoría de sus compañeras de hermandad, Taylor no quería casarse al menos hasta los veintiocho.

La llamé y quedé con ella en la Drip House, la cafetería adonde la gente iba a estudiar. Le dije que tenía noticias. Intentó sonsacarme, pero me resistí.

—Es el tipo de noticias que deben explicarse en persona.

Cuando llegué, Taylor ya estaba sentada a una mesa con su café con leche desnatada. Llevaba puestas sus *Ray-Ban* y estaba enviando un SMS. En cuanto me vio, soltó el móvil. Me senté frente a ella, con cuidado de esconder la mano con el anillo sobre mi regazo.

Quitándose las gafas, comentó:

—Hoy tienes mejor cara.

—Gracias, Tay. Me siento mucho mejor.

—¿Y eso?

Me inspeccionó de arriba abajo.

—¿Habéis vuelto? ¿O habéis roto definitivamente?

Levanté la mano izquierda con una floritura. La miró, confundida. Entonces sus ojos enfocaron el dedo anular. Se le pusieron como platos.

—No puede ser. ¡¿Te has prometido?! —chilló.

Algunas personas se dieron la vuelta, irritadas. Yo me hundí un poco en la silla. Agarrándome la mano, dijo:

—¡Dios mío de mi vida! ¡Déjame ver eso!

Se notaba que le parecía pequeño, pero no me importó.

—Dios mío —repitió, observando aún el anillo.

—Lo sé.

—Pero, Belly..., te fue infiel.

—Estamos empezando de cero. Le quiero de verdad, Tay.

—Sí, aunque el momento parece un poco sospechoso. Demasiado repentino.

—Lo es y no lo es. Tú misma lo dijiste. Estamos hablando de Jere. Es el amor de mi vida.

Se me quedó mirando con la boca abierta.

—Pero... ¿No podéis esperar hasta que termines la universidad? —insistió.

—¿Por qué esperar si vamos a casarnos igualmente?

Tomé un sorbo de la bebida de Taylor.

—Alquilaremos un apartamento. Podrás ayudarme a escoger las cortinas y ese tipo de cosas.

—Supongo que sí... —respondió—. Un momento, pero ¿qué ha dicho tu madre? Habrá escupido fuego...

—Se lo contaremos a mi madre y a su padre la semana que viene en Cousins. A mi padre se lo contaremos después.

Taylor se animó de golpe.

—Espera un segundo, ¿así que nadie más lo sabe? ¿Solamente yo?

Asentí con la cabeza, se notaba que Taylor estaba complacida. Le encanta estar enterada de un secreto, es una de sus cosas favoritas.

—Será el Apocalipsis —comentó, recuperando su bebida—. Habrá cadáveres. Habrá sangre en las calles. Y cuando digo sangre, me refiero a tu sangre.

—Vaya, Tay. Muchas gracias.

—Sólo digo la verdad. Laurel es como la feminista original. Es la puñetera Gloria Steinem. No le hará ni pizca de gracia. Se pondrá en plan Terminator con Jeremiah. Y contigo.

—Mi madre quiere a Jeremiah. Susannah y ella siempre hablaban de que me casara con uno de sus hijos. Podría ser como un sueño hecho realidad para ella. De hecho, apuesto a que lo será.

Supe que no era cierto en cuanto lo dije.

Taylor tampoco parecía muy convencida.

—Es posible —dijo—. ¿Y cuándo será?

—Este agosto.

—Eso es muy, muy pronto. Casi no queda tiempo para planearlo.

Se puso a mordisquear la pajita y me lanzó una mirada furtiva.

—¿Qué pasa con el cortejo nupcial? ¿Tendrás dama de honor?

—No lo sé... Queremos que sea una boda pequeña. La celebraremos en la casa de Cousins. Será muy informal. No queremos que sea nada del otro mundo.

—¿Vas a casarte y no quieres que sea nada del otro mundo?

—No lo decía en ese sentido. Es que no me interesan esas cosas. Sólo quiero estar con Jeremiah.

—¿Qué cosas?

—Las damas de honor, el pastel de boda. Cosas así.

—¡Mentirosa!

Me señaló con el dedo.

—Querías cinco damas de honor y un pastel de zanahoria de cuatro pisos. Querías una escultura de hielo de un corazón humano con tus iniciales grabadas. Lo que, por cierto, es repugnante.

—¡Tay!

Levantó la mano para hacerme callar.

—Querías una banda en directo y pastelillos de cangrejo y que llovieran globos después del primer baile. ¿Con qué canción querías bailar?

—*Stay*, de Maurice Williams and the Zodiacs —respondí—. Pero Taylor, tenía diez años cuando dije todo eso.

Aunque me emocionaba saber que aún se acordaba de todo. Bien pensado, yo también me acordaba de lo que Taylor quería. Palomas, guantes de encaje y tacones de aguja de color fucsia.

—Deberías tener todo lo que deseas, Belly —dijo Taylor, con la barbilla alzada en su típica mueca testaruda—. Sólo te casas una vez.

—Lo sé, pero no tenemos dinero. Y además, ya no me importa todo eso. Son cosas de niñas.

Aunque quizá no necesitara tenerlo todo, sólo una parte. Podía tener una boda de verdad, pero sencilla. Porque sería bonito llevar un vestido de novia y disfrutar de un baile padre-hija con mi padre.

—Creía que el padre de Jeremy estaba forrado. ¿No puede permitirse ofrecerte una boda de verdad?

—Mi madre no se la dejaría pagar ni loca. Además, como decía, no queremos nada extravagante.

—Vale —concedió—. Nos olvidamos de la escultura de hielo. Pero los globos son baratos, podemos hacer lo de los globos. Y el pastel de zanahoria. Podríamos hacer uno normal de dos pisos. Y me da igual lo que digas, te pondrás un vestido de novia.

—Suena bien —reconocí, tomando otro sorbo de su bebida. Era agradable tener la bendición de Taylor. Era como tener permiso para emocionarme, cosa que no sabía siquiera que necesitara o deseara.

—Y tendrás varias damas de honor. O al menos una.

—Te tendré sólo a ti.

Taylor parecía complacida.

—Pero ¿y qué pasa con Anika? ¿No quieres que Anika sea tu dama de honor?

—Mmm, puede —respondí, y cuando le cambió la cara, sólo un poco, añadí—:

Pero quiero que tú seas mi dama de honor principal, ¿vale?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Será un honor.

Taylor Jewel, mi amiga más antigua en el mundo entero. Habíamos pasado por mucho juntas y sabía que era todo un milagro que nos hubiésemos reencontrado al otro lado.

Capítulo quince

Anika era la siguiente y temía su reacción. Respetaba su opinión. No quería que pensara mal de mí. La posibilidad de ser dama de honor no iba a ejercer ninguna influencia sobre ella. No era el tipo de cosas que le importaban.

Habíamos decidido irnos a vivir juntas en septiembre con dos amigas más, Shay y Lynn, al nuevo dormitorio que estaba en la otra punta del campus. Anika y yo pensábamos comprar tazas y platos bonitos, ella traería su nevera y yo mi televisor. Estaba todo decidido.

Esa misma noche la pasamos en su habitación. Yo estaba embalando sus libros y ella enrollaba sus pósters.

La radio estaba encendida y en la emisora del campus sonaba *The Power of Good-Bye*, de Madonna. Tal vez era una señal.

Me senté en el suelo, guardando el último libro e intentando reunir el coraje para contárselo. Me humedecí los labios con nerviosismo.

—Ani, tengo que hablar contigo de una cosa.

Anika se estaba peleando con el póster que colgaba de la puerta.

—¿Qué pasa?

There's no greater power than the power of good-bye.

Tragué saliva.

—Me sabe muy mal hacerte esto.

Anika se dio la vuelta.

—¿Hacer qué?

—No podré ir a vivir contigo el próximo semestre.

Frunció el entrecejo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Jeremiah me ha pedido que me case con él.

Se quedó de piedra.

—¿Isabel Conklin! No te lo crees ni tú.

Alcé la mano con lentitud.

Anika soltó un silbido.

—Vaya. Es de locos...

—Lo sé.

Abrió la boca y la volvió a cerrar. Entonces dijo:

—¿Eres consciente de lo que vas a hacer?

—Sí. Creo que sí. Le quiero mucho.

—¿Dónde vais a vivir?

—En un apartamento fuera del campus. Me siento mal por dejarte tirada. ¿Estás enfadada?

Negando con la cabeza, respondió:

—No estoy enfadada. Bueno, sí, es un rollo que no vayamos a vivir juntas, pero ya encontraré una solución. Puedo preguntar a Trina, de mi grupo de danza. O quizá mi prima Brandy se traslade aquí. Podría ser la cuarta.

Al final resultó que no era tan grave que no fuese a vivir con ellas. La vida sigue, supuse. Me sentí un poco melancólica al imaginar cómo sería seguir siendo la cuarta. Shay era una gran peluquera y a Lynn le encantaba preparar magdalenas. Habría sido divertido.

Anika se sentó en su cama.

—Todo irá bien. Solamente estoy... sorprendida.

—Yo también.

Cuando no contestó, pregunté:

—¿Crees que estoy cometiendo un error terrible?

Con su típico gesto pensativo, preguntó:

—¿Importa lo que yo piense?

—Sí.

—No es decisión mía, Iz.

—Pero eres amiga mía. Respeto tu opinión. No quiero que pienses mal de mí.

—Te importa demasiado lo que piensan los demás —dijo con certidumbre, aunque también con ternura.

Si lo hubiese dicho cualquier otro (mi madre, Taylor, incluso Jere) me habría dado un ataque. Pero con Anika no. Con ella, no me importaba. En cierto modo, resultaba halagador que me viese con tanta claridad y aun así le siguiera gustando. La amistad en la universidad era así. Pasabas todo el tiempo con otras personas, a veces el día entero, cada comida. No podías esconder quién eras ante tus amigos. Especialmente delante de alguien como Anika, que era tan sincera y abierta e incisiva y decía lo que pensaba. No se le escapaba nada.

—Al menos ya no tendrás que llevar chanclas para la ducha nunca más —dijo Anika.

—Ni sacar los pelos de los demás del desagüe —añadí yo—. Jeremiah tiene el pelo demasiado corto como para que se atasque.

—No tendrás que esconder tu comida.

La compañera de habitación de Anika, Joy, siempre le estaba robando la comida, y Anika se había acostumbrado a esconder barritas de cereales en el cajón de la ropa

interior.

—Es posible que tenga que hacerlo igualmente. Jere come mucho —dije yo, jugueteando con el anillo.

Me quedé un rato más, ayudándola a sacar el resto de sus pósters y limpiando la pelusa de debajo de la cama con un calcetín viejo puesto como un guante. Charlamos sobre las prácticas en una revista que Anika tenía planeadas hacer en verano y sobre la posibilidad de ir a visitarla un fin de semana a Nueva York.

Después recorrí el pasillo hasta mi habitación. Por primera vez en todo el año estaba realmente silencioso, sin secadores de pelo encendidos, nadie sentado en el pasillo hablando por teléfono, nadie preparando palomitas en el microondas. Mucha gente ya se había marchado a casa para el verano. Al día siguiente yo también me habría marchado.

Mi vida universitaria tal como la conocía estaba a punto de cambiar.

Capítulo dieciséis

No planeaba empezar a usar el nombre de Isabel. Simplemente pasó. Durante toda mi vida, todo el mundo me había llamado Belly y nunca pude hacer nada al respecto. Por primera vez en mucho tiempo, podía decidir, pero no se me ocurrió hasta que Jeremiah, mi madre, mi padre y yo nos encontramos de pie delante de la puerta de mi dormitorio el día de mi mudanza al campus. Mi padre y Jeremiah cargaban con el televisor, mi madre llevaba la maleta y yo la cesta de la colada con los artículos de aseo y los marcos de fotos. A mi padre le corría el sudor por la espalda y su camisa marrón tenía tres manchas. Jeremiah también sudaba porque había estado intentando impresionar a mi padre insistiendo en cargar los bultos más pesados. Hacía que mi padre se sintiese incómodo, se le notaba.

—Date prisa, Belly —dijo mi padre, respirando con dificultad.

—Ahora es Isabel —apuntó mi madre.

Recuerdo que me estaba peleando con la llave y entonces levanté la vista y lo vi. ISABEL, escrito en *strass*. Mi rótulo y el de mi compañera de habitación estaban hechos de fundas de CD vacías. El de mi compañera, Jillian Capel, era un CD de Mariah Carey, y el mío era de Prince.

Las cosas de Jillian ya estaban desempaquetadas, en el lado izquierdo de la habitación, junto a la puerta. Tenía un cubrecama estampado, azul marino y naranja oxidado. Parecía nuevo. Ya había colgado sus pósters, uno de *Trainspotting* y otro de una banda de la que nunca había oído hablar llamada Running Water.

Mi padre se sentó ante el escritorio vacío, mi escritorio. Sacó un pañuelo y se secó la frente. Parecía muy cansado.

—Es una buena habitación. Tiene mucha luz —comentó.

Jeremiah estaba merodeando por la habitación y, de repente, dijo:

—Voy a buscar la caja grande al coche.

Mi padre empezó a ponerse de pie.

—Te ayudo —dijo.

—No hace falta —contestó Jeremiah, saliendo por la puerta. Mi padre se sentó de nuevo con expresión aliviada.

—En ese caso, me tomaré un descanso.

Mientras tanto, mi madre examinaba la habitación, abriendo el armario, mirando los cajones.

Me dejé caer en la cama. Así que era ahí donde viviría el próximo año. En la

habitación de al lado, alguien estaba tocando jazz. Al final del pasillo, se oía la voz de una chica discutiendo con su madre sobre dónde colocar el cesto de la ropa sucia. Parecía que el timbre de las puertas del ascensor abriéndose y cerrándose nunca paraba de sonar. No me importaba. Me gustaba el ruido. Era reconfortante saber que estaba rodeada de gente.

—¿Quieres que te coloque la ropa? —preguntó mi madre.

—No hace falta —respondí. Quería hacerlo yo misma. Entonces sentiría que la habitación era mía.

—Deja que te haga la cama, al menos —insistió mi madre.

Cuando llegó el momento de despedirse, no estaba preparada. Pensé que lo estaría, pero no. Mi padre se quedó allí de pie, con las manos en las caderas. El pelo se le veía gris bajo esa luz.

—Bueno, tendremos que ir tirando si queremos evitar la hora punta.

—No hay prisa —respondió mi madre en tono irritado.

Viéndolos juntos de esa forma, parecía que no estuviesen divorciados, era como si todavía fuésemos una familia. Me sobrecogió un sentimiento repentino de gratitud. No todos los divorcios eran como el suyo. Por mi bien y el de Steven, lo habían hecho funcionar y eran honestos al respecto. Seguía habiendo un afecto sincero entre los dos, pero sobre todo, había amor por nosotros. Eso era lo que había permitido que los dos se juntaran en días como éstos.

Abracé a mi padre y me sorprendió ver lágrimas en sus ojos. No lloraba nunca. Mi madre me dio un abrazo rápido, pero supe que era porque si no, no podría soltarme.

—Asegúrate de lavar las sábanas al menos dos veces al mes —me recordó.

—Vale.

—E intenta hacerte la cama por la mañana. Tu habitación parecerá más arreglada.

—Vale —repetí.

Mi madre echó un vistazo al otro lado de la habitación.

—Me gustaría conocer a tu compañera.

Jeremiah estaba sentado a mi escritorio, con la cabeza gacha, embobado con el móvil mientras nos despedíamos.

De repente, mi padre dijo:

—Jeremiah, ¿te vas a quedar aquí?

Jere levantó la vista sorprendido.

—Iba a llevar a Belly a cenar.

Mi madre me lanzó una mirada significativa y supe lo que pensaba. Un par de noches antes, me había dado una charla larguísima sobre conocer a gente nueva y no pasar todo el tiempo con Jere. Las chicas con novio, dijo, se limitan a un tipo

concreto de experiencia universitaria. Le prometí que no sería una de esas chicas.

—No volváis muy tarde —dijo mi padre en tono elocuente.

Sentí cómo se me encendían las mejillas, y esta vez fue mi madre la que lanzó una mirada a mi padre, lo que me hizo sentir incluso más incómoda.

—No, claro —dijo Jeremiah, con su actitud típicamente relajada.

Conocí a mi compañera Jillian esa misma noche, después de cenar. Fue en el ascensor, justo después de que Jeremiah me dejase delante de la residencia. La reconocí en seguida gracias a las fotos de su tocador. Tenía el pelo castaño rizado y era muy pequeña, incluso más bajita de lo que parecía en las fotos.

Me quedé ahí de pie, intentando decidir qué decir. Cuando las demás chicas bajaron del ascensor en el sexto piso, nos quedamos a solas. Me aclaré la garganta y dije:

—Disculpa. ¿Eres Jillian Capel?

—Sí —respondió ella, y se notaba que estaba extrañada.

—Soy Isabel Conklin. Tu compañera de habitación.

Me pregunté si debía abrazarla u ofrecerle la mano. No hice ninguna de las dos cosas porque se me quedó mirando.

—Ah, hola. ¿Qué tal?

Sin esperar respuesta, dijo:

—Vuelvo de cenar con mis padres.

Más adelante, descubriría que repetía «¿Qué tal?» muy a menudo y que era una especie de muletilla, no una pregunta a la que esperase respuesta.

—Muy bien. Yo también vuelvo de cenar.

Bajamos del ascensor. Sentía un aleteo de excitación en el pecho al pensar que tenía una compañera de habitación. Ésa era la persona con la que iba a vivir durante un año. Había estado pensando mucho en ella desde que recibí la carta sobre la asignación el alojamiento: Jillian Capel, de Washington DC, no fumadora. Nos había imaginado charlando toda la noche, compartiendo secretos y zapatos y palomitas de microondas.

Cuando entramos en la habitación, Jillian se sentó en su cama y dijo:

—¿Tienes novio?

—Sí, también viene aquí —respondí, sentándome sobre las manos. Estaba impaciente para saltar directamente a la charla de chicas y empezar a tomarnos cariño.

—Se llama Jeremiah. Es estudiante de segundo.

Me levanté de un salto y cogí una foto nuestra del escritorio. Era de la graduación

y Jeremiah llevaba corbata y estaba espléndido.

Se la pasé con timidez.

—Es muy guapo —comentó.

—Gracias. ¿Tú tienes novio?

Asintió con la cabeza.

—En casa.

—Genial —dije yo, porque fue lo único que se me ocurrió—. ¿Cómo se llama?

—Simon.

Como decidió no entrar en detalles, pregunté:

—¿La gente te llama Jill? ¿O Jilly? ¿O prefieres Jillian?

—Jillian. ¿Vas a la cama tarde o temprano?

—Tarde. ¿Y tú?

—Temprano —respondió mordisqueándose el labio—. Ya pensaremos algo. También me levanto temprano. ¿Y tú?

—Mmm, sí, a veces.

Detestaba madrugar, lo odiaba casi más que nada el mundo.

—¿Estudias con la música encendida o apagada?

—¿Apagada?

Jillian parecía aliviada.

—Ah, perfecto. No soporto el ruido cuando estoy estudiando. Necesito que haya mucho silencio —comentó—. No es que me obsesione ni nada —añadió después.

Asentí. Sus fotografías estaban colocadas formando ángulos rectos perfectos. Cuando entramos en la habitación había colgado su cazadora tejana al instante. Yo sólo hacía la cama cuando tenía visita. Me pregunté si mi tendencia al desorden la sacaría de sus casillas. Esperaba que no.

Estaba a punto de decírselo cuando encendió el portátil. Supuse que de momento ya habíamos intimado bastante. Ahora que mis padres se habían ido y Jeremiah estaba en la casa de la hermandad, estaba completamente sola. No sabía qué hacer. Ya había deshecho las maletas. Me habría gustado explorar la residencia, conocer gente. Pero Jillian estaba tecleando, chateando con alguien. Seguramente su novio. Saqué el teléfono del bolso y envié un mensaje a Jeremiah. «¿Te importa volver a por mí?»

Sabía que lo haría.

Para las actividades diseñadas para romper el hielo con las compañeras de pasillo, nuestra monitora, Kira, nos dijo que trajésemos el objeto personal que, en nuestra opinión, nos representase mejor. Yo me decidí por unas gafas de natación. Las demás chicas trajeron animales de peluche y fotos enmarcadas y una trajo su *book* de

modelo. Jillian trajo su portátil. Nos sentamos en círculo y una chica llamada Joy quedó justo enfrente de mí. Acunaba un trofeo. Era el trofeo del campeonato estatal de fútbol, lo que me pareció bastante impresionante. Tenía muchas ganas de trabar amistad con Joy. Llevaba dándole vueltas desde la noche anterior, cuando habíamos estado charlando en pijama delante del cuarto de baño, las dos con el neceser en la mano. Joy era bajita, con una media melena de un rubio rojizo y los ojos claros. No llevaba maquillaje. Era robusta y segura de sí misma, como acostumbra a ser las chicas que practican deporte de competición.

—Me llamo Joy —dijo—. Mi equipo de fútbol ganó el pasado campeonato del Estado. Si a alguien le gusta jugar, que me avise y organizaremos una mini liga.

Cuando llegó mi turno, dije:

—Me llamo Isabel. Me gusta nadar.

Y Joy me sonrió.

Siempre había creído que la universidad sería increíble. Amigos al instante, un lugar en el que encajar. No supuse que iba a ser tan duro.

Creí que habría fiestas y cócteles y escapadas nocturnas a la Casa de los Gofres. Llevaba en la universidad cuatro días y no había hecho nada de eso. Jillian y yo habíamos comido juntas en el comedor, y ya está. Se pasaba el día al teléfono con su novio o delante del ordenador. En ningún momento mencionó fiestas o discotecas. Tenía el presentimiento de que Jillian estaba por encima de esas cosas.

Yo no lo estaba, y Taylor tampoco. Había ido a visitarla a su residencia una vez y ella y su compañera ya eran como dos gotas de agua, con sus atuendos a la moda perfectamente coordinados. El novio de su compañera de habitación estaba en una hermandad y vivía fuera del campus. Taylor dijo que me llamaría si había alguna fiesta interesante ese fin de semana, pero hasta el momento no me había llamado. Taylor se había adaptado a la universidad como un pez de colores a una pecera completamente nueva, pero yo no. Le había dicho a Jeremiah que iba a estar liada haciendo amigos y conociendo a mi compañera y que probablemente no nos veríamos hasta el fin de semana. No quería echarme atrás. No quería convertirme en ese tipo de chica.

El jueves por la noche de la primera semana, un grupo de chicas estaban bebiendo en la habitación de Joy. Las oía desde el pasillo. Había estado rellenando mi nueva agenda, apuntando las clases y ese tipo de cosas. Jillian estaba en la biblioteca. Hasta el momento, sólo habíamos tenido un día de clases, así que me costaba imaginar qué podría estar estudiando. Incluso así, me habría gustado que me invitase a acompañarla. Jeremiah me había preguntado si quería que viniese a buscarme, pero había respondido que no, con la esperanza de que me invitaran a alguna parte. Por ahora, sólo quedábamos mi agenda y yo.

Pero Joy metió la cabeza por la puerta, que había dejado abierta igual que las demás chicas.

—Isabel, ven con nosotras —dijo.

—¡Vale! —respondí, prácticamente saltando de la cama. Sentí una oleada de esperanza y excitación. Quizá ellas se convertirían en mi gente.

Estaban Joy, su compañera Anika, Molly, que vivía al final del pasillo, y Shay, la chica con el *book*. Estaban sentadas en el suelo con una botella grande de Gatorade en el centro, aunque no parecía Gatorade. Era de un marrón amarillento. Tequila, supuse. No había tocado el tequila desde que me emborraché con él en Cousins el verano anterior.

—Ven a sentarte —dijo Joy, dando palmaditas en el suelo junto a ella—. Estamos jugando a *Yo nunca nunca*. ¿Has jugado alguna vez?

—No —respondí, sentándome a su lado.

—Básicamente, cuando llega tu turno, debes decir algo así como: «Yo nunca nunca...».

Anika echó un vistazo al círculo.

—Me he enrollado con un pariente.

Todas se pusieron a reír.

—Y si lo has hecho, tienes que beber —terminó Molly, mordisqueándose la uña del pulgar.

—Empiezo yo —dijo ella, inclinándose hacia adelante—. Yo nunca nunca... he copiado en un examen.

Shay agarró la botella y bebió un trago.

—¿Qué pasa? Estaba liada trabajando de modelo. No tenía tiempo de estudiar —dijo, y las chicas rieron de nuevo.

Molly fue la siguiente.

—¡Yo nunca nunca lo hecho con alguien en público!

En esa ocasión, fue Joy la que tomó la botella.

—Fue en un parque —explicó—. Estaba oscureciendo. No creo que nos viese nadie.

—¿El baño de un restaurante cuenta? —dijo Shay.

Notaba cómo me ardían las mejillas. Me tocaba a mí. No había hecho casi nada. Mis *Yo nunca nunca* podrían durar toda la noche.

—¡Yo nunca nunca me he liado con Chad, de la cuarta planta! —dijo Molly desternillándose de risa.

Joy le lanzó una almohada.

—¡No es justo! Era un secreto.

—¡Que beba! ¡Que beba! —se pusieron a corear.

Joy tomó un trago. Secándose los labios, dijo:

—Tu turno, Isabel.

Me noté la boca seca de repente.

—Yo nunca nunca...

He practicado el sexo.

—Yo nunca nunca... había jugado a esto —terminé con convicción.

Sentí la decepción de Joy. Quizá ella también había pensado que nos convertiríamos en buenas amigas y ahora lo estaba reconsiderando.

Anika soltó una risita educada y luego todas siguieron bebiendo hasta que Joy volvió a empezar.

—Yo nunca nunca me he bañado desnuda en el mar. ¡Aunque en una piscina...!

No, eso tampoco. Estuve a punto en una ocasión, cuando tenía quince años, con Cam Cameron. Pero no contaba. Acabé bebiendo cuando Molly dijo:

—Yo nunca nunca he salido con dos personas de la misma familia.

—¿Has salido con dos hermanos? —me preguntó Joy, súbitamente interesada—. ¿O hermano y hermana?

Tosiendo un poco, respondí:

—Hermanos.

—¿Gemelos? —dijo Shay.

—¿A la vez? —quiso saber Molly.

—A la vez no. Y no son gemelos —dije yo—. Se llevan un año.

—Es la hostia —dijo Joy con una mirada de aprobación.

Y seguimos adelante. Cuando Shay dijo que nunca había robado y Joy tomó un trago, vi la expresión de Anika y tuve que morderme los labios para no reírme. Ella me vio e intercambiamos una mirada cómplice.

Seguí viendo a Joy después de eso, en el cuarto de baño y en la sala de estudio, y charlamos, pero nunca trabamos amistad. Jillian y yo nunca nos convertimos en amigas, pero acabó siendo una buena compañera de habitación.

De entre todas ellas, fue Anika con la que acabé más unida. Aunque teníamos la misma edad, me tomó bajo su ala como a una hermana pequeña y, por una vez, no me importó serlo. Anika era demasiado fantástica como para que me importase. Olía como imaginaba que debían de oler las flores silvestres cuando crecen sobre la arena. Más adelante descubrí que se trataba del aceite que se ponía en el pelo. Anika casi nunca cotilleaba, no comía carne y era bailarina. La admiraba por todo ello.

Lamentaba el hecho de que nunca nos convertiríamos en compañeras de piso. De ahora en adelante, sólo tendría un único compañero de piso: Jeremiah, mi futuro marido.

Capítulo diecisiete

Al día siguiente me levanté temprano. Me duché, tiré a la basura las chanclas de la ducha y me vestí por última vez en mi dormitorio de la residencia. No me puse el anillo, por si acaso. Lo guardé en el bolsillo con cremallera de mi bolso. Mi padre no era la persona más observadora del mundo en cuestión de accesorios y era poco probable que se diese cuenta, pero por si acaso.

Llegó a las diez en punto para ayudar con la mudanza. Jeremiah también ayudó. Ni siquiera tuve que llamarlo para despertarlo como había planeado; se presentó en mi habitación a las nueve y media con café y rosquillas para mi padre. Me detuve en las habitaciones de algunas chicas para despedirme y desearles un buen verano.

—Nos vemos en agosto —dijo Lorrie.

—Tendríamos que salir más el próximo año —dijo Jules.

Dejé a Anika para el final y se me escaparon algunas lágrimas. Ella me abrazó y dijo:

—Relájate. Nos vemos en la boda. Dile a Taylor que le enviaré un e-mail para que me explique lo de los vestidos de dama de honor.

Se me escapó una carcajada. Taylor estaría encantada.

Después de cargar el coche, mi padre nos llevó a comer a un asador. No era súper lujoso, pero sí agradable, un restaurante familiar con asientos de cuero y platos de pepinillos en la mesa.

—Pedid lo que os apetezca —dijo mi padre, entrando en el reservado.

Jeremiah y yo nos sentamos frente a frente. Examiné el menú y escogí el bistec de ternera porque era lo más barato. Mi padre no era pobre, pero estaba claro que tampoco era rico.

Cuando se acercó la camarera, mi padre y yo pedimos bistec y Jeremiah dijo:

—Tomaré el chuletón de ternera, poco hecho.

El chuletón era el plato más caro del menú. Costaba treinta y ocho dólares. Lo miré y pensé que seguramente no había visto ni el precio. No le hacía falta fijarse en ese tipo de cosas porque todas sus facturas se las enviaban a su padre. Las cosas tendrían que cambiar cuando nos casáramos. Nada de malgastar dinero en tonterías como unas zapatillas Nike Air Jordan *vintage* o un chuletón.

—Y bien, ¿qué tienes planeado para el verano, Jeremiah? —preguntó mi padre.

Jeremiah me miró a mí y luego a mi padre y a mí de nuevo. Negué ligeramente con la cabeza. Me vino a la mente una imagen suya pidiéndole su bendición a mi padre, y

resultó terrible. Mi padre no podía enterarse antes que mi madre.

—Volveré a hacer prácticas en la empresa de mi padre —dijo Jeremiah.

—Bien hecho —comentó mi padre—. Eso te mantendrá ocupado.

—Sin duda.

Mi padre me miró a mí.

—¿Y tú qué, Belly? ¿Volverás a trabajar de camarera?

Sorbí un poco de refresco del fondo del vaso.

—Sí. Iré a hablar con mi antiguo jefe la semana que viene. Siempre necesitar gente en verano, así que no creo que haya ningún problema.

A sólo dos meses para la boda, tendría que trabajar el doble o el triple.

Cuando llegó la cuenta, vi que mi padre entrecerraba los ojos y le echaba otro vistazo. Esperaba que Jeremiah no lo hubiese visto, pero cuando comprendí que no lo había hecho, deseé que sí lo hubiese notado.

Cuando más unida me sentía a mi padre era cuando estaba sentada en el asiento del copiloto de su furgoneta, estudiando su perfil y escuchando su CD de Hill Evan Los trayectos con mi padre eran nuestro momento de calma, cuando podíamos hablar de todo y de nada.

Hasta el momento había sido un viaje tranquilo.

Estaba tarareando al ritmo de la música, cuando dije:

—¿Papá?

—¿Mmm?

Me moría por contárselo. Quería compartirlo con él, que ocurriese durante un momento perfecto como ése, cuando yo aún era su niña pequeña en el asiento de al lado y él seguía siendo el que conducía el coche. Sería un momento para recordar los dos. Había dejado de llamarlo papi en la escuela, pero seguía llamándolo así en mi corazón. Papi, me voy a casar.

—Nada —dije, al fin.

No podía hacerlo. No se lo podía contar antes que a mi madre. No sería correcto.

«Espera sólo un poco más, papá.»

Capítulo dieciocho

Creía que me costaría un poco adaptarme de nuevo a la vida en casa después de volver de la universidad, pero regresé a mi antigua rutina prácticamente en seguida. Antes del final de la primera semana, desayunaba cada mañana temprano con mi madre y me peleaba con mi hermano Steven sobre el estado del baño que compartíamos como si jamás me hubiera marchado. Yo era desordenada, pero Steven lo llevaba hasta otro nivel. Supongo que era cosa de familia. Y empecé a trabajar otra vez en Behrs, haciendo tantos turnos como podía, a veces dos en un solo día.

La noche antes de que fuésemos a Cousins para la dedicatoria del jardín a Susannah, Jere y yo estuvimos hablando por teléfono de cosas de la boda y le expliqué las ideas de Taylor. Le gustaron todas pero se resistía al pastel de zanahoria.

—Quiero un pastel de chocolate —dijo—. Relleno de frambuesa.

—Podría tener un piso de zanahoria y otro de chocolate —sugerí, sujetando el teléfono con el hombro—. Tengo entendido que se puede hacer.

Estaba sentada en el suelo de mi habitación, contando mis propinas de la noche. Todavía no me había quitado el uniforme, estaba lleno de manchas de grasa, pero estaba demasiado cansada como para tomarme la molestia. Simplemente me aflojé la corbata.

—¿Un pastel de chocolate, frambuesa y zanahoria?

—Recubierto de una capa de queso cremoso —le recordé.

—Lo veo un poco complicado en cuanto a la gama de sabores, pero vale. Hagámoslo.

Sonreí para mis adentros mientras ordenaba los billetes de uno, de cinco y de diez. Jeremiah había estado viendo muchos programas de cocina desde que estaba en casa.

—Bueno, primero tendremos que pagar ese pastel imaginario —dije yo—. Hago todos los turnos que puedo y sólo tengo ahorrados ciento veinte pavos. Taylor dice que los pasteles de boda son muy caros. Tal vez debería pedirle a su madre que lo prepare. A la señora Jewel se le dan muy bien los postres. Aunque no deberíamos pedir nada muy excesivo.

Jeremiah se había quedado en silencio al otro lado de la línea. Al fin, dijo:

—No sé si deberías seguir trabajando en Behrs.

—¿Qué dices? Necesitamos el dinero.

—Sí, pero tengo el dinero que me dejó mi madre. Podemos utilizarlo para la

boda. No me gusta que tengas que trabajar tanto.

—¡Pero tú también trabajas!

—Soy becario. Es una tontería de trabajo. No estoy trabajando ni la mitad que tú para la boda. Yo estoy sentado en la oficina mientras tú te hartas de trabajar haciendo turnos dobles en Behrs. No me parece bien.

—Si es porque yo soy la chica y tú el chico... —empecé.

—No es eso. Sólo digo que ¿para qué trabajar tanto si tengo dinero en mi cuenta corriente?

—Dijimos que pagaríamos la boda por nuestros propios medios.

—He investigado un poco por internet y parece que sale mucho más caro de lo que creíamos. Aunque la hagamos muy sencilla, tendremos que pagar la comida, la bebida y las flores. Sólo nos casaremos una vez, Belly.

—Cierto.

—Mi madre también querría contribuir, ¿no?

Susannah habría hecho más que eso, habría querido participar en todas las etapas del proceso, la compra del vestido, escoger las flores y la comida. Siempre la había imaginado allí el día de mi boda, sentada junto a mi madre con un sombrero extravagante en la cabeza. Era una imagen preciosa.

—Dejemos que contribuya, pues. Tú vas a estar demasiado ocupada planeando la boda con Taylor. Ayudaré en lo que pueda, pero seguiré trabajando de nueve a cinco. Tendrás que llamar a los del catering y a los floristas durante el horario de oficina y yo no estaré disponible.

Me impresionó mucho que hubiese considerado todo aquello. Me gustaba ese lado de él, el que pensaba en el futuro y se preocupaba por mi salud. También me había estado quejando de dolor de los pies.

—Lo seguiremos hablando después de contárselo a nuestros padres —dije yo.

—¿Estás nerviosa?

Había intentado no pensar mucho en ello. En Behrs, concentraba mi energía en llevar cestitas de pan y cortar trozos de tarta de queso. En cierto modo, me alegraba de trabajar turnos dobles porque me mantenían alejada de la mirada inquisidora de mi madre. No me había puesto el anillo de compromiso desde que llegué a casa. Sólo lo sacaba de noche, en mi habitación.

—Estoy un poco asustada, pero será un alivio quitármelo de dentro. No soporto mentirle a mi madre.

—Lo sé —dijo él.

Miré el reloj. Ye eran las doce y media.

—Saldremos mañana por la mañana temprano. Tendría que ir a la cama.

Vacilé un poco antes de preguntar:

—¿Irás sólo con tu padre? ¿Qué pasa con Conrad?

—No tengo ni idea. No he hablado con él. Creo que llegará mañana. Ya veremos si aparece.

No estaba segura de si lo que sentía era alivio o decepción. Seguramente las dos cosas.

—No creo que venga —dije yo.

—Nunca se sabe con Con. Puede que venga y puede que no —contestó—. No te olvides de traer el anillo —añadió a continuación.

—No lo haré.

Nos dimos las buenas noches y tardé un buen rato en dormirme. Creo que estaba asustada. Asustada de que Conrad fuese a Cousins, y asustada de que no fuese.

Capítulo diecinueve

Me levanté antes de que sonara el despertador. Me había duchado y vestido antes de que Steven se despertase. Fui la primera en entrar en el coche.

Mi vestido nuevo era de chifón de seda de color lavanda. Tenía el corpiño ceñido, tirantes estrechos y una falda ondulante, de las que te hacen venir ganas de girar y girar como una niña pequeña. El tipo de vestido que Kim MacAfee se pondría. Lo había visto en un escaparate en febrero, cuando hacía demasiado frío para llevarlo sin medias. Las medias lo echarían a perder. Utilicé la tarjeta «sólo para emergencias» de mi padre, la que no había usado nunca. El vestido se había quedado en el armario desde entonces, en una funda de plástico.

Cuando mi madre me vio, una sonrisa le iluminó el rostro.

—Estás preciosa. A Beck le encantaría ese vestido —dijo mi madre.

—No está mal —añadió Steven.

Y yo les hice una pequeña reverencia. Porque era ese tipo de vestido.

Mi madre conducía y yo me senté delante. Steven dormía en el asiento trasero, con la boca abierta de par en par. Llevaba camisa y unos caquis. Mi madre también estaba guapa con su traje de pantalón y sus zapatos de tacón de color crema.

—Conrad seguro que viene, ¿verdad, princesa? —me preguntó mi madre.

—Eres tú la que habla con él, no yo —respondí.

Apoyé los pies descalzos en el salpicadero. Mis zapatos de tacón estaban abandonados en el suelo del coche.

Comprobando el retrovisor, mi madre dijo:

—Hace semanas que no hablo con Conrad, pero estoy segura de que estará allí. No se perdería algo tan importante.

Cuando no respondí, me echó un vistazo rápido y dijo:

—¿No estás de acuerdo?

—Lo siento, mamá, pero yo no me haría ilusiones.

No sabía por qué no podía darle la razón. No sabía lo que me frenaba.

Porque la verdad era que creía que iba a venir, de lo contrario, ¿me habría peinado con tanto cuidado esa mañana? En la ducha, ¿me habría afeitado las piernas, no una vez, sino dos, para asegurarme? ¿Me habría puesto el vestido nuevo y los tacones que me apretaban si no creyese que iba a venir?

No. En el fondo, más que creerlo, lo sabía.

—¿Sabes algo de Conrad, Laurel? —preguntó el señor Fisher a mi madre.

Estábamos de pie en el aparcamiento del centro de mujeres, el señor Fisher, Jere, Steven, mi madre y yo. Estaba empezando a entrar gente en el edificio. El señor Fisher ya había entrado a buscar a Conrad dos veces: Conrad no estaba.

Mi madre negó con la cabeza.

—No sé nada nuevo. Cuando hablamos el mes pasado, dijo que vendría.

—Si llega tarde, podemos guardarle sitio —ofrecí.

—Será mejor que entre —dijo Jeremiah. Él era el encargado de aceptar la placa conmemorativa en nombre de Susannah.

Observamos cómo se alejaba porque no teníamos nada mejor que hacer.

—Deberíamos entrar —dijo el señor Fisher, y parecía derrotado. Vi dónde se había cortado al afeitarse. Tenía la piel de la barbilla irritada.

—Vamos, pues —dijo mi madre poniéndose derecha—. Belly, ¿por qué no esperas aquí un minuto más?

—Vale. Adelantaos, ya espero yo —respondí.

Cuando desaparecieron por la puerta, me senté en la acera. Me dolían los pies. Esperé diez minutos más y cuando no apareció, me puse de pie. Así que al final no vendría.

Capítulo veinte

Conrad

La vi antes que ella a mí. En primera fila. La vi sentada con mi padre, Laurel y Steven. Tenía el pelo recogido a un lado. Nunca la había visto con ese peinado. Llevaba un vestido de color púrpura claro. Parecía mayor. Se me ocurrió que había crecido mientras yo no miraba, que lo más probable era que hubiese cambiado y yo ya no la conociese. Pero cuando se levantó para aplaudir, vi la tiritita en el tobillo y la reconocí otra vez. Era Belly. No paraba de jugar con los pasadores del pelo. Una se le estaba soltando.

Mi avión se había retrasado y aunque había conducido a ciento veinte durante todo el trayecto a Cousins, llegué tarde igualmente. Jeremiah estaba empezando su discurso cuando entré. Había un asiento vacío junto a mi padre, pero permanecí de pie en el fondo de la sala. Vi a Laurel removerse en el asiento, escrutando la sala antes de darse la vuelta. No me vio. Una mujer del refugio se levantó y agradeció a todos su asistencia. Habló de lo maravillosa que era mi madre, lo dedicada que estaba a la causa, del dinero que había recaudado, lo mucho que había concienciado a la comunidad. Dijo que mi madre había sido un regalo. Tiene gracia, sabía que mi madre trabajaba con el refugio de mujeres, pero no sabía lo mucho que se había entregado a él. Sentí una punzada de vergüenza al recordar la ocasión en la que me había pedido que la acompañase a ayudar a servir el desayuno un sábado por la mañana. Me había escaqueado, le dije que tenía cosas que hacer.

Entonces Jere se levantó y se dirigió al podio.

—Gracias, Mona —dijo—. Hoy es un día muy importante para mi familia y sé que habría significado aún más para mi madre. El refugio era muy importante para ella. Incluso cuando no estábamos aquí, en Cousins, seguía pensando en vosotras. Y amaba las flores. Decía a menudo que las necesitaba para respirar. Este jardín habría sido todo un honor para ella.

Era un buen discurso. Mi madre habría estado orgullosa de verle ahí arriba. Tendría que haber estado allí con él. Eso sí que le habría gustado. También le habrían encantado las rosas.

Seguí a Jere con la mirada mientras se sentaba en la primera fila junto a Belly. Observé cómo le tomaba la mano. Se me encogieron los músculos del estómago y me escondí detrás de una mujer con sombrero de ala ancha.

Había sido un error. Regresar había sido un error.

Capítulo veintiuno

Los discursos habían acabado. La gente empezó a salir y a repartirse por el jardín.
—¿Qué tipo de flores quieres para la boda? —me preguntó Jeremiah en voz baja.
Sonreí y me encogí de hombros.

—¿Bonitas?

¿Qué sabía yo de flores? ¿Y qué sabía yo de bodas? No había asistido a demasiadas, sólo la de mi prima Beth, cuando fui la niña de las flores, y a la de mis vecinos. Pero me gustaba este juego al que estábamos jugando. Era como de mentira, pero real.

Entonces lo vi. De pie al fondo de la sala estaba Conrad, con un traje gris. Me quedé mirando y levantó la mano para saludarme. Yo también levanté la mía, pero no me moví. No podía moverme. A mi lado, oí a Jeremiah aclararse la garganta. Di un respingo. Había olvidado que estaba junto a mí. Durante un par de segundos, me olvidé de todo.

Entonces el señor Fisher se abrió paso entre nosotros a grandes zancadas. Se abrazaron. Mi madre tomó a Conrad entre sus brazos y mi hermano se le acercó por detrás y le dio un puñetazo en la espalda. Jeremiah también fue con ellos.

Yo fui la última. Me descubrí a mí misma caminando hacia ellos como una zombi.

—Hola —dije. No sabía qué hacer con las manos, así que las dejé caer a ambos lados del cuerpo.

—Hola —dijo. Y abrió los brazos bien abiertos lanzándome a la vez una mirada que se parecía mucho a un desafío. Vacilante, me dejé abrazar. Me aplastó con un abrazo de oso y me levantó un poco del suelo. Solté un chillido y me sujeté la falda. Todos rieron. Cuando Conrad me dejó en el suelo, me arrimé a Jere. Él no reía.

—Conrad se alegra de volver a estar con su hermanita pequeña —intercedió el señor Fisher en tono jovial. Me pregunté si sabía que Conrad y yo habíamos salido. Seguramente no. Solamente fueron seis meses. No era nada comparado con el tiempo que Jeremiah y yo habíamos pasado juntos.

—¿Qué tal, hermanita? —preguntó Conrad.

Tenía esa expresión en el rostro. Mitad burlona, mitad traviesa. La conocía bien; la había visto muchas veces.

—Genial —respondí, mirando a Jeremiah—. Estamos genial.

Jeremiah no me devolvió la mirada. En lugar de eso, sacó el móvil del bolsillo y dijo:

—Me muero de hambre.

Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Estaba enfadado conmigo?

—Hagamos unas cuantas fotos en el jardín antes de irnos —dijo mi madre.

El señor Fisher dio una palmada y se frotó las manos. Puso los brazos alrededor de Conrad y Jeremiah y dijo:

—¡Quiero una foto de los Fishermen!

Nos hizo reír a todos, incluso a Jeremiah. Era uno de los chistes más viejos y cursis del señor Fisher. Siempre que él y los muchachos volvían de pescar, gritaba:

—¡Los Fishermen están aquí!

Nos hicimos fotos junto al jardín de Susannah, Jeremiah, el señor Fisher y Conrad, otra con Steven, después una conmigo, mi madre, Steven y Jeremiah, todo tipo de combinaciones.

—Quiero una con Belly —dijo Jere y me sentí aliviada.

Nos pusimos de pie delante de las rosas y justo antes de que mi madre apretase el botón, Jeremiah me dio un beso en la mejilla.

—Ha quedado bonita —dijo mi madre—. Ahora una con todos los niños.

Nos colocamos todos juntos, Jeremiah, Conrad, Steven y yo. Conrad pasó el brazo sobre mi espalda y la de Jeremiah. Fue como si el tiempo no hubiese pasado. Los niños del verano juntos una vez más.

Fui con Jeremiah al restaurante. Mi madre y Steven fueron en un coche, el señor Fisher y Conrad fueron por separado.

—Me parece que será mejor que no se lo contemos hoy —dije de repente—. Quizá deberíamos esperar un poco.

Jeremiah bajó el volumen de la música.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Hoy es el día de Susannah y de vuestra familia. Es mejor esperar.

—No quiero esperar. Que tú y yo nos casemos también es un asunto de familia. De dos familias que se unen como una sola.

Sonriendo, me tomó la mano y la levantó.

—Quiero que puedas ponerte el anillo ahora mismo, feliz y orgullosa.

—Me siento feliz y orgullosa —dije.

—Entonces, hagámoslo como lo planeamos.

—Vale.

Mientras aparcábamos, Jeremiah me dijo:

—No te sientas mal si... ya sabes, si dice algo.

Parpadeé.

—¿Quién?

—Mi padre. Ya sabes cómo es. No te lo tomes como algo personal, ¿vale?

Asentí.

Entramos en el restaurante de la mano. Los otros ya habían llegado y estaban sentados a una mesa redonda.

Tomé asiento, Jeremiah a mi izquierda y mi hermano a mi derecha. Cogí un bollo de la cesta del pan y lo unté de mantequilla antes de embutirme la mayor parte en la boca. Steven sacudió la cabeza con perplejidad y articuló con los labios la palabra «cerdita».

Atravesándolo con la mirada, dije:

—No he desayunado.

—He pedido unos aperitivos —me explicó el señor Fisher.

—Gracias, señor Fisher —respondí con la boca medio llena.

Sonrió.

—Belly, ya somos adultos. Puedes llamarme Adam. Basta de señor Fisher.

Bajo la mesa, Jeremiah me dio un apretón en la pierna. Casi se me escapa una risotada. Después se me ocurrió otra cosa: ¿tendría que llamar papá al señor Fisher después de casarnos? Tenía que contárselo a Jeremiah.

—Lo intentaré —dije yo. El señor Fisher me miró expectante y añadió:

»Adam.

—¿Y cómo es que nunca sales de California? —preguntó Steven a Conrad.

—Estoy aquí, ¿no?

—Sí, pero es prácticamente la primera vez desde que te fuiste.

Steven le dio un codazo y bajó la voz.

—¿Tienes una novia por ahí?

—No —contestó Conrad—. Ninguna novia.

Entonces llegó el champán y cuando tuvimos las copas llenas, el señor Fisher golpeó la suya suavemente con un cuchillo.

—Me gustaría hacer un brindis.

Mi madre puso los ojos en blanco. El señor Fisher era famoso por sus discursos, aunque ese día lo merecía.

—Quiero agradecerlos a todos el haber venido a recordar a Susannah. Es un día especial y me alegro de que podamos compartirlo.

El señor Fisher levantó su copa.

—Por Suz.

Asintiendo, mi madre añadió:

—Por Beck.

Entrechocamos las copas y bebimos, y antes de que pudiese bajar la mía, Jeremiah

me miró como diciendo «preparate, está a punto de ocurrir».

Me dio un vuelco el estómago. Bebí otro sorbo de champán y asentí.

—Me gustaría decir algo —anunció Jeremiah. Mientras los demás esperaban a oír lo que era, eché un vistazo rápido a Conrad. Tenía el brazo apoyado en la silla de Steven y habían estado riendo. Su expresión era tranquila y relajada.

Sentí un impulso desesperado de detener a Jeremiah, taparle la boca con la mano y evitar que lo dijera. Todos estaban tan felices. Esto lo echaría a perder.

—Ya os aviso desde ahora mismo de que son muy buenas noticias.

Jeremiah sonrió a todos y yo me preparé para lo peor. «Se está haciendo demasiado el gracioso», pensé. A mi madre no le gustaría.

—Pedí a Belly que se casara conmigo y, ¡dijo que sí! Nos casamos en agosto.

El restaurante pareció quedarse en silencio de repente, como si todo el ruido y la charla hubiesen sido aspirados de la habitación. Todo se detuvo. Miré al otro lado de la mesa, a mi madre. Estaba lívida. Steven se atragantó con el agua que estaba bebiendo. Entre tos y tos, soltó:

—Pero ¿qué...?

El rostro de Conrad estaba completamente blanco.

Fue surrealista.

Llegó el camarero con los aperitivos: calamares, cóctel de gambas y una torre de ostras.

—¿Desean pedir el primer plato? —preguntó, reordenando la mesa para que hubiese espacio para todo.

—Creo que necesitaremos unos minutos más —contestó el señor Fisher con voz tensa, y miró de reojo a mi madre.

Parecía aturdida. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Entonces me miró directamente a los ojos y me preguntó:

—¿Estás embarazada?

Noté cómo toda la sangre me subía a las mejillas. A mi lado, sentí más que oír a Jeremiah atragantándose.

A mi madre le temblaba la voz al decir en tono chillón:

—No me lo puedo creer. ¿Cuántas veces hemos hablado de anticonceptivos, Belly?

Era imposible sentirse más avergonzada. Miré al señor Fisher, que estaba rojo como un tomate, y después al camarero, que estaba sirviendo agua a la mesa de al lado. Nuestras miradas se encontraron. Estaba casi segura de que lo había visto en alguna de mis clases de psicología.

—¡Mamá, no estoy embarazada!

—Laurel, te juro que no se trata de eso —intervino Jeremiah.

Mi madre hizo caso omiso. Sólo me miraba a mí.

—Entonces ¿qué está pasando? ¿A qué viene todo esto?

Se me secaron los labios de repente. Fugazmente, pensé en lo que había conducido a la proposición de Jeremiah y, tan rápido como vino, el pensamiento se esfumó. Ya nada de eso importaba. Lo que sí importaba era que estábamos enamorados.

—Queremos casarnos, mamá.

—Sois muy jóvenes —respondió con sequedad—. Los dos sois demasiado jóvenes.

Jeremiah tosió.

—Laur, nos queremos y deseamos estar juntos.

—Ya lo estáis —espetó mi madre.

Después se volvió hacia el señor Fisher con expresión de sospecha.

—¿Tú lo sabías?

—Cálmate, Laurel. Seguro que están bromeando. Es una broma, ¿verdad?

Jere y yo nos miramos, antes de que Jere respondiese en voz baja:

—No es ninguna broma.

Mi madre bebió el resto de su champán, vaciando su copa.

—No os vais a casar y punto. Todavía estáis estudiando, por Dios. Es una ridiculez.

Carraspeando, el señor Fisher dijo:

—Quizá podemos volver a hablarlo después de que os licenciéis.

—Unos cuantos años después de licenciaros —intervino mi madre.

—Claro —dijo el señor Fisher.

—Papá... —empezó Jeremiah.

El camarero volvía a estar detrás del señor Fisher antes de que Jeremiah pudiese terminar la frase. Se quedó allí de pie un momento, incómodo, antes de preguntar:

—¿Tienen alguna duda sobre el menú? ¿O, mmm, sólo tomarán los aperitivos por hoy?

—Tráenos la cuenta —respondió mi madre, con los labios apretados.

Había un montón de comida en la mesa pero nadie la tocaba. Nadie decía nada. Tenía razón. Había sido un error, un error táctico de dimensiones épicas. No tendríamos que habérselo contado de esa manera. Ahora formaban un equipo, unidos en nuestra contra. Casi no habíamos podido ni hablar.

Cogí el bolso y me puse el anillo de compromiso bajo la mesa. Fue lo único que se me ocurrió. Cuando alargué el brazo para coger el agua, Jeremiah vio el anillo y volvió a darme un apretón en la rodilla. Mi madre también lo vio: le saltaron chispas de los ojos, y apartó la mirada.

El señor Fisher pagó la cuenta y, por una vez, mi madre no se lo discutió. Nos

pusimos de pie. Con mucha prisa, Steven llenó de gambas una servilleta de tela. Y nos marchamos, yo detrás de mi madre y Jeremiah siguiendo al señor Fisher. A mis espaldas, oí que Steven le susurraba a Conrad:

—Joder, tío. Esto es de locos. ¿Tú lo sabías?

Oí que Conrad le decía que no. Una vez fuera, abrazó a mi madre para despedirse, se metió en el coche y se alejó. No miró atrás ni una sola vez.

Cuando llegamos a nuestro coche, pregunté a mi madre en voz muy baja:

—¿Me das las llaves?

—¿Para qué?

Me humedecí los labios.

—Necesito sacar la bolsa de los libros del maletero. Me voy con Jeremiah, ¿te acuerdas?

Mi madre pugnaba por controlar su ira.

—No, no te vas con él. Te vienes a casa con nosotros.

—Pero, mamá...

Antes de que pudiese acabar la frase, ya le había dado las llaves a Steven y se había sentado en el asiento del copiloto. Cerró la puerta.

Miré a Jeremiah con impotencia. El señor Fisher ya estaba en su coche y Jeremiah se había quedado atrás, a la espera. Deseé más que nada en el mundo poder irme con él. Tenía mucho, mucho miedo de meterme en el coche con mi madre. Nunca me había metido en un lío tan gordo.

—Entra en el coche, Belly —dijo Steven—. No lo empeores más.

—Será mejor que vayas —sugirió Jeremiah.

Corrí hasta donde estaba y lo abracé fuerte.

—Te llamaré esta noche —me susurró en el pelo.

Me alejé de él y subí al asiento trasero.

Steven arrancó el coche, su servilleta iba atada en un fajo sobre el regazo. Mi madre y yo intercambiamos miradas en el retrovisor.

—Vas a devolver ese anillo, Isabel —dijo ella.

Si ahora me echaba atrás, todo estaría perdido. Tenía que ser fuerte.

—No pienso devolverlo —respondí yo.

Capítulo veintidós

Mi madre y yo no nos dirigimos la palabra en una semana. Yo la evitaba y ella me ignoraba. Trabajaba en Behrs, más que nada para salir de casa. Comía y cenaba allí. Después del trabajo, iba a casa de Taylor y cuando llegaba a casa, hablaba por teléfono con Jeremiah. Me suplicaba que intentase hablar con mi madre. Sabía que le preocupaba que mi madre empezase a odiarlo y le aseguré que nadie se había enfadado con él. Sólo conmigo.

Una noche, después del último turno en el restaurante, iba de camino a mi habitación cuando me detuve de golpe. Oí el sonido apagado de mi madre llorando detrás de la puerta cerrada de su habitación. Me quedé paralizada, con el corazón latiéndome en el pecho. De pie ante su puerta, escuchando cómo lloraba, estuve dispuesta a darme por vencida. En ese momento, habría hecho cualquier cosa, dicho cualquier cosa para que dejase de llorar. En ese momento, me tenía. La mano en el pomo de la puerta y las palabras justo ahí, en la punta de la lengua.

—Vale, no lo haré.

Pero entonces se hizo el silencio. Había parado de llorar por su cuenta. Esperé un poco más y, al no oír nada más, solté el pomo y fui a mi habitación. Me quité el uniforme del trabajo a oscuras, me metí en la cama y lloré también.

Me despertó el aroma del café turco de mi padre. Durante unos breves segundos, justo entre el sueño y la vigilia, volvía a tener diez años, mi padre aún vivía con nosotros y mi mayor preocupación eran los deberes de mates. Empecé a dormirme de nuevo y volví a despertar sobresaltada.

Sólo había una razón para que estuviese con nosotros. Mi madre se lo había contado. Quería ser yo la que se lo dijera, la que se lo explicase. Se me había adelantado. Estaba enfadada, pero también contenta. Que se lo hubiese contado a mi padre quería decir que por fin se lo estaba tomando en serio.

Después de ducharme, bajé al salón, donde estaban tomando un café. Mi padre llevaba su ropa del fin de semana, vaqueros y una camisa a cuadros de manga corta. Y cinturón, siempre cinturón.

—Buenos días —dije yo.

—Siéntate —respondió mi madre, dejando su taza sobre un posavasos.

Me senté. Tenía el pelo húmedo e intentaba deshacerme los nudos con un peine.

—Tu madre me ha contado lo que pasa —dijo mi padre con un carraspeo.

—Papá, quería explicártelo yo, de verdad. Mamá se me ha adelantado.

Le lancé una mirada envenenada, pero no pareció afectarle en lo más mínimo.

—Yo tampoco estoy a favor, Belly. Pienso que eres demasiado joven.

Volvió a carraspear.

—Lo hemos discutido, y si quieres vivir con Jeremiah en un apartamento en otoño, lo permitiremos. Tendrás que pagar más que en la residencia, pero nosotros seguiremos pagando lo mismo que antes.

Eso no me lo esperaba. Un acuerdo. Estaba segura de que había sido idea de mi padre, pero no podía aceptar el trato.

—No quiero vivir en un apartamento con Jeremiah y ya está. Ésa no es la razón por la que queremos casarnos.

—Entonces ¿por qué os queréis casar? —me preguntó mi madre.

—Nos queremos. Lo hemos pensado bien, en serio.

Mi madre señaló mi mano izquierda.

—¿Quién pagó ese anillo? Sé que Jeremiah no tiene trabajo.

Escondí la mano en el regazo.

—Utilizó su tarjeta de crédito —contesté.

—La tarjeta de crédito que paga Adam. ¡Jeremiah no puede ni permitirse un anillo!

—No le costó mucho.

No tenía ni idea de cuánto le había costado, pero el diamante era muy pequeño. Supuse que no podía ser tan caro.

Con un suspiro, mi madre echó una mirada rápida a mi padre y luego a mí.

—Puede que no me creas cuando te lo diga, pero cuando tu padre y yo nos casamos, estábamos muy enamorados. Muy, muy enamorados. Nos casamos con las mejores intenciones, pero eso no fue suficiente como para sustentarnos.

Su amor por el otro, por Steven y por mí, nuestra familia, nada de eso bastó para que su matrimonio funcionase. Todo eso ya lo sabía.

—¿Te arrepientes? —le pregunté.

—Belly, no es tan sencillo.

—¿Te arrepientes de nuestra familia? ¿Te arrepientes de habernos tenido a mí y a Steven? —la interrumpí.

Suspirando profundamente, contestó:

—No.

—Papá, ¿y tú?

—Belly, no. Claro que no. Eso no es lo que tu madre intenta decir.

—Jeremiah y yo no somos mamá y tú. Nos hemos conocido toda nuestra vida. —

Intenté apelar a mi padre—. Papá, ¿tu prima Martha se casó joven y ella y Bert llevar casados como unos treinta años! Puede funcionar, sé que puede. Jeremiah y yo haremos que funcione, igual que ellos. Seremos felices. Solamente queremos que vosotros lo seáis por nosotros. Por favor, alegraos por nosotros.

Mi padre se acarició la barba en un gesto que conocía bien: iba a dejar la decisión en manos de mi madre, como siempre. En cualquier momento, la miraría perplejo. Ahora todo dependía de ella. De hecho, siempre había dependido de ella.

La miramos los dos. Mi madre era la jueza. Así funcionaba en nuestra familia. Cerró los ojos brevemente y dijo:

—No puedo apoyarte en tu decisión, Isabel. Si sigues adelante con esta boda, no te apoyaré. No estaré allí.

Se me cortó la respiración. Aunque esperaba su desaprobación, yo... Yo seguía pensando que recapacitaría.

—Mamá —dije yo, y se me quebraba la voz—. Venga ya.

—Belly, pensémoslo un poco más, ¿vale? Todo esto ha sido muy repentino para nosotros —dijo mi padre con expresión afligida.

No le hice caso, miré a mi madre.

—¿Mamá? Sé que no va en serio —dije en tono de súplica.

—Va muy en serio.

—Mamá, no puedes perderte mi boda. Es una locura.

Intenté parecer tranquila, como si no estuviese al borde de un ataque de histeria.

—No, la locura es la idea de una adolescente que quiere casarse. —Apretó los labios—. No sé qué hacer para que me comprendas. ¿Qué puedo hacer para que me comprendas, Isabel?

—No puedes hacer nada.

Mi madre se inclinó hacia adelante con los ojos fijos en mí.

—No lo hagas.

—Ya está decidido. Me caso con Jeremiah. —Me levanté con brusquedad—. Si no puedes alegrarte por mí, entonces tal vez es mejor que no vengas.

Ya había llegado a la escalera cuando me llamó mi padre.

—Belly, espera.

Me detuve y entonces oí a mi madre decir:

—Deja que se vaya.

Cuando llegué a mi habitación, llamé a Jeremiah. Lo primero que dijo fue:

—¿Quieres que hable con ella?

—No servirá de nada. Ya te lo he dicho, está decidida. La conozco. No cambiará

de opinión. Al menos, no por ahora.

Jeremiah calló.

—¿Qué quieres que hagamos?

—No lo sé.

Me puse a llorar.

—¿Quieres posponer la boda?

—¡No!

—Entonces, ¿qué?

Me sequé las lágrimas y respondí:

—Supongo que seguir adelante con la boda. Empezar con los preparativos.

En cuanto colgué el teléfono, empecé a ver las cosas con más claridad. Sólo tenía que separar la emoción de la razón. Negarse a asistir a la boda era el as en la manga de mi madre. Era su única alternativa y además era un farol. Tenía que ser un farol. Poco importa lo enfadada o decepcionada que estuviese conmigo, no podía creer que fuese a perderse la boda de su única hija. Era impensable.

Lo único que podía hacer era seguir adelante y poner la boda en marcha. Con o sin mi madre, la boda tendría lugar.

Capítulo veintitrés

Esa misma noche estaba doblando la colada cuando Steven llamó a mi puerta. Como de costumbre, sólo me dejó un par de segundos antes de abrirla; nunca esperaba a que dijese «adelante». Entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Se quedó de pie en medio de la habitación y con ademán incómodo apoyó la espalda contra la pared y se cruzó de brazos.

—¿Qué? —bufé.

Aunque ya sabía la respuesta.

—Mmm, ¿vais en serio Jere y tú con eso de la boda?

Hice una pila con las camisetas.

—Sí.

Steven cruzó la habitación y se sentó a mi escritorio, absorbiendo la respuesta. Después se volvió para mirarme sentado a horcajadas en la silla y dijo:

—Te das cuenta de que es una locura, ¿no? No vivimos en la montañas de Virginia. No tienes por qué casarte tan joven.

—¿Y tú qué sabes de Virginia? —respondí, burlona.

—Ésa no es la cuestión.

—Entonces ¿cuál es?

—La cuestión es que sois demasiado jóvenes.

—¿Te envía mamá a hablar conmigo?

—No —contestó y supe que mentía.

»Estoy preocupado por ti.

Le sostuve la mirada hasta que apartó la vista.

—Vale, sí, me envía ella —admitió—. Pero habría subido igualmente.

—No harás que cambie de opinión.

—Escucha, nadie os conoce mejor yo —adujo, y se detuvo a sopesar sus palabras—. Quiero a Jere... Es casi como un hermano para mí. Pero tú eres mi hermana pequeña. Tú eres lo primero. Esta idea del matrimonio, lo siento, pero me parece una estupidez. Si os queréis tanto, podéis esperar un par de años para estar juntos. Y si no podéis, está claro que no deberíais casaros.

Me irritó a la vez que me emocionó. Steven nunca decía cosas como «Tú eres lo primero». Aunque también me había llamado estúpida, y eso iba más con su estilo.

—No espero que lo comprendas —dije yo.

Doblé una camiseta y la volví a doblar una vez más.

—Jeremiah quiere que Conrad y tú seáis sus padrinos.

A Steven se le escapó una sonrisa.

—¿En serio?

—Sí.

Steven parecía feliz, pero me pilló mirándolo y se le borró la sonrisa.

—No creo que mamá me deje asistir a la boda.

—Steven, tienes veintiún años. Puedes decidirlo tú solito.

Frunció el ceño. Me di cuenta de que le había lastimado el orgullo.

—Bueno, sigo pensando que no es un plan muy inteligente.

—Tomo nota —repuse—. Pero lo haré de todos modos.

—Uf, tía, mamá me va a matar. Se suponía que iba a convencerte de no casarte y en vez de eso, he acabado metido en el cortejo nupcial —dijo Steve, levantándose.

Escondí mi sonrisa hasta que Steven añadió:

—Conrad y yo tendremos que empezar a planear la despedida de soltero.

—Jere no quiere nada de eso —objeté al instante.

Steven se puso firme.

—Tú no decides, Belly. Eres una chica, esto es cosa de hombres.

—¿Cosa de hombres?

Cerró la puerta de mi habitación con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo veinticuatro

A pesar de lo que le había dicho a Steven, me descubrí a mí misma esperando a mi madre. Esperando a que recapacitase, esperando a que se rindiera. No quería empezar a planear la boda hasta que dijese que sí. Pero a medida que pasaban los días y ella se negaba a discutirlo, comprendí que no podía seguir esperando.

Gracias a Dios por Taylor.

Trajo a casa un archivador blanco con recortes de revistas de bodas, listas de tareas y todo tipo de cosas.

—Lo guardaba para mi boda, pero tú también puedes utilizarlo.

Lo único que tenía yo era uno de los cuadernos amarillos de mi madre. Había escrito la palabra boda en la parte superior y había apuntado una lista de cosas que tenía que hacer. La lista parecía bastante escasa al lado del archivador de Taylor.

Estábamos sentadas en mi cama, rodeadas de papeles y revistas de boda. Taylor estaba totalmente concentrada.

—Lo primero es lo primero. Tenemos que encontrarte un vestido. Agosto está muy, muy cerca —dijo.

—No tan cerca —contesté.

—Sí, lo está. Dos meses para planear una boda no son nada. En el mundo de los preparativos de bodas es como si fuese mañana.

—Bueno, supongo que como la boda será sencilla, el vestido también debería serlo —dije yo.

Taylor frunció el ceño.

—¿Cómo de sencilla?

—Muy sencilla. Tanto como sea posible. Nada recargado ni cursi.

Asintió para sí.

—Ya me lo imagino. Muy rollo Cindy Crawford casándose en la playa y todo eso...

—Suena bien —convine, aunque no tenía ni idea de cómo había sido su vestido de novia. Ni siquiera sabía quién era Cindy Crawford. En cuanto tuviese el vestido, todo parecería más real, sería capaz de visualizarlo. En ese momento todo me parecía demasiado abstracto.

—¿Y los zapatos?

Me la quedé mirando.

—Como si fuese a ponerme tacones en la playa. Apenas puedo andar con tacones

por suelo plano.

Taylor me ignoró.

—¿Y mi vestido de dama de honor?

Empujé algunas revistas al suelo para poder tumbarme. Estiré las piernas lo más que pude y apoyé los pies en la pared.

—Estaba pensando en un amarillo mostaza. Puede que en satén.

Taylor detestaba el amarillo mostaza.

—¡Satén amarillo mostaza! —repitió Taylor, asintiendo y tratando de esconder la cara de asco. Se notaba que se sentía indecisa entre su vanidad y sus creencias, según las cuales la novia siempre tenía razón.

—Podría funcionar con el tono de piel de Anika. Yo soy más de primavera, pero si empiezo a broncearme ahora, podría servir.

Se me escapó la risa.

—Es broma. Puedes ponerte lo que quieras.

—¡Idiota! —resopló, pero se la veía aliviada—. ¡Eres tan inmadura! No puedes creer que vayas a casarte.

—Yo tampoco.

—Aunque supongo que tiene sentido. En plan episodio de *Los límites de la realidad*. Jere y tú os conocéis desde hace tropecientos años. Estaba destinado a suceder.

—¿Cuánto son tropecientos años?

—Es para siempre.

Dibujó mis iniciales en el aire.

—B. C. + J. F. para siempre.

—Para siempre —repetí feliz.

Con Jere sí me imaginaba el para siempre. Él y yo.

Capítulo veinticinco

Al día siguiente, de camino a la salida para reunirme con Taylor en el centro comercial, me pasé por el despacho de mi madre.

—Voy a buscar un vestido —dije de pie en el umbral.

Dejó de teclear y me miró.

—Buena suerte —respondió.

—Gracias.

Supuse que podría haberme dicho cosas peores que «buena suerte», pero la idea no me hizo sentir mejor.

La tienda de ropa de etiqueta estaba llena de chicas, acompañadas por sus madres, que buscaban vestidos para el baile de fin de curso. No esperaba sentir una punzada en el pecho al verlas. Se suponía que las chicas iban a comprar su vestido de novia con sus madres. Tenían que salir del probador con el vestido perfecto puesto para que a sus madres se les escaparan las lágrimas y dijeran:

—¡Estás preciosa!

Estaba bastante segura de que así era como debía ser.

—¿No es un poco tarde para el baile? —pregunté a Taylor—. ¿El nuestro no fue en mayo?

—Mi hermana me dijo que tuvieron que retrasarlo por culpa de un escándalo con el subdirector —explicó Taylor—. El dinero del baile desapareció o algo por el estilo. Así que ahora es un *graile*. Graduación y baile.

Me hizo reír.

—*Graile*.

—Además, las escuelas privadas siempre celebran el baile más tarde; ¿te acuerdas del colegio universitario St. Joes?

—Sólo fui a un baile —le recordé. Con uno me había bastado.

Deambulé por la tienda y encontré un vestido que me gustaba, un vestido palabra de honor, de un blanco cegador. Antes no sabía que existían varios tonos de blanco; pensaba que el blanco era blanco. Cuando encontré a Taylor, tenía una pila de vestidos colgados del brazo. Tuvimos que hacer cola para el probador.

La chica de delante le dijo a su madre:

—Si alguien lleva el mismo vestido que yo, fliparé.

Taylor y yo pusimos una mueca.

«Fliparé», articuló Taylor con los labios.

Llevábamos una eternidad esperando.

—Pruébate éste primero —ordenó Taylor cuando nos llegó el turno.

Obedecí diligentemente.

—¡Sal! —gritó Taylor desde su silla en el espejo triple. Había acampado con las otras madres.

—Creo que no me gusta —respondí—. Es demasiado brillante. Me parezco a Glinda, la bruja buena o algo por el estilo.

—¡Sal de una vez y déjame verte!

Salí y ya había dos chicas delante del espejo, comprobando sus vestidos. Me coloqué entre las dos. En ese momento, la chica de la cola salió con el mismo vestido que yo llevaba pero en color champán. Me vio y al instante preguntó:

—¿A qué baile vas a ir?

Taylor y yo nos miramos en el espejo. Taylor se tapaba la boca para que no se le escapase la risa.

—No voy a ningún baile —respondí.

—¡Se va a casar! —terció Taylor.

La chica se quedó con la boca abierta.

—¿Cuántos años tienes? Pareces muy joven.

—No soy tan joven. Tengo diecinueve.

No cumpliría los diecinueve hasta el mes de agosto, pero diecinueve sonaba mucho mayor que dieciocho.

—Ah, pensaba que teníamos la misma edad —dijo ella.

Nos miré en el espejo, las dos ahí de pie con el mismo vestido. Yo también pensé que parecíamos de la misma edad. Vi que su madre me miraba y le susurraba algo a la señora de al lado y sentí cómo me sonrojaba.

Taylor también lo vio y dijo en voz muy alta:

—Casi ni se nota que está embarazada de tres meses.

La mujer soltó un grito ahogado. Negó con la cabeza en un gesto de desaprobación y yo respondí encogiéndome de hombros. Luego Taylor me cogió de la mano y fuimos corriendo al probador entre risas.

—Eres una buena amiga —le dije mientras me bajaba la cremallera.

Nos miramos en el espejo, yo con mi vestido blanco y ella con sus vaqueros recortados y sus chanclas. Me entraron ganas de llorar. Pero Taylor salvó la situación y me hizo reír. Puso los ojos bizcos y sacó la lengua. Me sentó bien volver a verle hacer el payaso.

Tres tiendas después, paramos para sentarnos en una cafetería, todavía sin vestido. Taylor comía patatas fritas y yo un yogur helado con confites de colores. Me dolían los pies y ya tenía ganas de irme a casa. El día no estaba siendo tan divertido

como esperaba.

Taylor se inclinó hacia adelante y remojó una patata frita llena de ketchup en mi yogur helado. Aparté la tarrina de golpe.

—¡Taylor! Qué asco.

Se encogió de hombros.

—Lo dice la que pone azúcar en polvo en los cereales azucarados. Pruébalo —me dijo, dándome una patata.

Remojé la patata en la tarrina con cuidado de no tocar ningún confite, porque eso sería asqueroso. Me metí la patata en la boca. No estaba mal.

—¿Y si no encuentro vestido? —pregunté tragándome la patata.

—Lo encontraremos —me aseguró, pasándome otra patata—. No empieces a ponerte negativa.

Tenía razón. Lo encontramos en la tienda siguiente. Fue el último que me probé. Todos los otros que me había probado o no me habían convencido o eran demasiado caros. Se trataba de un vestido largo, blanco y sedoso, uno que podías llevar a la playa. No era muy caro, lo que también era importante. Pero lo más importante de todo era que cuando me miré al espejo, podía imaginarme a mí misma casándome con ese vestido puesto.

Nerviosa, salí del probador alisando el vestido con las manos. Miré a Taylor.

—¿Qué te parece?

Le brillaban los ojos.

—Es perfecto. Simplemente perfecto.

—¿Tú crees?

—Ven a mirarte al espejo y dímelo tú, zorrilla.

Subí a la plataforma y me miré en el espejo triple. Lo había encontrado. Ése era el vestido.

Capítulo veintiséis

Aquella noche volví a probarme el vestido y llamé a Jeremiah.

—He encontrado el vestido —anuncié—. Lo llevo puesto ahora mismo.

—¿Cómo es?

—Es una sorpresa. Pero te prometo que es precioso. Taylor y yo lo encontramos en la quinta tienda a la que hemos ido. Y tampoco ha costado muy caro.

Acaricié la tela con la mano.

—Me va a la medida y no tendré que hacer retoques ni nada.

—Entonces, ¿por qué suenas tan triste?

Me senté en el suelo abrazándome las rodillas al pecho.

—No sé. Puede que porque mi madre no estaba allí para ayudarme a escogerlo... Creía que comprar un vestido de novia tenía que ser un momento especial que compartes con tu madre, pero ella no estaba. Lo he pasado bien con Taylor, pero desearía que mi madre también hubiese estado allí.

Jeremiah se quedó callado. Después preguntó:

—¿Le has pedido que te acompañase?

—No, la verdad es que no. Pero ella sabía que quería que viniese. No soporto que no forme parte de esto.

Había dejado la puerta de la habitación abierta con la esperanza de que mi madre pasara por delante, me viera con el vestido y se detuviese. Pero no había funcionado.

—Ya recapacitará.

—Eso espero. No sé si puedo imaginarme casándome sin mi madre a mi lado, ¿sabes?

Jere soltó un suspiro.

—Ya, yo tampoco —convino, y supe que estaba pensando en Susannah.

A la mañana siguiente, mi madre y yo estábamos desayunando, mi madre su yogur con muesli y yo gofres congelados, cuando sonó el timbre. Mi madre levantó la vista del periódico.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó.

Negué con la cabeza y me levanté para ver quién era. Abrí la puerta esperando que fuese Taylor con más revistas de boda. En su lugar estaba Jeremiah. Tenía un ramo de lirios en la mano y llevaba una camisa de vestir blanca con cuadraditos

azules.

Me cubrí la boca con las manos, sorprendida y feliz.

—¿Qué haces aquí?! —chillé.

Me abrazó. Noté cierto olor a McDonald's en su aliento. Debió de madrugar mucho para venir. A Jeremiah le encantaban los desayunos de McDonald's, pero nunca conseguía levantarse lo bastante temprano como para tomarlos.

—No te emociones. Las flores no son para ti. ¿Está Laurel?

Me sentí desfallecida y también un poco aturdida.

—Está desayunando —respondí—. Pasa.

Le abrí la puerta y me siguió hasta la cocina.

—Mamá, ¡mira quién ha venido! —anuncié feliz.

Mi madre parecía asombrada, la cuchara se le quedó colgando a medio camino de la boca.

—¡Jeremiah!

Jeremiah se acercó a ella con las flores en la mano.

—Tenía que venir a saludar como es debido a mi futura suegra —dijo con su sonrisa pícaro.

La besó en la mejilla y dejó las flores junto al bol de yogur.

Yo observaba con atención. Si alguien era capaz de convencer con sus encantos a mi madre, tenía que ser Jeremiah. Ya empezaba a sentir cómo se desvanecía la tensión de la casa.

Sus labios dibujaron una sonrisa quebradiza, pero era una sonrisa. Se puso de pie.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Hace tiempo que quería hablar con los dos.

Jeremiah se frotó las manos.

—Muuuy bien. Hagámoslo. Belly, ven aquí. Primero un abrazo de grupo.

Mi madre intentó contener la risa mientras Jeremiah le daba un abrazo de oso. Hizo un gesto para que me uniese a ellos y me coloqué detrás de mi madre y la abracé por la cintura. No pudo evitarlo: se le escapó una carcajada.

—Vale, vale. Vamos al salón. Jere, ¿has comido?

Respondí por él.

—McMuffin de huevo, ¿verdad que sí?

Me guiñó el ojo.

—Me conoces tan bien.

—Te huele el aliento a McDonald's —le dije en voz baja.

Se cubrió la boca con la mano. Parecía avergonzado, lo que no era habitual en él.

—¿Huele mal? —me preguntó.

Sentí tanta ternura hacia él en ese momento.

—No —le aseguré—. Para nada.

Los tres nos sentamos en el salón. Jeremiah y yo en el sofá y mi madre en el sillón de enfrente. Todo iba tan bien. Había hecho reír a mi madre. No la había visto reír ni sonreír desde que se lo contamos. Empecé a sentirme esperanzada, quizá funcionase al fin y al cabo. Lo primero que dijo fue:

—Jeremiah, sabes que te quiero. Sólo deseo lo mejor para ti. Por eso mismo no puedo apoyar vuestra decisión.

Jeremiah se inclinó hacia adelante.

—Laur...

Mi madre levantó la mano para interrumpirlo.

—Sois demasiado jóvenes. Los dos. Estáis en proceso de gestación, todavía os estáis convirtiendo en las personas que seréis algún día. Aún sois dos niños. No estáis preparados para un compromiso como éste. Estoy hablando de para toda la vida, Jeremiah.

—Laurel, quiero pasar con Belly el resto de mi vida. Me puedo comprometer a eso sin problemas —respondió Jeremiah con impaciencia.

—Y por eso mismo sé que aún no estás preparado, Jeremiah. Te tomas las cosas demasiado a la ligera. Éste no es el tipo de proyecto al que te lanzas por capricho. Esto es serio.

La condescendencia que rezumaba su voz fue lo que me cabreó de verdad. Tenía dieciocho años, no ocho, y Jeremiah tenía diecinueve. Éramos lo bastante mayores como para comprender que el matrimonio era algo serio. Habíamos sido testigos de cómo nuestros padres destruían sus propios matrimonios. No íbamos a cometer los mismos errores. Pero no dije nada. Sabía que si me enfadaba o intentaba discutir, le estaría dando la razón. Así que permanecí allí sentada en silencio.

—Quiero que esperéis. Quiero que Belly termine los estudios. Cuando se licencie, si los dos sentís lo mismo, hacedlo. Pero sólo después de que se licencie. Si Beck estuviese aquí, estaría de acuerdo conmigo.

—Yo creo que ella se alegraría por nosotros —dijo Jeremiah, y antes de que mi madre pudiese contradecirle, añadió:

»Belly acabará los estudios, te lo prometo. Cuidaré bien de ella. Sólo tienes que darnos tu bendición.

Extendió el brazo, le tocó la mano y le dio una pequeña sacudida en plan jugueteo.

—Venga, Laur. Sabes perfectamente que siempre me has querido como yerno.

Mi madre tenía una expresión afligida.

—Así no, cariño. Lo siento.

Se hizo el silencio, largo e incómodo. Los tres permanecimos allí sentados, y yo sentí que me empezaban a caer las lágrimas. Jeremiah me rodeó con los brazos, luego

me soltó.

—¿Eso significa que no vendrás a la boda? —pregunté.

—Isabel, ¿qué boda? No tienes dinero para pagarla —contestó, negando lentamente con la cabeza.

—Eso es problema nuestro, no tuyo —dije—. Sólo lo quiero saber, ¿vendrás o no?

—Ya te di mi respuesta. No estaré allí.

—¿Cómo puedes decir eso? —Respiré hondo, intentando mantener la calma—. Lo que pasa es que estás enfadada porque no tienes ni voz ni voto en lo que pase y eso te está matando.

—¡Sí, me está matando! —espetó—. ¡Verte tomar una decisión tan estúpida me está matando!

Mi madre fijó la mirada en mí y aparté la cabeza, me temblaban las rodillas. No podía seguir escuchándola. Estaba envenenando nuestras buenas noticias con todas sus dudas y su negatividad. Lo estaba tergiversando todo.

Me puse de pie.

—Entonces me marcharé. Así no tendrás que seguir viéndome.

Jeremiah parecía sobresaltado.

—Venga ya, Bells. Siéntate.

—No puedo quedarme aquí —dije yo.

Mi madre no dijo ni una palabra. Se quedó allí sentada, con la espalda tiesa como un palo.

Salí del salón y subí al piso de arriba. Preparé una bolsa de prisa, metiendo una pila de camisetas y ropa interior. Estaba guardando el neceser cuando entró Jeremiah. Cerró la puerta detrás de él. Se sentó en mi cama.

—¿Qué acaba de pasar? —me preguntó, todavía un poco aturdido.

No le respondí. Seguí haciendo la maleta.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—¿Tú qué crees?

—Vale, pero ¿tienes algo planeado?

Subí la cremallera de la maleta.

—Sí, tengo un plan. Me quedaré en Cousins hasta la boda. No puedo con ella.

Jeremiah soltó un bufido.

—¿Hablas en serio?

—Ya la has oído. No piensa cambiar de opinión. Esto es lo que quiere.

Titubeó un poco.

—No sé... ¿Qué pasa con tu trabajo?

—Fuiste tú el que me dijo que debería dejarlo. Así es mejor. Podré planear la

boda mejor en Cousins que aquí.

Estaba sudando cuando tiré de la maleta.

—Si no piensa subirse al tren, ella se lo pierde. Porque esto va a pasar.

Jeremiah intentó cogerme la maleta de las manos, pero le dije que no se molestara. La arrastré escaleras abajo y hasta el coche sin que se pronunciase una sola palabra, ni mía ni de mi madre. No preguntó adónde iba y no preguntó cuándo iba a volver.

Al salir de la ciudad, paramos en Behrs. Jere esperó en su coche mientras yo entraba. Si no me hubiese peleado con mi madre, nunca habría tenido el valor de dimitir de esa manera. A pesar de que siempre iba y venía gente de Behrs, sobre todo estudiantes... incluso así. Fui directamente a la cocina a buscar a la gerente, Stacey, y le dije que lo sentía pero que resultaba que iba a casarme dentro de dos meses y no podía seguir trabajando allí. Stacey echó un vistazo mal disimulado a mi tripa y a mi dedo anular y dijo:

—Felicidades, Isabel. Debes saber que siempre habrá un lugar para ti aquí, en Behrs.

En el coche, empecé a llorar sollozos largos y entrecortados. Lloré hasta que empezó a dolerme la garganta. Estaba enfadada con mi madre pero, más que nada, sentía una tristeza pesada y abrumadora. Había crecido y podía hacer cosas por mi cuenta, sin ella. Podía casarme, podía dejar mi trabajo. Ahora ya era una persona mayor. No tenía que pedirle permiso. Mi madre ya no era todopoderosa. Aunque una parte de mí deseaba que todavía lo fuese.

Capítulo veintisiete

Estábamos a media hora de Cousins cuando Jeremiah me llamó y dijo:

—Conrad está viviendo en Cousins.

Me puse rígida. Estábamos parados en un semáforo y el coche de Jeremiah estaba delante del mío.

—¿Desde cuándo?

—Desde la semana pasada. Se quedó allí después de lo que pasó en el restaurante. Regresó una vez para recoger sus cosas, pero creo que piensa pasar todo el verano allí.

—Oh... ¿Crees que se molestará si me quedo allí?

Oí la duda en la voz de Jeremiah.

—No, no creo que le importe. Ojalá pudiese ir yo también. Si no fuese por las estúpidas prácticas, podría hacerlo. Tendría que dejarlas y ya está.

—No puedes. Tu padre te matará.

—Sí, lo sé —dijo y volvió a titubear—. No me gusta cómo dejamos las cosas con tu madre. Tal vez deberías volver a casa, Bells.

—Es inútil. Seguiríamos discutiendo.

El semáforo cambió a verde.

—¿Sabes? Creo que esto nos irá bien. Nos dará un poco de espacio a las dos.

—Si tú lo dices —respondió Jeremiah, pero noté que no estaba del todo de acuerdo.

—Lo hablamos cuando lleguemos a la casa —dije, y colgué el teléfono.

La noticia de que Conrad estaba en Cousins me provocó inquietud. Quizá lo de quedarse en la casa de la playa no fuera tan buena idea.

Pero más tarde, cuando aparqué en la entrada, sentí un gran alivio al estar de regreso en casa, había vuelto a casa. La casa estaba igual, alta y gris y blanca. Me hacía sentir lo mismo. Que estaba justo donde debía. Que volvía a respirar.

Estaba sentada en el regazo de Jeremiah en el sillón cuando oímos que llegaba un coche. Era Conrad, saliendo del coche con la bolsa de la compra. Pareció desconcertado cuando nos vio a los dos sentados en el porche. Me puse de pie y saludé con la mano.

Jeremiah estiró las manos por detrás de la cabeza y se reclinó en el sillón.

—Hola, Con.

—¿Qué pasa? —dijo, caminando hacia donde estábamos—. ¿Qué estáis haciendo

aquí?

Conrad depositó la bolsa de la compra en el suelo y se sentó al lado de Jeremiah y yo me quedé de pie mirándolos desde arriba.

—Cosas de la boda —respondió Jeremiah con vaguedad.

—Cosas de la boda —repitió Conrad—. ¿Así que va en serio?

—¡Ya ves! —dijo Jeremiah tirando de mí para que me sentara en su regazo—. ¿Verdad que sí, mujer?

—No me llames así —resoplé arrugando la nariz—. Es una grosería.

Conrad me ignoró.

—¿Eso significa que Laurel ha cambiado de opinión? —preguntó a Jere.

Permanecí encaramada allí veinte segundos más antes de escabullirme de sus brazos y volver a levantarme.

—Estoy muerta de hambre —comenté, agachándome para investigar la bolsa de la compra de Conrad.

—¿Has comprado algo que esté bien?

—No hay Cheetos ni pizza congelada para ti ahí dentro. Lo siento. Aunque hay comida para la cena. Cocinaré algo para los tres.

Se levantó, cogió la bolsa y entró en la casa.

Para la cena, Conrad preparó una ensalada de tomate, albahaca y aguacate, y asó en la parrilla pechugas de pollo. Comimos fuera, en el porche. Con la boca llena de pollo, Jeremiah dijo:

—Vaya, estoy impresionado. ¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Desde que vivo solo. Esto es prácticamente todo lo que como. Pollo. Cada día.

Conrad empujó el bol de ensalada hacia mí, sin levantar la vista.

—¿Ya has comido bastante?

—Sí. Gracias, Conrad. Estaba muy rico.

—Muy rico —repitió Jeremiah.

Conrad sólo se encogió de hombros, pero las puntas de las orejas se le volvieron rosadas y supe que estaba satisfecho.

Pinché a Jeremiah en el brazo con el tenedor.

—Podrías aprender un par de cosas.

Me devolvió el pinchazo.

—Y tú también.

Tomó un enorme bocado de ensalada antes de anunciar:

—Belly se quedará aquí hasta la boda. ¿Te parece bien, Conrad?

Se notaba que Conrad estaba sorprendido porque no contestó en seguida.

—No te molestaré —le aseguré—. Me dedicaré a preparar cosas para la boda.

—Está bien. No me importa —dijo él.

Fijé la vista en mi plato.

—Gracias —dije yo.

Así que me había estado preocupando por nada. A Conrad le daba igual si me quedaba o no. Tampoco es que fuésemos a pasar tiempo juntos. Él haría lo suyo, como siempre, yo estaría ocupada planeando la boda y Jeremiah bajaría los fines de semana para ayudar. Todo iría bien.

Después de cenar, Jeremiah sugirió que fuésemos a tomar un helado de postre. Conrad rehusó la invitación, con la excusa de que tenía que lavar los platos.

—El cocinero no tendría que limpiar —objeté, pero dijo que no le importaba.

Jere y yo fuimos a la ciudad, los dos solos. Yo tomé una bola de helado de nata y otra bola de chocolate en un cucurucho de barquillo. Jeremiah tomó un sorbete de limón.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó mientras paseábamos por el paseo marítimo—. Por lo de tu madre, digo.

—La verdad es que no. Pero hoy preferiría no pensar en ello.

Jeremiah asintió.

—Como tú quieras.

Cambié de tema.

—¿Ya has decidido a cuánta gente quieres invitar? —le pregunté.

—Sí.

Empezó a contar gente con los dedos.

—Josh, Redbird, Gabe, Álex, Sánchez, Peterson...

—No puedes invitar a toda la hermandad.

—Son mis hermanos —dijo con gesto lastimero.

—Dijimos que sería una ceremonia pequeña.

—Entonces sólo invitaré a unos cuantos, ¿vale?

—Tenemos que pensar qué haremos con la comida —proseguí mientras lamía en torno al cucurucho para que no goteara.

—Siempre podemos pedirle a Con que ase un pollo —dijo Jeremiah entre risas.

—Será tú padrino. No puedes tenerlo sudando en la parrilla.

—Era broma.

—¿Ya se lo has pedido? ¿Que sea tu padrino?

—Todavía no, pero lo haré.

Se inclinó y tomó un mordisco de mi helado. Se le quedó un poco en el labio superior, como un bigote de leche.

Me mordí las mejillas para no sonreír.

—¿De qué te ríes?

—No es nada.

Cuando volvimos a la casa, Conrad estaba viendo la tele en el salón. Cuando nos sentamos en el sofá, él se puso de pie.

—Voy a dormir —dijo, estirando los brazos.

—Son sólo las diez. Quédate a ver una peli con nosotros —ofreció Jeremiah.

—No, mañana me levantaré temprano para hacer surf. ¿Quieres venir?

Jeremiah me lanzó un vistazo rápido antes de decir:

—Sí, suena bien.

—Pensaba que mañana íbamos a preparar la lista de invitados —señalé.

—Volveré antes de que te despiertes. No te preocupes.

Y a Conrad le dijo:

—Avísame cuando te levantes.

Conrad titubeó un poco.

—No quiero despertar a Belly.

Me puse roja.

—No me importa.

Desde que Jeremiah y yo nos habíamos convertido en pareja, sólo habíamos estado juntos en la casa de la playa una vez. En esa ocasión, había dormido con él en su habitación. Vimos la tele hasta que nos dormimos porque a él le gustaba dormir con el ruido del televisor de fondo. Yo no podía dormir así que esperé a que se durmiese y después la apagué. Fue extraño dormir en su cama cuando la mía estaba solamente al final del pasillo. En la universidad, dormíamos a menudo en la misma cama y me parecía normal. Pero allí, en la casa de la playa, sólo quería dormir en mi propia habitación, en mi propia cama. Me resultaba familiar. Me hacía sentir como una niña pequeña todavía de vacaciones con toda su familia. Mis sábanas finas como el papel de fumar con capullos de rosa amarillos descoloridos, mi cómoda de madera de cerezo y mi tocador. Antes tenía dos camas blancas, pero Susannah se libró de ellas e instaló lo que ella llamaba «una cama de chica mayor». Adoraba esa cama.

Conrad subió al piso de arriba y esperé hasta que oí cómo cerraba la puerta de su dormitorio antes de decir:

—Creo que me gustaría dormir en mi habitación esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Jeremiah—. Te prometo que no haré ruido al levantarme.

—¿No se supone que los novios tienen que dormir en camas separadas antes de la boda? —pregunté con cuidado.

—Sí, pero eso es la noche antes de la boda. No todas las noches antes de la boda.

Por un segundo, me pareció verle una expresión de dolor en el rostro, pero se recuperó y dijo en tono jocoso:

—Venga, sabes que no te tocaré.

Aunque sabía que lo decía en broma, me dolió un poco.

—No es eso. Dormir en mi habitación me hace sentir... normal. No es como en el campus. En la universidad, dormir contigo al lado es lo normal. Pero aquí me gusta recordar cómo era antes.

Le examiné el rostro para ver si el pesar seguía ahí.

—¿Tiene sentido?

—Supongo.

Jeremiah no parecía muy convencido y empecé a desear no haber sacado el tema.

Me arrimé más a él, apoyando los pies en su regazo.

—Me tendrás a tu lado durante el resto de nuestras vidas.

—Sí, supongo que bastará y sobraré.

—¡Eh! —protesté, dándole una patada.

Jeremiah solamente sonrió y puso un cojín sobre mis pies. A continuación, cambió de canal y vimos la tele sin comentar nada más al respecto. Cuando se hizo la hora de ir a la cama, él fue a su habitación y yo a la mía.

Esa noche dormí mejor que en todas las semanas anteriores.

Capítulo veintiocho

Conrad

Invité a Jeremiah a hacer surf porque quería hablar a solas con él para enterarme de qué narices estaba pasando. No había hablado con él desde que hizo su declaración triunfal en el restaurante. Pero ahora que estábamos solos, no sabía qué decir.

Nos balanceábamos sobre nuestras tablas a la espera de la siguiente ola. Hasta el momento, había sido un día tranquilo.

Me aclaré la garganta.

—¿Y cómo está de cabreada Laurel?

—Cabreadísima —dijo Jeremiah haciendo una mueca—. Ayer, Belly y ella se pelearon.

—¿Delante de ti?

—Sí.

—Mierda.

Aunque no estaba sorprendido. Por nada del mundo esperaba que Laurel se pusiera en plan «sí claro, le organizaré una boda a mi hija adolescente».

—Básicamente.

—¿Qué dice papá sobre el tema?

Me miró con expresión perpleja.

—¿Desde cuándo te importa lo que diga papá?

Eché un vistazo a la casa y vacilé un momento antes de decir:

—No sé. Si Laurel está en contra y papá está en contra, quizá no deberías hacerlo. Quiero decir que aún estáis en la universidad. No tienes ni trabajo. Si lo piensas bien, es un poco ridículo.

Se me fue apagando la voz, Jere me estaba atravesando con la mirada.

—No te metas, Conrad —me advirtió. Prácticamente escupió las palabras.

—Vale, lo siento. No quería... Lo siento.

—No te he pedido tu opinión. Esto es cosa mía y de Belly.

—Tienes razón. Olvídalo.

Jeremiah no contestó. Miró hacia atrás y empezó a remar con las manos. Cuando la ola llegó a lo más alto, se puso de pie y la montó hasta la orilla.

Di un puñetazo en el agua. Quería darle una paliza. «Esto es cosa mía y de Belly.»

Mocoso engreído de mierda.

Se iba a casar con mi chica y yo no podía hacer nada al respecto. Sólo podía quedarme mirando, porque era mi hermano, porque lo había prometido. «Cuida de él, Connie. Confío en ti.»

Capítulo veintinueve

A la mañana siguiente cuando me levanté, los muchachos todavía estaban haciendo surf, así que cogí mi archivador, mi cuaderno y un vaso de leche y luego salí al porche.

Según la lista de Taylor, teníamos que preparar la lista de invitados antes de que pudiésemos hacer cualquier otra cosa. Tenía lógica. De lo contrario, ¿cómo sabríamos cuánta comida íbamos a necesitar?

Hasta el momento, la lista era breve. Estaban Taylor, su madre, un par de chicas con las que habíamos crecido (Marcy, Blair y puede que Katie), Anika, mi padre, Steven y mi madre. Y ni siquiera sabía si mi madre iba a asistir al enlace. Mi padre seguro que vendría, sabía que lo haría. También quería que viniese mi abuela, pero se había trasladado de su casa en Florida a una residencia de ancianos el año anterior. Nunca le había gustado viajar y ahora no podía. Decidí escribirle una nota en su invitación prometiendo que la visitaría con Jeremiah durante las vacaciones de otoño.

Y eso era todo por mi parte. Tenía unos cuantos primos por parte de mi padre, pero ninguno al que estuviese especialmente unida.

Jeremiah tenía a Conrad, los tres compañeros de hermandad que habíamos acordado, su compañero de habitación de primero y su padre. La noche antes, Jere me contó que su padre se estaba ablandando. Dijo que el señor Fisher había preguntado quién iba a casarnos y cuánto pensábamos gastar en la supuesta boda. Jere le informó de nuestro presupuesto. Mil dólares. El señor Fisher soltó una carcajada. Para mí, mil dólares era mucho dinero. El año pasado, tardé todo un verano en ahorrar esa cantidad trabajando de camarera en Behrs.

Nuestra lista de invitados se mantendría por debajo de las veinte personas. Con veinte personas podíamos organizar un picnic en la playa y preparar marisco a la parrilla. Podíamos comprar unos cuantos barriles de cerveza y champán barato. Como nos íbamos a casar en la playa, no necesitaríamos decoración. Sólo unas cuantas flores en las mesas de picnic, o conchas. Conchas y flores. Taylor estaría orgullosa de mí.

Estaba anotando mis ideas cuando Jeremiah subió por los escalones. El sol resplandecía a su espalda, tan deslumbrante que me dolieron los ojos.

—Buenos días —dije, mirándolo con los ojos entrecerrados—. ¿Dónde está Con?

—Sigue por ahí.

Jeremiah se sentó a mi lado. Sonriendo, preguntó:

—Oh, ¿has hecho todo el trabajo sin mí?

Estaba empapado. Una gota de agua de mar me salpicó el cuaderno.

—Ya te gustaría —respondí, secando el agua—. Eh, ¿qué te parece un picnic en la playa?

—Siempre me ha gustado un buen picnic —convino.

—¿Cuántos barriles crees que vamos a necesitar para veinte personas?

—Si vienen Peterson y Sánchez, ya son dos.

Le apunté con el boli en el pecho.

—Dijimos que tres hermanos y ya está, ¿no?

Asintió y a continuación, se inclinó y me besó. Sus labios estaban salados y sentí su cara fresca contra mi piel caliente.

Le acaricié la mejilla antes de apartarme.

—Si le mojas el archivador a Taylor, te matará —le advertí, escondiéndolo detrás de mí.

Jeremiah puso cara de pena y después me cogió los brazos y se los puso alrededor del cuello como si estuviésemos bailando un baile lento.

—Me muero de ganas de casarme contigo —me susurró al cuello.

Se me escapó una risita tonta. Tenía muchísimas cosquillas en el cuello y él lo sabía. Lo sabía casi todo acerca de mí y aun así me quería.

—¿Y tú qué?

—¿Y yo qué?

Me hizo una pedorreta en el cuello y estallé en carcajadas. Intenté escabullirme, pero no me soltaba. Todavía entre risas, dije:

—Vale, yo también me muero de ganas de casarme contigo.

Jere se marchó esa misma tarde. Lo acompañé hasta su coche. El coche de Conrac no estaba en la entrada; no sabía adónde había ido.

—Llámame cuando llegues a casa para que sepa que estás bien —le dije.

Asintió. Estaba muy callado, cosa que no era normal en él. Supuse que estaba triste por tener que marcharse tan pronto. Deseé que pudiese quedarse un poco más. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Me puse de puntillas y le di un gran abrazo.

—Nos vemos dentro de cinco días —le dije.

—Nos vemos en cinco días —repitió él.

Observé cómo se alejaba. Cuando ya no pude ver su coche, me dirigí de vuelta al interior de la casa.

Capítulo treinta

Esa primera semana en Cousins, mantuve la distancia con Conrad. No podía enfrentarme a otra persona que me dijera que estaba cometiendo un error, especialmente si se trataba de Conrad, el sentencioso. No hacía falta que lo dijese con palabras: era capaz de criticarte con la mirada. Así que me levantaba antes que él y tomaba las comidas antes que él. Y cuando él veía la tele en el salón, yo me quedaba arriba preparando las invitaciones y repasando los blogs sobre bodas que Taylor me había enviado.

Dudo que se diese cuenta. Él también estaba bastante ocupado. Hacía surf, quedaba con los amigos, trabajaba en la casa. Nunca habría descubierto lo mañoso que era si no lo hubiese visto con mis propios ojos: Conrad subido a una escalera comprobando la rejilla de ventilación del aire acondicionado, Conrad repintando el buzón. Lo vi todo desde la ventana de mi dormitorio.

Estaba comiendo una galleta rellena de fresa en el porche cuando vino corriendo por la escalera. Tenía el pelo sudado, llevaba una camiseta vieja de cuando jugaba a fútbol americano en el instituto y unos pantalones cortos para ir al gimnasio de color azul marino.

—Hola. ¿De dónde vienes? —pregunté.

—Del gimnasio —dijo Conrad pasando de largo, pero se detuvo de repente—. ¿Eso es tu desayuno?

Estaba masticando los bordes de la galleta.

—Sí, pero es la última. Lo siento.

No me hizo caso.

—Dejé cereales en la encimera. También hay fruta en el frutero.

Me encogí de hombros.

—Pensaba que era tuya. No quería comerme tus cosas sin preguntar.

—Entonces, ¿por qué no preguntas? —repuso con impaciencia.

Me pilló desprevenida.

—¿Cómo voy a preguntar si casi ni te veo?

Nos miramos mal durante unos tres segundos hasta que vi una sonrisa naciéndole en la comisura de los labios.

—Me parece justo —dijo, y el indicio de sonrisa ya había desaparecido. Empezó a abrir la puerta, pero se volvió y dijo:

—Puedes comer de todo lo que compre.

—Lo mismo digo.

Ahí estaba otra vez esa casi sonrisa.

—Te puedes quedar con tus galletas, tus aros de cebolla y tus macarrones congelados para ti solita.

—Eh, como más cosas aparte de comida basura —protesté.

—Oh, sí, claro —dijo, y entró en la casa.

A la mañana siguiente, la caja de cereales volvía a estar en la encimera. Esta vez, me serví sus cereales y su leche desnatada e incluso corté un plátano para ponerlo encima. No estuvo nada mal.

Conrad estaba resultando ser un compañero de piso bastante bueno. Siempre bajaba el asiento del váter, lavaba los platos al momento, incluso compraba papel de cocina cuando se nos terminaba. Aunque nunca habría esperado menos de él. Conrad siempre había sido muy pulcro. En ese sentido, era exactamente opuesto a Jeremiah. Él nunca cambiaba el rollo de papel higiénico. Nunca se le ocurriría comprar papel de cocina o sumergir una sartén grasienta en agua caliente y jabón.

Ese mismo día fui a la tienda a comprar algo para la cena. Espaguetis, salsa y lechuga y tomate para la ensalada. Lo preparé hacia las siete, pensando: «¡Ja! Esto te demostrará que yo también sé comer sano». La pasta se me coció demasiado y no lavé bien la lechuga, pero me quedó más o menos decente.

Pero Conrad no vino a casa, así que comí sola delante de la tele. Le dejé las sobras en un plato sobre la encimera cuando me fui a la cama.

A la mañana siguiente, Conrad no estaba pero el plato estaba limpio.

Capítulo treinta y uno

La siguiente ocasión en que Conrad y yo volvimos a hablar fue a mediodía. Yo estaba sentada a la mesa de la cocina con mi archivador de cosas para la boda. Ahora que teníamos la lista de invitados, el siguiente paso era enviar las invitaciones. Casi parecía una bobada molestarse con las invitaciones teniendo tan pocos invitados, pero un correo electrónico conjunto no parecía correcto. Recibí las invitaciones de la tienda de novias de David. Eran blancas con conchas de un turquesa claro y lo único que tuve que hacer fue llevarlas al impresor. Y ¡chas!, ya tenía mis invitaciones de boda.

Conrad abrió la puerta corredera y entró en la cocina. Su camiseta gris estaba empapada de sudor, así que supuse que había ido a correr.

—¿Una buena carrera? —pregunté.

—Sí —respondió, un poco sorprendido.

Eché un vistazo a mi pila de sobres y preguntó:

—¿Invitaciones de boda?

—Sí. Sólo necesito los sellos.

—Tengo que ir a la ciudad a buscar un nuevo taladro a la ferretería. Correos me viene de paso. Te puedo comprar los sellos —dijo él, mientras se servía un vaso de agua.

Ahora era mi turno de parecer sorprendida.

—Gracias, pero quiero ir yo misma para ver qué tipo de sellos románticos tienen —respondí.

Se bebió el agua de un solo trago.

—¿Sabes qué es un sello romántico? —No esperé a que contestara—. Es un sello en el que pone la palabra «amor». La gente los usa para las bodas. Sólo lo sé porque Taylor me dijo que tenía que comprarlos.

A Conrad se le escapó una media sonrisa.

—Podemos ir en mi coche, si quieres. Así te ahorras un viaje.

—Vale —respondí yo.

—Voy a darme una ducha rápida. Diez minutos —dijo, y corrió escaleras arriba.

Conrad volvía a estar abajo en diez minutos, como dijo. Cogió las llaves de la encimera, metí las invitaciones en el bolso y salimos.

—Podemos ir en mi coche —ofrecí.

—No me importa conducir —dijo él.

Era curioso volver a sentarme en el asiento del copiloto del coche de Conrad. Tenía el coche limpio, seguía oliendo igual.

—No me acuerdo de la última vez que estuve en tu coche —dije yo, encendiendo la radio.

Sin perder pie, contestó:

—Tu baile.

Dios mío.

El baile. El emplazamiento de nuestra ruptura, los dos discutiendo en el aparcamiento bajo la lluvia. Qué vergüenza volver a recordarlo. Cómo lloré, cómo le supliqué que no se fuera. No había sido uno de mis mejores momentos.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos y tuve el presentimiento de que ambos estábamos pensando en lo mismo.

—Vaya, eso fue como hace un millón de años, ¿no? —dije alegremente para romper el silencio.

Esta vez no contestó.

Conrad me dejó delante de la oficina de correos y dijo que volvería a recogerme en unos minutos. Salí del coche de un salto y corrí hasta la oficina.

La cola se movía de prisa y cuando llegó mi turno, dije:

—¿Puedo ver sus sellos románticos, por favor?

La señora de detrás del mostrador rebuscó dentro de un cajón y me enseñó una hoja de sellos. Tenían campanas de boda y la palabra «amor» inscrita sobre la cinta que unía las campanas.

Apoyé la pila de invitaciones sobre el mostrador y las conté.

—Me llevaré un hoja.

—¿Son invitaciones de boda? —me preguntó, mirándome de arriba abajo.

—Sí.

—¿Quieres que las selle a mano?

—¿Disculpe?

—¿Quieres que las selle a mano? —repitió, y esta vez sonaba irritada.

Me entró el pánico. ¿Qué significaba lo de «sellarlas a mano»? Quería enviarle un mensaje a Taylor para preguntárselo, pero la cola estaba creciendo, así que respondí apresuradamente:

—No, gracias.

Después de pagar los sellos, salí a la calle, me senté en la acera y los pegué a las invitaciones. También había una para mi madre. Por si acaso. Aún podía cambiar de opinión. Aún existía una posibilidad. Conrad llegó con el coche justo cuando las estaba metiendo en el buzón. Estaba pasando. Me iba a casar de verdad. Ya no había vuelta atrás, y no era que lo deseara.

—¿Tienes el taladro nuevo? —pregunté al entrar en el coche.

—Sí. ¿Has encontrado tus sellos románticos?

—Sí. Ah, ¿sabes qué significa sellar a mano el correo?

—Poner el matasellos es cuando la oficina de correos marca el sello para que no pueda reutilizarse. Supongo que sellar a mano significa poner el matasellos a mano en vez de con una máquina.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, impresionada.

—Antes coleccionaba sellos.

Claro. Coleccionaba sellos. Lo había olvidado. Los guardaba en un álbum de fotos que le dio su padre.

—Lo había olvidado completamente. Hay que ver lo muy en serio que te lo tomabas. No nos dejabas tocar el álbum sin tu permiso. ¿Te acuerdas de cuando Jeremiah te robó uno y lo utilizó para enviar una postal y te enfadaste tanto que te pusiste a llorar?

—Eh, que era un sello de Abraham Lincoln que me regaló mi abuelo —se defendió Conrad—. Era un sello muy poco común.

Me puse a reír y Conrad también. Era un sonido agradable. ¿Cuándo fue la última vez que habíamos reído así?

—Era todo un empollón —dijo Conrad, sacudiendo la cabeza.

—¡No lo eras!

Conrad me lanzó una mirada de incredulidad.

—La colección de sellos. El juego de química. La obsesión por la enciclopedia.

—Sí, pero todo eso te hacía parecer guay —dije yo.

En mis recuerdos, Conrad no era ningún empollón. Era mayor, más inteligente, interesado en cosas de adultos.

—Eras muy crédula. Cuando eras pequeña, detestabas las zanahorias. No te las querías comer. Pero te dije que si comías zanahorias, tendrías visión de rayos X. Y me creíste. Antes te creías todo lo que te decía.

Así era. Lo creía de verdad.

Le creí cuando me dijo que las zanahorias me darían visión de rayos X. Le creí cuando me dijo que yo nunca le había importado. Y luego, esa misma noche, cuando intentó retractarse, supongo que volví a creerle. Ahora no sabía qué creer. Lo único que sabía era que ya no creía en él.

Cambié de tema.

—¿Te quedarás en California después de licenciarte? —pregunté abruptamente.

—Depende de la facultad de medicina —respondió.

—¿Estás... tienes novia?

Dio un respingo. Vi que vacilaba.

—No —dijo él.

Capítulo treinta y dos

Conrad

Se llamaba Agnes. Muchos la llamaban Aggie, pero yo me quedé con Agnes. Estaba en mi clase de química. En cualquier otra chica, un nombre como el de Agnes no habría encajado. Era un nombre de señora mayor. Agnes tenía el pelo corto y de un rubio oscuro, lo tenía ondulado y le llegaba hasta la barbilla. A veces se ponía gafas y tenía la piel pálida como la leche. Un día mientras esperábamos que abriesen el laboratorio, me invitó a salir. Me sorprendió tanto que dije que sí.

Empezamos a vernos a menudo. Me gustaba estar con ella. Era inteligente y su pelo seguía oliendo a champú todo el día, no sólo después de salir de la ducha. Pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo juntos estudiando. A veces salíamos a por tortitas o hamburguesas después de estudiar, otras veces nos enrollábamos en su habitación durante una pausa de estudio, cuando su compañera no estaba. Pero todo giraba en torno a nuestros estudios para entrar en la facultad de medicina. No era que pasara la noche en su habitación, ni la invitaba a que se quedara en la mía. No salía con ella y sus amigos, ni conocía a sus padres, a pesar de que vivían bastante cerca.

Un día estábamos estudiando en la biblioteca. El semestre estaba a punto de terminar. Llevábamos saliendo casi tres meses.

Sin venir a cuento, me preguntó:

—¿Te has enamorado alguna vez?

A Agnes no sólo se le daba bien la química, sino que además tenía la habilidad de pillarme desprevenido. Eché un vistazo alrededor para ver si alguien nos estaba escuchando.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero —dijo ella.

—Pues sí.

—¿Cuántas veces?

—Una vez.

Agnes se puso a mordisquear el lápiz, asimilando mi respuesta.

—En una escala del uno al diez, ¿cuán enamorado estabas?

—No puedes medir el amor en una escala. O estás enamorado o no lo estás —respondí.

—Pero si tuvieses que medirlo.

Me puse a ojear mis apuntes.

—Diez —dije al fin.

—Vaya. ¿Cómo se llamaba?

—Agnes, venga ya. El viernes tenemos examen.

Agnes hizo un mohín y me dio una patada por debajo la mesa.

—Si no me lo dices, no podré concentrarme. ¿Por favor? Sígueme la corriente.

Solté un suspiro.

—Belly. Bueno, Isabel. ¿Contenta?

Negando con la cabeza, dijo:

—No. Cuéntame cómo os conocisteis.

—Agnes...

—Te juro que dejaré de hacer preguntas si me contestas... —Se puso a contar mentalmente—. Tres preguntas más. Tres y ya está.

No dije ni que sí ni que no, me la quedé mirando, a la espera.

—Y bien, ¿cómo os conocisteis?

—No nos conocimos por primera vez como suele pasar. La conozco desde siempre.

—¿Cuándo comprendiste que estabas enamorado?

No tenía respuesta a esa pregunta. No había habido un momento específico. Fue como despertarse paulatinamente. Pasas de estar dormido a ese espacio entre el sueño y la vigilia y después a la conciencia. Es un proceso lento, pero cuando estás despierto no hay confusión posible. No queda duda alguna de que ha sido amor. Pero no iba a explicarle eso a Agnes.

—No lo sé, simplemente ocurrió.

Me miró fijamente, a la espera de que continuase.

—Te queda otra pregunta —le recordé.

—¿Estás enamorado de mí?

Como dije antes, esa chica tenía un don especial para pillarme desprevenido. No supe qué decir. Porque la respuesta era que no.

—Mmm...

Le cambió la expresión de la cara, pero intentó sonar animada al decir:

—Así que la respuesta es no, ¿eh?

—Bueno, ¿tú estás enamorada de mí?

—Podría ser. Si me lo permitiese, creo que podría llegar a estarlo.

—Ah...

Me sentí como una mierda.

—Me gustas mucho, Agnes.

—Lo sé. Me doy cuenta de que es verdad. Eres un tipo honesto, Conrad. Pero no

dejas que nadie se te acerque.

Intentó recogerse el pelo en una cola, pero los mechones de delante se le escapaban porque los tenía demasiado cortos. Se soltó el pelo y dijo:

—Creo que sigues enamorado de esa otra chica, al menos un poquito. ¿Me equivoco?

—Sí.

—No te creo —dijo ella, inclinando la cabeza a un lado y después continuó medio en broma—. Si no hubiese una chica, ¿por qué te mantendrías alejado de casa durante tanto tiempo? Tiene que haber una chica.

La había. Me había mantenido alejado durante dos años, había tenido que hacerlo. Sabía que no debía estar en la casa de la playa porque estando allí, estando con ella, desearía aquello que no podía tener. Era peligroso. Era la única persona con la que no podía fiarme de mí mismo. El día en que apareció con Jere, llamé a mi amigo Danny para ver si podía dormir en su sofá durante una temporada, y dijo que sí. Pero no tuve fuerzas para hacerlo. No pude marcharme.

Sabía que debía ser cuidadoso. Mantener las distancias. Si ella se enteraba de lo mucho que me importaba, todo habría acabado. No sería capaz de alejarme una segunda vez. La primera ya fue bastante difícil.

Las promesas que haces en el lecho de muerte de tu madre son incondicionales; son de titanio. No hay forma de romperlas. Prometí a mi madre que cuidaría de mi hermano. Que lo protegería. Cumplí mi palabra. Lo hice lo mejor que pude. Marchándome.

Puede que fuese un desastre, un fracaso y una decepción, pero no era ningún mentiroso.

Aunque sí que mentí a Belly. Solamente en esa ocasión, en ese motelucho barato. Lo hice para protegerla. Eso era lo que me repetía una y otra vez. No obstante, si hubiese un momento de mi vida al que pudiese volver, un único momento de entre todos los momentos de mierda, ése sería el escogido. Cuando recordaba su expresión, cómo se le derrumbó la cara, su forma de morderse los labios y arrugar la nariz para esconder su dolor, me destrozaba. Dios, si pudiese, volvería a ese momento y diría exactamente lo que debía haber dicho, le diría que la amaba, haría cualquier cosa para no ver nunca más esa expresión en su rostro.

Capítulo treinta y tres

Conrad

Esa noche en el motel, no dormí. Repasé una y otra vez todo lo que había pasado entre nosotros. No podía seguir haciéndolo, cambiar de opinión continuamente, abrazarla con fuerza para después volver a empujarla. No era correcto.

Cuando Belly se levantó al amanecer para meterse en la ducha, Jere y yo también nos levantamos. Estaba doblando mi manta cuando dije:

—Me parece bien que te guste.

Jere se me quedó mirando con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando?

Sentí que me asfixiaba al contestarle.

—Me parece bien que... quieras estar con ella.

Me miró como si estuviese loco. Me sentí como si me hubiese vuelto loco. Oí que Belly cerraba el grifo de la ducha, me volví para dar la espalda a Jere y dije:

—Sólo cuida de ella.

Y entonces, cuando salió vestida y con el pelo húmedo, me miró con esos ojos llenos de esperanza y yo le devolví una mirada vacía. Como si no la reconociese. Vi como se le apagaban los ojos. Vi morir su amor por mí. Yo lo había matado.

Cuando volvía a pensar en ello ahora, en ese momento en el motel, comprendía que era yo el que había puesto esto en movimiento. Los había empujado a estar juntos. Había sido cosa mía. Y era yo el que tendría que acostumbrarme a vivir con ello. Eran felices.

Había conseguido mantener las distancias, pero se dio la coincidencia de que estaba en casa ese viernes por la tarde cuando, sin previo aviso, Belly me necesitó. Estaba sentada en el suelo del salón con su ridículo archivador, rodeada de papeles por todas partes. Parecía estar frenética, estresada. Tenía una mueca de preocupación en la cara, la expresión que ponía cuando estaba trabajando en un problema de matemáticas y no sabía resolverlo.

—Jere está metido en un atasco en la ciudad —dijo, soplando para apartarse el pelo de la cara—. Le dije que saliera más temprano. Hoy necesitaba que me ayudase.

—¿Qué tenía que hacer?

—Íbamos a ir a Michaels. Ya sabes, ¿la tienda de artesanía?

—No puedo decir que haya estado nunca en Michaels —dije con sequedad. Vacilé un momento y añadí—: Pero si quieres, te acompaño.

—¿De verdad? Porque hoy tengo que recoger cosas que pesan. Pero la tienda está en Plymouth.

—Tranquila, ningún problema —le aseguré, sintiéndome inexplicablemente agradecido por ser capaz de levantar objetos pesados.

Fuimos en su coche porque era más espacioso. Conducía ella. Solamente había montado en su coche unas pocas veces. Este lado suyo me resultaba completamente nuevo. Segura, confiada. Conducía de prisa, pero mantenía el control. Me gustaba. Me descubrí mirándola de reojo y tuve que forzarme para mantener la calma.

—No eres mala conductora —dije.

Sonrió de oreja a oreja.

—Jeremiah me enseñó bien.

Claro. Jeremiah le había enseñado a conducir.

—¿En qué otras cosas has cambiado?

—Eh, siempre he sido buena conductora.

Se me escapó una carcajada y me puse a mirar por la ventana.

—Creo que Steven estaría en desacuerdo.

—Nunca podré resarcirme de lo que le hice a su pobre bebé.

Cambió de marcha al llegar a un semáforo.

—¿Y qué más?

—Ahora llevas zapatos de tacón. En la ceremonia del jardín, llevabas tacones altos.

Titubeó un momento antes de responder.

—Sí, a veces. Aunque sigo tropezando.

Y añadió con cara de pena:

—Ya soy toda una dama.

Estiré el brazo para tocarle la mano, pero en el último momento me conformé con señalarla.

—Todavía te muerdes las uñas.

Enroscó los dedos en el volante.

—No se te escapa nada —contestó con una sonrisa.

—Y bien, ¿qué venimos a buscar? ¿Sujetaflores?

Belly rió.

—Sí. Sujetaflores. En otras palabras, jarrones.

Cogió un carrito y yo se lo quité de las manos y lo empujé delante de nosotros.

—Creo que nos decidimos por los jarrones *hurricane*.

—¿Qué es un jarrón *hurricane*? ¿Y cómo demonios sabe Jere lo que es?

—No me refería a Jere y a mí. Me refería a Taylor y a mí.

Me quitó el carrito y se me adelantó. La seguí hasta el pasillo doce.

—¿Ves?

Belly sujetaba en alto un ancho jarrón de cristal.

Me crucé de brazos.

—Está muy bien —dije en tono de aburrimento.

Dejó el jarrón y cogió uno más delgado y no me miró al decir:

—Siento que te haya tocado acompañarme. Sé que es un rollo.

—No es ningún... rollo —objeté.

Empecé a coger jarrones de la estantería.

—¿Cuántos necesitamos?

—¡Espera! ¿Compramos los grandes o los medianos? Diría que los medianos — señaló, levantando uno y comprobando la etiqueta del precio.

—Sí, los medianos. Sólo quedan unos cuantos. ¿Puedes pedir más a alguien de por aquí?

—Los grandes —insistí yo, porque ya había metido cuatro en el carrito—. Los grandes son más bonitos. Te caben más flores o arena o lo que sea.

Belly frunció el ceño.

—Sólo lo dices porque no quieres ir a buscar a nadie.

—Bueno, sí. Pero ahora en serio, creo que los grandes son más bonitos.

Se encogió de hombros y metió otro jarrón en el carrito.

—Supongo que en lugar de dos medianos, podríamos colocar uno grande en cada mesa.

—¿Y ahora, qué?

Volví a empujar el carro y me lo quitó.

—Velas.

La seguí por otro pasillo y luego por otro más.

—Creo que no tienes ni idea de adónde vas —manifesté yo.

—Te llevo por la ruta turística —respondió al volante del carrito—. Mira todas esas flores y guirnaldas.

Me detuve.

—¿Compramos unas cuantas? Quedarían muy bien en el porche.

Agarré un montón de girasoles y después añadí unas cuantas rosas blancas al ramo.

—Combinan bien, ¿no?

—Era una broma —dijo, mordiéndose los labios. Se notaba que se estaba esforzando por no sonreír—. Pero sí, están bien. No son la bomba, pero no están mal.

Devolví las flores a su lugar.

—Vale, me rindo. A partir de ahora, me dedicaré sólo a cargar el material pesado.

—Aunque ha sido un buen intento.

Cuando volvimos a casa, el coche de Jeremiah estaba en la entrada.

—Jere y yo lo podemos descargar luego —dije yo, apagando el motor.

—Os ayudo —ofreció, saltando del coche—. Iré a saludar primero.

Cogí un par de las bolsas más pesadas y la seguí hasta la casa. Jeremiah estaba tumbado en el sofá viendo la tele. Cuando nos vio, se enderezó.

—¿Dónde estabais? —preguntó.

Lo dijo con indiferencia, pero me lanzó una mirada rápida al hablar.

—En Michaels —contestó Belly—. ¿A qué hora has llegado?

—Hace un rato. ¿Por qué no me has esperado? Te dije que llegaría a tiempo.

Jeremiah se puso de pie y cruzó la habitación. Tiró de Belly hacia él y la abrazó.

—Ya te lo he dicho, Michaels cierra a las nueve. No habrías llegado a tiempo —objetó Belly, y sonaba enfadada, pero permitió que la besara.

Me di la vuelta.

—Voy a descargar el coche.

—Espera, te ayudo.

Jeremiah soltó a Belly y me dio una palmada en la espalda.

—Con, gracias por sustituirme.

—De nada.

—Son más de las ocho —dijo Belly—. Estoy muerta de hambre. Vamos a cenar a Jimmy's.

Negué con la cabeza.

—No, no tengo hambre. Id vosotros.

—Pero no has cenado nada —alegó Belly, arrugando la nariz—. Ven con nosotros.

—No, gracias —respondí.

Iba a protestar, pero Jere interfirió.

—Bells, no quiere venir. Vamos.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

—Seguro —espeté con más sequedad de lo que pretendía.

Aunque supongo que funcionó, porque se marcharon.

Capítulo treinta y cuatro

En Jimmy's, ninguno de los dos pidió cangrejos. Yo tomé vieiras fritas y té helado y Jeremiah pidió un rollito de langosta y cerveza. El camarero le pidió el carnet y sonrió con suficiencia al verlo, pero le sirvió la cerveza igualmente.

Vertí unos cuantos sobrecitos de azúcar en mi té helado, lo probé, y añadí dos más.

—Estoy muerto —dijo Jeremiah, reclinándose en el asiento y cerrando los ojos.

—Pues más vale que despiertes. Tenemos trabajo.

Abrió los ojos.

—¿Como qué?

—¿Cómo que «como qué»? Montones de cosas. En la tienda de novias de David no dejaban de preguntarme cosas. Como ¿cuál será vuestra gama de colores? ¿El novio llevará traje o esmoquin?

Jeremiah soltó una carcajada.

—¿Esmoquin? ¿En la playa? Seguramente no me pondré ni zapatos.

—Vale, sí, lo sé, pero deberías decidir lo que te vas a poner.

—No lo sé. Dímelo tú. Me pondré lo que tú y Taylor queráis. Es vuestro gran día, ¿no?

—Ja ja. Muy gracioso.

Tampoco es que me importase la ropa que se pusiera. Sólo quería que se decidiese y me lo dijera para poder tacharlo de mi lista.

—Estaba pensando en una camisa blanca y unos caquis —resolvió mientras tamborileaba con los dedos en la mesa—. Sencillo y bien, como acordamos.

—Vale.

Jeremiah bebió un trago de cerveza.

—Eh, ¿podemos bailar *You Never Can Tell* en la recepción?

—No conozco la canción.

—Claro que sí. Es de mi película favorita. Una pista: la banda sonora sonaba continuamente en la sala de entretenimiento de la casa de la hermandad.

Como lo seguía mirando sin comprender, Jeremiah se puso a cantar.

—*It was a teenage wedding and the old folks wished them well.*

—Ah, sí. *Pulp Fiction*.

—¿Podemos?

—¿Lo dices en serio?

—Venga, Bells. Sígueme el rollo. Podemos subir el vídeo a YouTube. Seguro que conseguimos una millonada de visitas. Será gracioso.

Lo miré con incredulidad.

—¿Gracioso? ¿Quieres que nuestra boda sea graciosa?

—Venga, vamos. Tú estás tomando todas las decisiones y yo sólo quiero una cosa —adujo él, haciendo pucheros, y me resultó imposible decidir si hablaba en serio o no. Sea como fuere, me cabreó. Además, seguía cabreada porque no había llegado a tiempo para ir a Michaels.

El camarero llegó con nuestra comida y Jeremiah atacó directamente su rollito de langosta.

—¿Qué otras decisiones he tomado? —le pregunté.

—Tú decidiste que el pastel sería de zanahoria —me recordó, con la mayonesa goteándole por la barbilla—. A mí me gusta el pastel de chocolate.

—¡No quiero ser yo la que tome todas las decisiones! Ni siquiera sé lo que estoy haciendo.

—En ese caso, te ayudaré más. Dime qué tengo que hacer. Tengo una idea. ¿Qué te parece si hacemos una boda temática sobre pelis de Tarantino? —sugirió.

—Sí, claro... —respondí con acritud.

Apuñalé una vieira con el tenedor.

—Tú podrías ser la Novia, como en *Kill Bill*.

Levanté la vista del plato.

—Es broma, es broma. Pero la celebración seguirá siendo en plan relajado, ¿no? Dijimos que queríamos que fuese informal.

—Sí, pero la gente tiene que comer.

—No te preocupes por la comida y todo eso. Mi padre contratará a alguien para que se ocupe del tema.

Empezaba a sentir la irritación cosquilleándome bajo la piel, como un sarpullido por el calor. Solté una pequeña exhalación.

—Es muy fácil decirme que no me preocupe, no eres tú el que está organizándolo todo.

Jeremiah soltó su sándwich y se enderezó en su silla.

—Te dije que ayudaría. Y, como te he dicho, mi padre se ocupará de buena parte de la boda.

—No quiero que lo haga. Quiero que lo hagamos nosotros juntos. Y hacer bromas sobre películas de Quentin Tarantino no cuenta como ayudar.

—Se llama Quentin —me corrigió Jeremiah.

Lo atravesé con la mirada.

—Lo del primer baile no era broma. Creo que molaría mucho. Y, Bells, he estado

haciendo cosas. Ya sé qué haremos con la música. Mi colega Pete hace de DJ los fines de semana. Dijo que traería los altavoces, los conectaría a su iPod y se ocuparía de todo. Ya tiene la banda sonora de *Pulp Fiction*, por cierto.

Jeremiah levantó las cejas cómicamente, sabía que esperaba una carcajada o al menos una sonrisa. Y estaba a punto de rendirme, sólo para que terminase la discusión y poder comerme mis vieiras sin estar enfadada, cuando dijo como quien no quiere la cosa:

—Oh, espera, ¿prefieres preguntárselo primero a Taylor para ver si le parece bien?

Lo fulminé con la mirada. Ya era hora de que se dejase de bromas y empezase a mostrarse más agradecido, porque Taylor era la me estaba ayudando, a diferencia de él.

—No tengo que preguntárselo a Taylor. Es una idea estúpida y no va a pasar.

Jeremiah silbó entre dientes.

—Pues vale, Novia-Godzilla.

—¡No soy ninguna Novia-Godzilla! No quiero hacer nada de todo esto. Hazlo tú.

Jeremiah se me quedó mirando.

—¿Qué quieres decir con eso de que no quieres hacer nada de esto?

De repente, el corazón me empezó a galopar con fuerza en el pecho.

—Me refiero a lo de planificar. No quiero hacer ninguno de estos estúpidos planes. No lo de casarnos, eso todavía quiero hacerlo.

—Bien. Yo también.

Alargó el brazo, me quitó una vieira del plato y se la metió en la boca. Yo me embutí la última en la boca antes de que también me la quitara. Luego, cogí un puñado de patatas fritas de su plato, aunque todavía me quedaban patatas en el mío.

—Eh. Tú ya tienes patatas —dijo frunciendo el ceño.

—Las tuyas están más crujientes —respondí, aunque en realidad lo hice por fastidiar. Me pregunté si durante el resto de nuestras vidas Jeremiah seguiría intentando comerse mi última vieira o el último pedazo de filete. Me gustaba acabarme toda la comida del plato. Yo no era una de esas chicas que dejaba unos cuantos mordiscos por modestia.

Tenía una patata frita en la boca, cuando Jeremiah me preguntó:

—¿Te ha llamado Laurel?

Me la tragué. De repente, ya no tenía tanta hambre.

—No.

—Ya habrá recibido la invitación.

—Sí.

—Bueno, con un poco de suerte, llamará esta semana —dijo Jeremiah,

embutiéndose el resto de rollito de langosta en la boca—. Seguro que llama.

—Con un poco de suerte —dije yo.

Tomé un sorbito de té helado y añadí:

—Nuestro primer baile puede ser *You Never Can Tell*, si eso es lo que quieres.

Jere levantó el puño al aire.

—¿Ves?, ¡por eso me caso contigo!

Se me escapó una sonrisa.

—¿Porque soy generosa?

—Porque eres muy generosa y me comprendes —respondió, recobrando algunas de sus patatas.

Cuando volvimos a la casa, el coche de Conrad no estaba.

Capítulo treinta y cinco

Conrad

Habría preferido que me disparasen en la cabeza con una pistola de clavos (repetidamente) antes que tener que verlos a los dos haciéndose mimos en el sofá toda la noche. Después de que se marchasen a cenar, me metí en el coche y conduje hasta Boston. Mientras conducía, pensaba en no regresar a Cousins. A la mierda. Así sería más fácil. A medio camino de casa, decidí que sí, que sería lo mejor. A una hora de casa, resolví que se fueran a la mierda, tenía tanto derecho a estar allí como ellos. Aún tenía que limpiar el canalón y estaba casi seguro de que había un avispero en el tubo del desagüe. Había montones de cosas de las que ocuparse. No podía no regresar.

En torno a medianoche, estaba sentado a la mesa de la cocina vestido sólo en *bóxers* y comiendo cereales cuando mi padre entró llevando todavía el traje del trabajo. No tenía ni idea de que estaba en casa.

No se sorprendió al verme.

—Con, ¿podemos hablar un momento? —preguntó.

—Sí.

Se sentó frente a mí con un vaso de bourbon. Bajo la luz tenue de la cocina, mi padre parecía un viejo. El cabello se le estaba aclarando en la coronilla y también había perdido peso, demasiado peso. ¿Cuándo había envejecido tanto? En mi cabeza, siempre tenía treinta y siete años.

Mi padre carraspeó.

—¿Qué crees que debería hacer con lo de Jeremiah? ¿Crees que va en serio?

—Sí, creo que sí.

—Laurel está destrozada. Lo ha intentado todo, pero los niños no hacen caso. Belly se ha ido de casa y ahora no se dirigen la palabra. Ya sabes cómo se pone Laurel algunas veces.

Todo esto era nuevo para mí. No sabía que no se hablaban.

Mi padre tomó un sorbo del vaso.

—¿Crees que hay algo que pueda hacer? ¿Para ponerle fin a esto?

Por una vez, estaba de acuerdo con mi padre. Dejando a un lado mis sentimientos por Belly, me parecía que casarse a los diecinueve años era una estupidez. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué intentaban demostrar?

—Podrías desheredar a Jere —respondí y me sentí como un cabrón por sugerirlo —. Pero incluso si lo haces, sigue teniendo el dinero que le dejó mamá —añadí al final.

—La mayor parte está en fideicomiso.

—Está decidido. Lo hará igualmente. —Titubeé un poco y añadí—: Además, si te sacas algo así de la manga, nunca te perdonará.

Mi padre se levantó y se sirvió un poco más de bourbon. Tomó un sorbo y dijo:

—No quiero perderlo como te perdí a ti.

No supe qué decir. Así que nos quedamos sentados en silencio y cuando finalmente abrí la boca para decir «no me has perdido», se puso de pie.

Vació el vaso con un profundo suspiro.

—Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, papá.

Observé cómo mi padre subía la escalera con dificultad, cada paso más arduo que el anterior, como Atlas cargando el mundo sobre sus espaldas. Nunca antes había tenido que enfrentarse a algo como esto. Nunca había sido ese tipo de padre. Mi madre siempre había sido la que se encargaba de las cosas complicadas. Ahora que ya no estaba, él era lo único que nos quedaba, y no era suficiente.

Yo siempre había sido su favorito. Yo era el Jacob de nuestro padre y Jeremiah era Esaú. No era algo que hubiese cuestionado nunca; siempre asumí que se debía a que yo era el primogénito y para mi padre siempre sería el primero. Simplemente lo aceptaba, y Jere también. Pero a medida que crecíamos, comprendí que ésa no era la razón. Él se veía reflejado en mí. Para mi padre, yo no era más que un reflejo suyo. Pensaba que nosotros nos parecíamos mucho. Jere era como nuestra madre, yo era como nuestro padre. Así que era yo al que presionaba. Era a mí al que dedicaba todas sus energías y toda su esperanza. El fútbol, las clases, todo. Me esforzaba por cumplir sus expectativas, por ser como él.

La primera vez que caí en la cuenta de que mi padre no era perfecto fue cuando olvidó el cumpleaños de mi madre. Había estado jugando al golf con sus amigos durante todo el día y llegó tarde a casa. Jere y yo habíamos preparado un pastel y también habíamos comprado flores y una tarjeta. Lo teníamos todo listo encima de la mesa del comedor. Mi padre había bebido unas cuantas cervezas, se las olí en el aliento cuando me abrazó.

—Mierda, se me ha olvidado. Chicos, ¿podéis añadir mi nombre a la tarjeta? —exclamó.

Estaba en mi primer año de instituto. Un poco tarde, lo sé, para darte cuenta de

que tu padre no es ningún héroe. Ésa fue solamente la primera vez que recuerdo haberme sentido decepcionado por algo que hizo. Después de eso, encontré más y más razones para estarlo.

Todo el amor y el orgullo que sentía por él se convirtieron en odio. Y entonces empecé a odiarme a mí mismo porque él me había creado. Porque yo también me daba cuenta de lo mucho que nos parecíamos. Eso me asustaba. No quería ser el tipo de hombre que engaña a su mujer. No quería ser el tipo de hombre que anteponía el trabajo a su familia, que daba malas propinas en los restaurantes, que nunca se molestaba en aprender el nombre de la señora de la limpieza.

A partir de entonces, me dispuse a destruir la imagen que tenía de mí. Dejé de ir a correr con él por la mañana antes del trabajo. Dejé las salidas de pesca, el golf, que nunca me había gustado. Y dejé el fútbol americano, que me encantaba. Había ido a todos mis partidos, los había grabado en vídeo para que los viésemos más adelante y pudiese señalarme los errores que había cometido. Cada vez que salía un artículo sobre mí en el periódico, lo enmarcaba y lo colgaba en su estudio. Lo dejé todo para hacerle daño. Le quité todo aquello que le hacía sentirse orgulloso de mí.

Tardé mucho tiempo en comprenderlo. Fui yo el que puso a mi padre en ese pedestal. Lo hice yo, no él. Y luego lo desprecié por no ser perfecto. Por ser humano.

El lunes por la mañana conduje de vuelta a Cousins.

Capítulo treinta y seis

El lunes por la tarde, Conrad y yo comimos fuera, en el porche. Conrad había asado pollo y maíz a la parrilla. No bromeaba cuando dijo que lo único que comía era pollo asado.

—¿Te ha dicho Jere lo que quiere que llevéis para la boda? —pregunté.

Conrad negó con la cabeza, parecía confuso.

—Pensaba que sólo hacía falta ponerse un traje.

—Sí, claro, pero vosotros sois sus padrinos, así que os vestiréis todos igual. Caquis cortos y camisas de lino blancas. ¿No te lo contó?

—Es la primera vez que oigo hablar de camisas de lino. Y de ser el padrino.

Puse una mueca de exasperación.

—Jeremiah tiene que ponerse las pilas. Claro que serás su padrino. Tú y Steven los dos.

—¿Cómo puede haber dos padrinos? Se supone que sólo puede haber uno —repuso Conrad, dando un mordisco a la mazorca de maíz—. Que lo sea Steven, a mí me da igual.

—¡No! Eres el hermano de Jeremiah. Tienes que ser su padrino.

Me sonó el teléfono mientras le explicaba las obligaciones que conlleva ser el padrino. No reconocí el número, pero como los planes de la boda estaban en marcha, había estado recibiendo muchas llamadas de ese tipo.

—¿Hablo con Isabel?

No reconocí su voz. Sonaba mayor, como de la edad de mi madre. Quienquiera que fuese, tenía un marcado acento de Boston.

—Mmm, sí soy ella. Soy yo, vaya.

—Me llamo Denise Coletti, llamo de la oficina de Adam Fisher.

—Ah... Hola. Encantada de conocerla.

—Sí, hola. Necesito que me des el visto bueno para algunas cosas de la boda. He seleccionado un servicio de catering que se llama Elegantemente Tuyo; organizan eventos por la zona. Han aceptado el encargo en el último momento por nosotros; este proveedor de catering acostumbra a reservarse varios meses por adelantado. Eso es todo, ¿te parece bien?

—Sí —respondí débilmente.

Conrad me miraba con curiosidad, así que articulé las palabras Denise Coletti. Se le abrieron los ojos de par en par e hizo un gesto para que le pasara el teléfono. Le

hice señas para que apartase la mano.

—¿A cuántas personas esperas? —preguntó Denise Coletti.

—Veinte, si vienen todos.

—Adam me dijo que serían más bien unas cuarenta. Lo verificaré con él.

La oí teclear.

—Serán unos cuatro o cinco platos de aperitivo por persona. ¿Quieres una opción vegetariana para la comida?

—No creo que Jeremiah y yo tengamos ningún amigo vegetariano.

—Muy bien. ¿Querrás hacer la degustación? Creo que deberías.

—Vale.

—Perfecto. Te haré una reserva para la semana próxima. En cuanto a la disposición de los invitados, ¿quieres dos o tres mesas alargadas o cinco mesas redondas?

—Mmm...

Todavía no había pensado en las mesas. ¿Y qué estaba diciendo de cuarenta personas? Habría deseado tener a Taylor a mi lado para que me dijese qué hacer.

—¿Te puedo responder más adelante?

Denise soltó un pequeño suspiro y comprendí que era la respuesta equivocada.

—Claro, pero date prisa para que pueda darles luz verde. Eso es todo por ahora. Volveré a contactar contigo a finales de semana. Ah, y felicidades.

—Muchas gracias, Denise.

A mi lado, Conrad gritó:

—¡Hola, Denise!

—¿Es ése Connie? —preguntó ella—. Salúdale de mi parte.

—Denise dice hola.

Entonces volvió a darme la enhorabuena y colgó.

—¿Qué pasa? —me preguntó Conrad. Tenía un grano de maíz en la mejilla—. ¿Por qué te ha llamado Denise?

—Mmm, por lo que parece, la secretaria de tu padre es nuestra coordinadora de la boda. Y vamos a invitar a cuarenta personas en lugar de a veinte —respondí, soltando el teléfono.

—Son buenas noticias —dijo en tono inexpresivo.

—¿Cómo van a ser buenas noticias?

—Quiere decir que mi padre está de acuerdo con que os caséis. Y piensa pagar la cuenta.

Conrad se puso a cortar el pollo.

—Oh, vaya —dije sorprendida, poniéndome de pie—. Será mejor que llame a Jere. Espera, aún estará trabajando.

Me senté otra vez.

Tendría que haberme sentido aliviada de que otra persona fuese a tomar el relevo, pero en lugar de eso, me sentí abrumada. La boda se estaba volviendo mucho más grande de lo que había imaginado. ¿Ahora íbamos a alquilar mesas? Era demasiado, y muy repentino.

Frente a mí, Conrad estaba untando mantequilla en otra mazorca. Bajé la vista hasta mi plato. Ya no tenía hambre. Tenía ganas de vomitar.

—Come —ordenó Conrad.

Tomé un mordisquito de pollo.

No podría hablar con Jeremiah hasta la noche. Pero la persona con la que deseaba hablar de verdad era con mi madre. Ella sabría cómo ordenar las mesas y dónde sentar a todo el mundo. No quería que fuese Denise la que viniese de la nada y me dijese qué hacer, ni tampoco el señor Fisher. Solamente quería a mi madre.

Capítulo treinta y siete

Conrad

No comprendí lo mal que lo estaba pasando Belly hasta que la oí al teléfono hablando con Taylor a finales de semana. Tenía la puerta abierta y yo me estaba cepillando los dientes en el baño del vestíbulo.

Oí que decía:

—Taylor, agradezco de verdad lo que intenta hacer tu madre, pero te prometo que no pasa nada... Lo sé, pero sería demasiado raro tener a todos los adultos del vecindario en la fiesta y que mi madre no estuviese... Sí, lo sé. Vale. Dale las gracias a tu madre —concluyó con un suspiro.

Cerró la puerta y me pareció oírla llorar.

Fui a mi habitación, me tumbé en la cama y me quedé mirando fijamente el techo.

Belly no había dado muestras de lo triste que estaba por lo de su madre. Era una persona optimista, alegre por naturaleza, como Jere. Si había un lado bueno, Belly siempre lo encontraba. Escucharla llorar, me afectó. Sabía que no debía inmismirme. Eso sería lo más inteligente. No necesitaba que cuidase de ella. Ya era mayorcita. Además, ¿qué podía hacer yo por ella?

Estaba decidido, no iba a inmismirme.

A la mañana siguiente me levanté temprano para ir a visitar a Laurel. Aún estaba oscuro cuando salí. La llamé mientras iba de camino y le pregunté si quería quedar para desayunar. Laurel estaba sorprendida, pero no hizo preguntas; respondió que se reuniría conmigo en la cafetería cerca de la autopista.

Supongo que Laurel siempre había sido especial para mí. Desde pequeño me gustaba estar con ella. Me gustaba que se pudiese estar en silencio junto a ella y con ella. No hablaba a los niños en tono condescendiente. Nos trataba como a iguales. Después de la muerte de mi madre, me trasladé a Stanford y empecé a telefonar a Laurel de vez en cuando. Seguía gustándome charlar con ella y me encantaba que me recordase a mi madre sin que doliese demasiado. Era como mi vínculo con el hogar.

Ella llegó primero a la cafetería, estaba sentada en un reservado esperándome.

—Connie —dijo, poniéndose de pie y abriendo los brazos. Parecía que había perdido peso.

—Hola, Laur —respondí, devolviéndole el abrazo. La noté demacrada, pero seguía oliendo igual, a limpio con un toque de canela.

Me senté delante de ella. Pedimos tortitas y beicon para los dos.

—¿Cómo has estado? —preguntó.

—Bastante bien —respondí, bebiendo zumo a largos tragos. ¿Cómo iba a sacar el tema? Éste no era mi estilo. A mí no me salía con naturalidad, no como a Jere. Me estaba metiendo en algo que no era asunto mío. Pero tenía que hacerlo. Por ella.

Me aclaré la garganta y dije:

—Te he llamado porque quería hablar contigo de la boda.

Se le endureció la expresión, pero no me interrumpió.

—Laur, creo que deberías asistir. Creo que deberías formar parte de la boda. Eres su madre.

Laurel removió su café y levantando los ojos, me preguntó:

—¿Crees que deberían casarse?

—Eso no es lo que he dicho.

—En ese caso, ¿qué es lo que piensas?

—Pienso que se quieren y que lo harán independientemente de lo que opinen los demás. Y... creo que Belly necesita a su madre en este momento.

—Parece que Isabel se las arregla perfectamente sin mí —respondió con sequedad—. No me llamó para decirme dónde estaba. Tuve que enterarme por Adam quien, por cierto, parece que ahora va a pagar la boda. Típico de Adam. Y ahora Steven es el padrino y el padre de Belly se dará por vencido, como hace siempre. Parece que soy la única que se interpone en su camino.

—Belly no está bien. Casi no come. Y... oí que anoche lloraba. Estaba diciendo que no le parecía bien que la madre de Taylor le organizase una fiesta si tú no estabas.

La expresión de Laurel se suavizó sólo un poquito.

—¿Lucinda le quiere organizar una fiesta? —comentó, removiendo el café otra vez—. Jere no lo ha pensado bien. No se lo está tomando lo bastante en serio.

—Tienes razón, no es un tipo serio. Pero créeme, va en serio con ella.

Respiré profundamente y añadí:

—Laurel, si no vas, te arrepentirás.

Me miró directamente a los ojos.

—¿Estamos siendo sinceros el uno con el otro?

—¿No lo somos siempre?

Laurel asintió, tomando un sorbo de café.

—Sí, lo somos. Así que dime, ¿tú qué sacas de todo esto?

Sabía que iba a ocurrir. Al fin y al cabo, se trataba de Laurel. No se andaba por

las ramas.

—Quiero que sea feliz.

—Ah... ¿Sólo ella?

—Jeremiah también.

—¿Y eso es todo?

Me miró fijamente. Le devolví la mirada. Intenté pagar el desayuno, ya que había sido yo el que la había invitado, pero Laurel no me lo permitió.

—Ni en sueños —dijo.

De camino a casa, repasé nuestra conversación. La expresión indulgente de Laurel al preguntarme qué sacaba yo de todo esto. ¿Qué era lo que estaba haciendo? Escogiendo jarrones con Belly, haciendo de mediador con los padres. De repente, me había convertido en su coordinador de la boda y ni siquiera estaba de acuerdo con que se celebrase. Tenía que desvincularme de la situación. Me iba a lavar las manos de todo ese lío.

Capítulo treinta y ocho

—¿Dónde has estado? —pregunté a Conrad cuando entró por la puerta. Había estado fuera toda la mañana.

No respondió en seguida. De hecho, apenas me miraba.

—Haciendo unos recados —respondió al fin, sucinto.

Lo miré curiosa, pero no ofreció más información. Así que se lo pregunté directamente:

—¿Quieres acompañarme al florista en Dyerstown? Tengo que escoger las flores para la boda.

—¿Hoy no viene Jere? ¿No puedes ir con él?

Sonaba irritado.

Me sorprendió un poco y también me dolió. Creía que durante las últimas semanas nos habíamos llevado bien.

—No llegará hasta la noche. Y además, tú eres el experto en arreglos florales, no Jere, ¿recuerdas? —añadí en tono juguetón.

Conrad estaba de pie delante del fregadero, de espaldas a mí. Abrió el grifo y llenó un vaso de agua.

—No quiero que se enfade.

Me pareció oír un indicio de angustia en su voz. Angustia y algo más. Miedo.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo esta mañana?

Empecé a preocuparme. Cuando Conrad no contestó, me acerqué a él y estuve a punto de ponerle la mano en el hombro, pero entonces se volvió y la dejé caer de nuevo.

—No ha pasado nada. Vamos. Yo conduzco.

Estuvo bastante callado en la floristería. Taylor y yo nos habíamos decidido por los lirios, pero cuando vi el libro de arreglos florales, acabé por escoger las peonías. Cuando se las enseñé a Conrad, dijo:

—Ésas eran las favoritas de mi madre.

—Lo recuerdo.

Encargué cinco arreglos florales, uno para cada mesa, tal como Denise Coletti me había dicho que hiciese.

—¿Qué hay de los ramos? —me preguntó el florista.

—¿Podrían ser peonías también?

—Desde luego, ningún problema. Le montaré algo bien bonito.

A Conrad le dijo:

—¿Los padrinos y usted llevarán *botonier*?

Conrad se puso rojo como un tomate.

—No soy el novio —respondió.

—Es el hermano del novio —intercedí yo, dándole la tarjeta de crédito del señor Fisher.

Nos marchamos al cabo de poco.

De regreso a casa, pasamos por delante de un puesto de fruta instalado a un lado de la carretera. Quería que nos detuviésemos, pero no dije nada. Supuse que Conrad se dio cuenta, porque preguntó:

—¿Quieres que demos la vuelta?

—No, da igual, ya lo hemos pasado —respondí.

Conrad hizo un cambio de sentido en una carretera de sentido único.

El puesto de fruta consistía en un par de cajas de madera llenas de melocotones y un cartel en el que ponía que dejásemos el dinero en el recipiente. Metí un dólar porque no tenía cambio.

—¿No quieres uno? —pregunté, limpiándome la camiseta de jugo de melocotón.

—No, soy alérgico a los melocotones.

—¿Desde cuándo? Estoy segura de que te he visto comer melocotones. O al menos, tarta de melocotón.

Se encogió de hombros.

—Desde siempre. A veces como, pero hacen que me pique la boca por dentro.

Antes de morder mi melocotón, cerré los ojos y aspiré su fragancia.

—Tú te lo pierdes.

Nunca había comido un melocotón tan bueno como ése. Estaba justo en su punto. Los dedos se te hundían sólo un poquito en la fruta nada más tocarla. Lo engullí mientras el jugo de melocotón se me escurría por toda la barbilla y la pulpa me goteaba encima de las manos. Era dulce y ácido a la vez. Una experiencia total para el olfato, el gusto y la vista.

—Éste ha sido el melocotón perfecto. Casi preferiría no tomar otro porque es imposible que pueda ser igual de bueno.

—Hagamos la prueba —dijo Conrad y compró otro melocotón. Me lo comí en cuatro bocados.

—¿Estaba bueno? —me preguntó.

—Sí. Lo estaba.

Conrad alargó la mano y me limpió la barbilla con la camisa. Era el gesto más

íntimo que me habían hecho en toda mi vida.

Me notaba mareada y me fallaba el equilibrio.

Fue por la forma en que me miró esos breves segundos. Entonces apartó la vista, como si el sol brillase con demasiada fuerza detrás de mí.

Me hice a un lado y dije:

—Voy a comprar unos cuantos más para Jere.

—Buena idea —dijo él, apartándose de en medio—. Te espero en el coche.

Temblaba mientras metía los melocotones en una bolsa de plástico. Sólo una mirada suya, un roce, y ya estaba temblando. Era una locura. Me iba a casar con su hermano.

De vuelta en el coche, no dije nada. Aunque hubiese podido, aunque lo hubiese querido, no habría encontrado las palabras. En la quietud del coche con aire acondicionado, el silencio entre los dos era atronador. Así que bajé la ventanilla y fijé la mirada en los objetos en movimiento que pasaban a un lado.

En casa, el coche de Jeremiah estaba aparcado en la entrada. Conrad desapareció en cuanto entramos. Encontré a Jere haciendo la siesta en el sofá, con las gafas de sol todavía en la cabeza. Lo desperté con un beso.

Le revolotearon las pestañas al abrir los ojos.

—Hola.

—Hola. ¿Quieres un melocotón? —pregunté, balanceando la bolsa de plástico como si fuese un péndulo. Me notaba nerviosa de repente.

Jere me abrazó y dijo:

—Tú eres el melocotón.

—¿Sabías que Conrad era alérgico a los melocotones?

—Claro. ¿Te acuerdas de la vez que comió helado de melocotón y se le hinchó la boca?

Me desprendí de él y fui a lavar los melocotones. Me dije a mí misma que no había nada de lo que sentirse culpable, no había pasado nada. No había hecho nada.

Estaba enjuagando los melocotones en el escurridor rojo de plástico, sacudiendo el exceso de agua como había visto hacer a Susannah tantas veces. Mientras el agua caía sobre los melocotones, Jeremiah se me acercó por la espalda y cogió uno.

—Creo que ya están limpios.

Se sentó en la encimera de la cocina y dio un mordisco a uno de los frutos.

—¿A que está bueno? —le pregunté. Levanté un melocotón, me lo puse delante de la cara y aspiré con fuerza, intentando despejarme la mente de todos los pensamientos estúpidos.

Jeremiah asintió. Ya se lo había terminado y tiró el hueso al fregadero.

—Muy bueno. ¿Has comprado fresas? Ahora mismo podría comerme una caja

entera de fresas.

—No, sólo melocotones.

Coloqué los melocotones en el frutero de plata, ordenándolos lo mejor que pude.
Aún me temblaban las manos.

Capítulo treinta y nueve

El apartamento estaba enmoquetado de pared a pared en un tono azul marino y aunque llevaba chanclas, estaba casi segura de que la moqueta estaba húmeda. La cocina era del tamaño de un lavabo de avión y el dormitorio no tenía ventanas. El techo era alto; en mi opinión, ése era el único lado bueno del apartamento.

Jeremiah y yo nos habíamos pasado todo el día buscando apartamento cerca de la universidad. Hasta el momento, habíamos visto tres. Ése era, de lejos, el peor.

—Me gusta la moqueta —comentó Jeremiah—. Es agradable levantarte por la mañana y poner los pies en la moqueta.

Eché un vistazo a la puerta abierta, donde nos esperaba el casero. Parecía de la edad de mi padre. Tenía el pelo blanco recogido en una coleta, bigote y un tatuaje de una sirena en *topless* en el antebrazo. Me pilló mirándolo y me sonrió. Le devolví una sonrisa poco convincente.

Entré en el dormitorio e hice un gesto a Jeremiah para que me siguiera.

—Aquí huele a humo de tabaco —susurré—. Es como si la alfombra lo hubiese absorbido.

—Pon un ambientador, cariño.

—Ponlo tú. A solas, porque yo no pienso vivir aquí.

—¿Qué problema le ves? Está tan cerca del campus que casi está dentro. Y hay un patio, podemos hacer barbacoas. Piensa en las fiestas que celebraremos. Venga, Belly.

—Nada de venga, Belly. Volvamos al primer piso que visitamos. El del aire acondicionado centralizado.

Por encima de nosotros, sentía más que oía el bajo del equipo de sonido de uno de los vecinos.

Jeremiah hundió las manos en los bolsillos.

—Ese sitio era para viejos y para familias. Este piso es para gente de nuestra edad. Universitarios como nosotros.

Eché otra ojeada al casero. Estaba mirando el móvil, fingiendo que no escuchaba nuestra conversación. Bajando la voz, dije:

—Este piso es prácticamente la casa de una hermandad. Si quisiera vivir en una hermandad, me instalaría una litera en la tuya.

Puso los ojos en blanco.

—Supongo que no nos quedamos con el apartamento —dijo en voz alta.

Mirando al casero, se encogió de hombros como diciendo «Qué le vamos a hacer». Como si estuvieran en eso juntos, solamente un par de tíos, dos colegas.

—Gracias por enseñarnos el apartamento —dije yo.

—Ningún problema —respondió el casero, encendiendo un cigarrillo.

Al salir del apartamento, eché una mirada asesina a Jeremiah. «¿Qué?», articulé en silencio con cara de desconcierto. Me conformé con sacudir la cabeza en señal de perplejidad.

—Se hace tarde —dijo Jeremiah en el coche—. Escojamos un piso y acabemos de una vez.

—Pues vale —contesté, encendiendo el aire acondicionado—. Me quedo con el primero.

—Vale —dijo él.

—Vale —repetí.

Regresamos al primer complejo de apartamentos para rellenar el papeleo. Fuimos directamente a la oficina de administración. La administradora se llamaba Carolyn. Era alta y pelirroja y llevaba un vestido estampado de corte cruzado. Su perfume olía como el de Susannah. Lo consideré un buen augurio.

—¿Así que vuestros padres no van a alquilar el apartamento en vuestro nombre? —preguntó Carolyn—. La mayoría de los estudiantes hacen que sus padres firmen el contrato de arrendamiento.

Abrí la boca para hablar, pero Jeremiah se me adelantó.

—No, lo hacemos por nuestra cuenta. Estamos prometidos.

La sorpresa se registró en su cara y vi que me echaba un vistazo rápido a la tripa.

—¡Ah! Bueno, felicidades —dijo al fin.

—Gracias —respondió Jeremiah.

Yo no dije nada. Pensé para mí en lo harta que estaba de que todo el mundo diese por sentado que estaba embarazada sólo porque íbamos a casarnos.

—Tendremos que hacer una verificación del historial de crédito y a continuación podré tramitar la solicitud. Si todo sale bien, el apartamento es vuestro —dijo Carolyn.

—Si te has retrasado en el pago de algunas facturas de la tarjeta de crédito, eso, mmm... ¿impactaría negativamente en tu crédito? —preguntó Jeremiah, inclinándose hacia adelante.

Se me pusieron los ojos como platos.

—¿De qué estás hablando? —susurré—. Tu padre te paga la tarjeta de crédito.

—Sí, lo sé, pero me saqué otra en primero. Para establecer mi propio crédito —añadió, con una sonrisa triunfal.

—Seguro que saldrá bien —dijo ella, pero su sonrisa se esfumó.

—Isabel, ¿qué tal está tu crédito?

—Mmm, bien, creo. Mi padre me incluyó en su tarjeta de crédito, pero nunca la uso.

—Mmm. Muy bien, ¿tienes alguna tarjeta de unos grandes almacenes? —preguntó. Negué con la cabeza.

—Tenemos el alquiler del primer y el segundo mes —terció Jeremiah—. Y también el depósito. Así que ningún problema.

—Muy bien—dijo Carolyn y se levantó de la silla—. Lo tramitaré hoy y os daré una respuesta en dos días.

—Cruzaré los dedos —dije yo, en un intento de sonar animada.

Jeremiah y yo salimos del edificio y entramos en el aparcamiento. De pie delante del coche, comenté:

—Espero que consigamos el apartamento.

—Si no seguro que conseguimos uno de los otros. Dudo que Gary nos haga una verificación de crédito.

—¿Quién es Gary?

Jeremiah dio la vuelta hasta el asiento del conductor y abrió la puerta.

—El tío del último apartamento que vimos.

Hice una mueca.

—Seguro que Gary también verifica el crédito.

—Lo dudo. Gary molaba —dijo Jere.

—Gary seguro que tiene un laboratorio de metanfetamina en el sótano —repuse, y esta vez fue Jeremiah el que hizo una mueca—. Si viviéramos en ese apartamento, seguro que nos despertaríamos en mitad de la noche en una bañera llena de hielo y sin riñones —proseguí.

—Belly, alquila apartamentos a muchos estudiantes. Un chico de mi equipo de fútbol vivió allí el año pasado y está perfectamente. Conserva los dos riñones y todo.

Nos miramos el uno al otro desde lados opuestos del coche.

—¿Por qué seguimos hablando de esto? Te has salido con la tuya, ¿recuerdas?

No acabó la frase como sabía que habría deseado: «Te has salido con la tuya, como siempre».

—No sabemos si me he salido con la mía.

No acabé la frase como habría deseado: «No sabemos si me he salido con la mía porque tienes un mal historial de crédito».

Abrí la puerta de un tirón y me metí en el coche.

Recibí la llamada esa misma semana. No nos concedieron el apartamento. No sé

si fue por el mal historial de crédito de Jere o por mi falta de crédito, pero qué más daba. La cuestión era que no lo habíamos conseguido.

Capítulo cuarenta

Era el día de la fiesta de Taylor. Seguía pensando en ella como en su fiesta porque la habían organizado ella y su madre. Las invitaciones que enviaron eran más bonitas que las de mi boda.

Ya había un montón de coches aparcados frente a la casa. Reconocí el Audi plateado de Marcy Yoo y el Honda azul de la tía Mindy de Taylor. El buzón de Taylor estaba recubierto de globos. Me recordó todas las fiestas de cumpleaños que Taylor había celebrado. Siempre colgaba globos de color fucsia. Siempre.

Yo llevaba un vestido de tirantes blanco y sandalias. Me había puesto rímel, colorete y brillo de labios rosa. Cuando salí de la casa de Cousins, Conrad me dijo que estaba guapa. Era la primera vez que hablábamos desde que nos detuvimos a comprar melocotones.

—Estás muy guapa —dijo.

Y yo le di las gracias. Completamente normal.

Llamé al timbre, algo que nunca hacía en casa de Taylor. Pero como era una fiesta, supuse que debía hacerlo.

Taylor abrió la puerta. Llevaba un vestido rosa con peces de color verde claro nadando por el dobladillo y el pelo recogido en un moño bajo. Parecía que ella fuese la novia, no yo.

—Estás muy guapa —dijo, abrazándome.

—Tú también —respondí, entrando en la casa.

—Han llegado casi todos —prosiguió, y me condujo hasta el salón.

—Tengo que hacer pis primero —dije yo.

—Date prisa, eres la invitada de honor.

Fui al baño de prisa y cuando acabé me lavé las manos e intenté peinarme el pelo con los dedos. Me puse un poco más de brillo de labios. Por alguna razón, me notaba nerviosa. Taylor había colgado campanas de boda de papel crepé por todo el techo y *Going to the chapel* estaba sonando en el equipo de música.

Nuestras amigas estaban allí, Marcy, Blair y Katie. Mindy, la tía de Taylor, mi vecina, la señora Evans, la madre de Taylor, Lucinda. Y sentada en el sofá de dos plazas, con un traje azul claro, estaba mi madre.

Al verla se me llenaron los ojos de lágrimas.

No cruzamos corriendo la habitación para abrazarnos, no lloramos. Me abrí paso por la habitación abrazando a las mujeres y a las chicas y, cuando llegué al fin hasta

mi madre, nos abrazamos con fuerza durante un buen rato. No teníamos que decirnos nada, porque las dos ya lo sabíamos.

En la mesa del buffet, Taylor me apretó la mano.

—¿Feliz? —susurró.

—Muy feliz —murmuré, cogiendo un plato.

Me embargaba un sentimiento de alivio tan inmenso. Las cosas empezaban a funcionar. Había recuperado a mi madre. Todo estaba en marcha.

—Bien —dijo Taylor.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Tu madre habló con la mía?

—Ajá —dijo ella y me lanzó un beso—. Mi madre me explicó que no le había costado nada convencerla de que viniese.

Lucinda había decorado la mesa con su famoso pastel de coco en el centro. Había limonada, rollitos de salchicha, mini zanahorias y cebolletas, mis comidas favoritas. Mi madre había traído sus pastelillos de limón.

Llené el plato de comida y me senté junto a las chicas. Me metí un rollito de salchicha en la boca y dije:

—¡Muchas gracias por venir!

—No puedo creer que vayas a casarte —dijo Marcy, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Yo tampoco —dijo Blair.

—Ni yo —dije yo.

Abrir los regalos fue la mejor parte. Me sentí como si fuese mi cumpleaños. Moldes para preparar magdalenas de Marcy, copas de Blair, toallas para las manos de la tía Mindy, libros de cocina de Lucinda, una jarra de cristal de Taylor y un edredón de parte de mi padre.

Taylor se sentaba a mi lado, tomando nota de quién regalaba qué y guardando las cintas de los regalos. Pinchó agujeros en un plato de papel y entretejió las cintas con el plato.

—¿Y eso para qué es?

—El ramo para el ensayo, boba —dijo Lucinda con una sonrisa radiante. Había ido a broncearse esa mañana. Se notaba porque se le veían las marcas de las gafas protectoras.

—Ah, pero no habrá cena de ensayo —objeté.

Porque, sinceramente, ¿qué teníamos que ensayar? Nos íbamos a casar en la playa. Iba a ser algo sencillo y sin complicaciones, tal como queríamos los dos.

Taylor me entregó el plato.

—Entonces tendrás que ponértelo de sombrero.

Lucinda se puso de pie y me ató el plato de papel en la cabeza como si fuese un

sombrero. Todas reíamos cuando Marcy me hizo una foto. Taylor se levantó con el cuaderno en la mano.

—Muy bien, ¿preparadas para saber qué dirá Belly en su noche de bodas?

Me tapé la cara con el sombrero de cintas. Ya había oído hablar de este juego. La dama de honor toma nota de todo lo que dice la futura novia al abrir los regalos.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Taylor y la habitación se llenó de risitas ahogadas.

Traté de quitarle el cuaderno, pero lo levantó encima de mi cabeza y leyó:

—¡A Jeremiah le va a encantar!

Después de la competición de vestidos de novia de papel higiénico, después de que ayudásemos a limpiar y después de que todas se hubiesen marchado, acompañé a mi madre hasta el coche.

—Gracias por venir, mamá. Significa mucho para mí —dije, sintiéndome cohibida.

Me apartó el pelo de los ojos con una caricia.

—Eres mi niña —dijo ella.

La rodeé con los brazos.

—Te quiero tanto.

Llamé a Jeremiah en cuanto llegué a mi coche.

—¡Estamos en marcha! —grité.

No era que no lo estuviésemos antes. Pero planear la boda lejos de casa y estar peleada con mi madre me tenía con un nudo en el estómago. Con mi madre a mi lado, sentía que podía volver a respirar. Mis preocupaciones habían desaparecido. Por fin me sentía completa. Me sentía capaz de hacerlo.

Esa noche, dormí en casa. Steven, mi madre y yo vimos la tele juntos, un programa en el que recreaban crímenes antiguos. Aullamos de risa con las malas interpretaciones de los actores, comimos Fritos y el resto de los pastelillos de limón de mi madre. Estuvo muy bien.

Capítulo cuarenta y uno

Conrad

El día después de que Belly se marchase a casa, fui a visitar a Ernie, el antiguo dueño del restaurante de marisco en el que había trabajado. Todos los niños que iban a Cousins conocían a Ernie, igual que Ernie los conocía a todos. Por mucho que envejeciese, nunca olvidaba una cara. Ernie debía de tener al menos unos setenta años cuando había trabajado allí en mi época del instituto. Ahora era su sobrino John el que se encargaba del restaurante, y era un imbécil. Primero degradó a Ernie a barman, pero Ernie no podía seguir el ritmo, así que John hizo que se ocupara de enrollar la cubertería en las servilletas. John acabó excluyéndolo del negocio, obligando a Ernie a jubilarse. Claro que Ernie era viejo, pero era un buen trabajador y todos le querían. Yo acostumbraba a tomar descansos para fumar fuera con él. Sabía que estaba mal dejar que me gorroneara cigarrillos, pero era un hombre mayor ¿y quién puede decirle que no a un anciano?

Ernie vivía en una casita cerca de la autopista y yo trataba de ir a visitarlo al menos una vez a la semana. Para hacerle compañía, pero también para asegurarme de que seguía con vida. Ernie no tenía a nadie que le recordara que tenía que tomarse la medicación y su sobrino John no lo visitaba ni en broma. Después de que John lo expulsara de su negocio, Ernie dijo que John había dejado de ser de su propia sangre. Así que me quedé bastante pasmado cuando llegué a la calle de Ernie y vi el coche de John que salía de su casa. Aparqué delante de la casa y llamé a la puerta una vez antes de entrar.

—¿Me traes un cigarrillo? —preguntó Ernie desde el sofá.

Siempre lo mismo. Ya no le dejaban fumar.

—No —respondí—. Lo he dejado.

Entonces rió como hacía siempre y me senté en el sofá. Estaba viendo una vieja serie de policías y comía cacahuetes en silencio. Sólo hablábamos durante los anuncios.

—¿Te has enterado de que mi hermano se casa la semana que viene? —pregunté.

—Todavía no me han enterrado, chico —resopló—. Claro que lo sé. Lo sabe todo el mundo. Es una niña encantadora. De pequeña, me hacía reverencias.

—Eso es porque le dijimos que antes habías sido un príncipe en Italia y que después te convertiste en mafioso. El Padrino de Cousins —expliqué con una sonrisa

de oreja a oreja.

—Ahí le has dado.

El programa empezó de nuevo y lo vimos sumidos en un silencio cómodo. Entonces, durante la siguiente pausa publicitaria, Ernie dijo:

—¿Y qué harás, vas a llorar como un mocoso o piensas hacer algo al respecto?

Casi me asfixio con un cacahuete.

—¿De qué hablas? —dije tosiendo.

Volvió a dejar escapar un resoplido.

—No te hagas el inocente conmigo. La quieres, ¿no? Ella es la única para ti, ¿no?

—Ernie, creo que hoy te has olvidado de tomarte tu medicación —señalé—. ¿Dónde tienes la caja de las pastillas?

Hizo ademán para que callara con su mano pálida y huesuda, y su atención centrada otra vez en el televisor.

—Cálmate. Vuelven a dar el programa.

Tuve que esperar hasta la siguiente pausa para preguntarle como si nada:

—¿De verdad lo crees? ¿Que estamos destinados a estar con una sola persona?

—Claro que sí —dijo Ernie, mientras pelaba la cáscara de un cacahuete—. Elizabeth fue la única para mí. Cuando falleció, no se me ocurrió ninguna razón para buscar a otra. Mi chica se había ido. Ahora sólo estoy esperando a que llegue mi hora. ¿Me traes una cerveza?

Me levanté y fui hasta la nevera. Volví con una cerveza y un vaso limpio. A Ernie le gustaban los vasos limpios.

—¿Qué estaba haciendo John aquí? —pregunté—. Le he visto al llegar.

—Ha venido a cortarme el césped.

—Pensaba que era trabajo mío.

—Te quedan los bordes hechos una mierda.

—¿Desde cuándo os habláis?

Ernie se encogió de hombros y se metió otro cacahuete en la boca.

—Seguro que viene a husmear para que le deje la propiedad en herencia cuando estire la pata.

Bebió un poco de cerveza y se arrellanó en el sillón.

—Es un buen chaval. El único hijo de mi hermana. Es mi familia. La familia es la familia. Nunca lo olvides, Conrad.

—Ernie, ¿hace sólo dos pausas publicitarias me has dicho que era un mocoso si no intentaba arruinar la boda de mi hermano!

Limpiándose los dientes con un palillo, Ernie dijo:

—Si la chica es la elegida, todo vale, familia o no.

Me sentía más ligero al salir de la casa de Ernie un par de horas después. Siempre

me pasaba.

Capítulo cuarenta y dos

Estábamos a miércoles, sólo a unos días de la boda. Al día siguiente, Taylor y Anika vendrían a Cousins, y también Josh, Redbird y mi hermano. Los muchachos iban a celebrar su supuesta despedida de soltero y Taylor, Anika y yo íbamos a pasar el día en la piscina. Entre Denise Coletti y Taylor, la boda estaba prácticamente organizada. La comida estaba encargada: rollitos de langosta y cóctel de gambas. Íbamos a usar las luces de Navidad para decorar el porche. Conrad iba a tocar una canción con la guitarra cuando yo llegase con mi padre. Me iba a poner las joyas que me dejó Susannah; yo misma me peinaría y me maquillaría.

Todo empezaba a cuajar, pero seguía sin quitarme de encima la sensación de que se me olvidaba alguna cosa. Estaba aspirando el salón cuando Conrad abrió la puerta corredera. Había estado haciendo surf toda la mañana. Apagué el aspirador.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Estaba pálido y el pelo le goteaba sobre los ojos.

—Estoy muerto de cansancio —contestó—. Y me he cortado con el canto de la tabla.

—¿Te has hecho mucho daño?

—No, no mucho.

Observé cómo cojeaba hasta el baño y le seguí corriendo. Estaba sentado en el borde de la bañera y la sangre le empapaba la toalla y también la pierna. Me sentí mareada durante una fracción de segundo.

—Ya no sangra —dijo Conrad y estaba blanco como la encimera de mármol. Parecía a punto de desmayarse—. No está tan mal como parece.

—No dejes de aplicar presión. Voy a buscar algo para limpiar la herida.

Tenía que dolerle mucho porque me obedeció. Cuando regresé con el agua oxigenada, las gasas y el yodo, continuaba sentado en la misma posición con la pierna dentro de la bañera.

Me senté a horcajadas de cara a él.

—Suelta la toalla —le dije.

—Estoy bien. Ya lo hago yo.

—No, no estás bien —objeté.

Entonces soltó la toalla y apliqué presión sobre la herida. Hizo una mueca de dolor.

—Lo siento.

La sostuve unos cuantos minutos y después aparté la toalla de su pierna. Tenía un corte estrecho de unos cuantos centímetros. No sangraba mucho, así que me decidí a verter agua oxigenada en la herida.

—¡Au! —aulló.

—No seas tan llorica, no es más que un rasguño —mentí. Me preguntaba si iba a necesitar puntos de sutura.

Conrad se inclinó hacia mí mientras le limpiaba el corte, con la cabeza prácticamente apoyada sobre mi hombro. Sentía cómo inspiraba y cómo exhalaba, sentía cada inhalación brusca cuando le tocaba la herida.

Una vez limpio, el corte tenía mucho mejor aspecto. Le apliqué yodo y le vendé la pantorrilla. Después le di una palmadita en la rodilla.

—¿Ves? Ya estás mejor.

Alzó la cabeza y dijo:

—Gracias.

—De nada —respondí.

Durante un momento, nos miramos el uno al otro, sosteniéndonos la mirada. Se me aceleró la respiración. Si me inclinaba un poco hacia adelante, acabaríamos besándonos. Sabía que debía apartarme, pero no me sentía capaz.

—¿Belly?

Sentí su aliento en mi cuello.

—¿Sí?

—¿Me ayudas a ponerme de pie? Subiré arriba a echar una siesta.

—Has perdido mucha sangre —dije yo, y mi voz resonó en los azulejos del baño.

Sonrió débilmente.

—Eso es con las contusiones.

Me levanté apresuradamente y entonces le ayudé a ponerse de pie.

—¿Puedes andar? —pregunté.

—Me las arreglaré —respondió él, cojeando y apoyándose en la pared.

Mi camiseta estaba húmeda de tener la cabeza de Conrad apoyada en mi hombro. Empecé a limpiar mecánicamente, con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Qué era lo que había estado a punto de hacer? Esta vez no había sido como con los melocotones. Esta vez había sido sólo cosa mía.

Conrad se saltó la cena y me pregunté si debía subirle algo de comer, pero decidí no hacerlo. En su lugar, calenté una pizza congelada que había comprado y pasé el resto de la noche limpiando el piso de abajo. Era un alivio saber que todos llegarían al día siguiente. Ya no estaríamos él y yo solos. En cuanto Jeremiah estuviese allí,

todo volvería a la normalidad.

Capítulo cuarenta y tres

La cosas volvieron a la normalidad. Yo estaba normal, Conrad estaba normal: como si nada hubiese ocurrido. Porque no ocurrió nada. Si no tuviese una venda en la pierna, creería que lo había soñado.

Todos los muchachos estaban en la playa excepto Conrad, que no podía mojarse la pierna. Estaba en la cocina preparando la carne para la barbacoa. Nosotras estábamos tumbadas en la piscina pasándonos una bolsa de palomitas. Era uno de esos días perfectos de Cousins y sólo había unas cuantas nubes. Sin predicciones de lluvia para los próximos siete días. Nuestra boda estaba a salvo.

—Redbird es mono, ¿no os parece? —comentó Taylor, colocándose bien el top del biquini.

—Qué asco. Con un mote como ése, gracias, pero no —dijo Anika.

Taylor le frunció el cejo.

—No seas tan critica. ¿Tú qué crees, Belly?

—Mmm... Es agradable. Jeremiah dice que es muy leal.

—¿Qué te decía yo? —alardeó Taylor, pinchando a Anika con el dedo gordo del pie.

Anika me miró y yo le devolví una sonrisa furtiva.

—Es muy, muy leal. Poco importa que sea medio cromañón... —dije yo.

Taylor me lanzó un puñado de palomitas y, entre risas, traté de atraparlas con la boca.

—¿Vamos a salir con los chicos está noche? —preguntó Anika.

—No, ellos irán a lo suyo. Van a un bar donde sirven bombas irlandesas o algo así.

—¡Puaj! —dijo Taylor.

Después de echar un vistazo rápido a la cocina, Anika susurró:

—No me habíais dicho que Conrad estaba tan bueno.

—Tampoco es tan guapo. Sólo se lo cree él —objetó Taylor.

—No se lo cree —rebatí—. Lo que ocurre es que Taylor está enfadada porque nunca se ha mostrado interesado por ella.

—¿Por qué iba a interesarse por ella si era tu chico?

La hice callar con un gesto.

—Nunca fue mi chico —susurré.

—Siempre fue tu chico —apuntó Taylor, rociándose con aceite solar.

—Ya no —dije firmemente.

Para cenar, comimos bistecs y verduras a la brasa. Fue una comida de adultos. Bebiendo vino tinto, sentada a la mesa con todos mis amigos, me sentí como una adulta. Estaba sentada al lado de Jeremiah, con su brazo alrededor de mi silla. Pero...

Charlé con otras personas, no miré en su dirección, pero siempre sabía dónde estaba. Era dolorosamente consciente de todo lo que hacía. Cuando se me acercaba, me vibraba todo el cuerpo. Cuando se alejaba, me sobrevinía un dolor sordo. Con él junto a mí, lo sentía todo.

Estaba sentado al lado de Anika y le dijo algo que la hizo reír. Se me encogió un poco el corazón. Aparté la mirada.

Tom se puso de pie e hizo un brindis.

—Por Belly y J-Fish, una... —Eructó—. Una pareja maravillosa. Una pareja de narices.

Vi que Anika miraba a Taylor como diciendo: «¿Y este tío te parece mono?». Taylor se encogió hombros. Todos levantamos nuestras latas de cerveza y nuestras copas de vino y las entrecuchamos. Jeremiah tiró de mí y me besó en los labios enfrente de todos. Me aparté avergonzada. Vi la expresión en el rostro de Conrad y deseé no haberla visto.

—Otro brindis —dijo Steven.

Se puso de pie, incómodo.

—Conozco a Jere de toda la vida. A Belly también, por desgracia.

Le tiré mi servilleta a la cara.

—Hacéis buena pareja —prosiguió Steven, mirándome a los ojos—. Trátala bien, tío. Es un incordio, pero es la única hermana que tengo.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas y abracé a Steven.

—Mira que eres idiota —dije, secándome los ojos.

Cuando volví a sentarme, Jere dijo:

—Supongo que yo también debería decir algo. En primer lugar, gracias por venir. Josh, Redbird, Taylor y Anika. Significa mucho para nosotros que estéis aquí.

Jere me dio un codazo suave y yo lo miré fijamente desde donde estaba sentada, a la espera de que mencionase a Conrad. Le lancé una mirada intencionada, pero no pareció entenderla.

—Di algo tú también, Belly —sugirió.

—Gracias por venir —repetí—. Y Conrad, gracias por esta fantástica comida. Está de narices.

Rieron todos.

Después de cenar, subí a la habitación de Jeremiah y observé mientras se preparaba para salir con los muchachos. Las chicas se quedaban en casa. Le dije a Taylor que podía acompañarlos y coquetear con Redbird, pero dijo que prefería quedarse.

—Se ha comido el bistec con las manos —señaló, con cara de asco.

Jere se estaba poniendo el desodorante y yo estaba sentada en su cama deshecha.

—¿Seguro que no quieres venir? —preguntó.

—Seguro.

Y de repente dije:

—Eh, ¿te acuerdas de cuando encontraste ese perro en la playa? ¿Y le pusimos *Rosie* hasta que nos dimos cuenta de que era un chico y después lo seguimos llamando *Rosie* igualmente?

Me miró, con el ceño un poco fruncido, recordando.

—No fui yo el que lo encontró, fue Conrad.

—No fue él. Fuiste tú. Y lloraste cuando los dueños vinieron a recogerlo.

—No, fue Conrad.

Su voz se había endurecido de repente.

—Creo que no —insistí.

—Fue él.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Completamente. Steven y yo se las hicimos pasar canutas por llorar.

¿Fue Conrad de verdad? Estaba tan segura de ese recuerdo.

Había tenido a *Rosie* durante tres días gloriosos antes de que lo reclamaran. *Rosie* era un encanto. Era de color amarillo y tenía el pelaje suave y discutimos sobre con quién iba a dormir. Decidimos hacer turnos, y el mío fue el último porque era la más pequeña, así que nunca pude dormir con él.

¿Qué más recordaba mal? Yo era la que disfrutaba jugando conmigo misma a «Recuerdas cuando...». Siempre me había enorgullecido de recordar todos los detalles. Me asustaba pensar que mis recuerdos pudiesen estar, aunque fuese sólo ligeramente, equivocados.

Capítulo cuarenta y cuatro

Después de la marcha de los chicos, subimos a mi habitación a hacernos la manicura y a ensayar el maquillaje para la boda.

—Sigo pensando que deberías dejar que te maquillaran —dijo Taylor desde mi cama. Se estaba pintando las uñas de los pies de rosa pálido.

—No quiero gastar más del dinero del señor Fisher. Ya ha gastado más que suficiente —le respondí—. Además, no soporto llevar mucho maquillaje. Parezco otra persona.

—Son profesionales, saben lo que hacen.

—La vez que me llevaste a esa perfumería, me convirtieron en una *drag queen*.

—Ése es su estilo —señaló Taylor—. Al menos deja que te ponga pestañas postizas. Yo voy a llevar y Anika también.

Miré a Anika, tumbada en el suelo con una mascarilla de pepino en la cara.

—Tú ya tienes las pestañas largas.

—Me obliga Taylor —masculló Anika entre dientes, tratando de no resquebrajar la mascarilla.

—Pues no me las pondré —concluí—. Jere sabe cómo tengo las pestañas y no le importa. Además, hacen que me piquen los ojos. ¿Te acuerdas, Tay? Me las pusiste en Halloween y me las quité en cuanto te diste la vuelta.

—Quince dólares echados a perder —rezongó Taylor. Se escurrió de la cama y se sentó a mi lado en el suelo. Me estaba probando varios pintalabios que Taylor había traído de casa. Por ahora, estaba indecisa entre un brillo de labios rosa y un pintalabios de color albaricoque.

—¿Cuál te gusta más? —pregunté.

Tenía el brillo en el labio superior y el pintalabios en el inferior.

—El pintalabios. Destacará más en las fotos —respondió ella.

En un principio, Josh iba a hacer las fotos. Había tomado un par de clases de fotografía en Finch y era el fotógrafo oficial de las fiestas de la hermandad. Pero ahora que el señor Fisher y Denise Coletti estaban involucrados, habíamos contratado a un fotógrafo profesional, un conocido de Denise.

—Creo que me arreglaré el pelo en la peluquería —comentó Taylor.

—Adelante —dije yo.

Nos pusimos el pijama y Taylor y Anika me mostraron su regalo. Un picardías de encaje con braguitas a juego.

—Para la noche de bodas —dijo Taylor con una mirada significativa.

—Eh, sí. Lo había pillado —repuse, sujetando la ropa interior. Esperaba no haberme puesto demasiado roja.

—¿Tienes alguna pregunta para nosotras? —preguntó Taylor, sentándose al borde de la cama.

—¡Taylor! No acabo de salir de un convento. No soy idiota.

—Sólo digo que... —Se interrumpió—. Puede que no te guste mucho el primer par de veces. Quiero decir que por ejemplo yo soy súper pequeña, lo que significa que también lo soy allí abajo, así que al principio me dolió mucho. Puede que a ti no te duela tanto. Díselo tú, Anika.

Anika puso los ojos en blanco.

—A mí no me dolió nada, Iz.

—Bueno, seguro que tienes una vagina muy grande —interrumpió Taylor.

Anika dio a un tortazo en la cabeza a Taylor con la almohada y nos desternillamos de risa. No podía parar.

—Espera un momento, ¿cuánto te dolió exactamente, Tay? ¿Como un puñetazo en el estómago? —indagué.

—¿Quién te ha dado un puñetazo en el estómago? —preguntó Anika.

—Tengo un hermano mayor —le recordé.

—Es un tipo de dolor diferente —dijo Taylor.

—¿Duele más que la regla?

—Sí. Pero diría que es más comparable a una inyección de novocaína en las encías.

—Genial, ahora está comparando tu virginidad con hacerse un empaste —resopló Anika, poniéndose de pie—. Iz, no le hagas caso. Te prometo que es más divertido que ir al dentista. Sería distinto si los dos fuereis vírgenes, pero Jeremiah sabe lo que hace. Cuidará de ti.

A Taylor le entró otro ataque de risa.

—¡Cuidará de ella!

Hice un esfuerzo por sonreír, pero sentía el rostro congelado. Jeremiah había estado con dos chicas más. Su novia del instituto, Mara, y ahora Lacie Barone. Así que sí, estaba bastante segura de que sabría qué hacer. Aunque deseaba que no fuese así.

Estábamos las tres tumbadas en la cama, una al lado de la otra. Estábamos charlando con las luces apagadas y Anika se durmió primero. Había estado dándole vueltas, pensando si debía confiárselo o no a Taylor, explicarle lo de Conrad, lo

confundida que me había sentido. Quería contárselo, pero estaba asustada.

—¿Tay? —susurré. Estaba tumbada a mi lado y yo estaba al borde de la cama porque iba a dormir en la habitación de Jere cuando regresaran los muchachos.

—¿Qué? —dijo, con voz de sueño.

—Ayer ocurrió algo muy extraño.

—¿Qué?

Ahora estaba alerta.

—Conrad se hizo un corte en la pierna haciendo surf y lo ayudé, y compartimos un momento extraño.

—¿Os besasteis? —bufó.

—¡No!

Pero luego susurré:

—Pero lo deseaba. Me sentí... Me sentí tentada.

—Vaya —dijo, soltando un suspiro—. Pero no pasó nada, ¿verdad?

—No pasó nada. Es sólo que... flipé un poco porque lo deseaba. Sólo fue un segundo.

Solté un gran suspiro.

—Me caso en un par de días, no debería estar pensando en besar a otros chicos.

—Conrad no es cualquier chico —dijo con delicadeza—. Es tu primer amor. Tu primer gran amor.

—¡Tienes razón! —exclamé, aliviada. Ya me sentía más ligera—. Es nostalgia. Eso es todo.

Taylor titubeó un momento y después dijo:

—Hay algo que no te he contado. Conrad fue a ver a tu madre.

Se me cortó la respiración.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. La convenció de que asistiese a tu fiesta. Ella se lo contó a mi madre y mi madre a mí...

Me sumí en el silencio. ¿Lo había hecho por mí?

—No te lo conté porque no quería que te hicieses un lío. Porque quieres a Jere, ¿no? ¿Quieres casarte con él?

—Ajá.

—¿Estás segura? Porque no es demasiado tarde. Aún puedes cancelar todo esto, no tienes que hacerlo este fin de semana. Puedes tomarte un poco de tiempo...

—No necesito más tiempo —repliqué.

—Muy bien.

Me di la vuelta.

—Buenas noches, Tay.

—Buenas noches.

Pasó un buen rato hasta que su respiración se volvió pesada y regular y yo permanecí allí tumbada, pensando.

Conrad seguía cuidando de mí. Me levanté de la cama en silencio, crucé la habitación y busqué a tientas por la habitación hasta que lo encontré. Mi unicornio de cristal.

Capítulo cuarenta y cinco

Cuando Susannah nos dejaba en el centro comercial o en la pista de mini golf, siempre ponía a Conrad a cargo de todos.

—Cuida de ellos, Connie. Confío en ti —decía.

Hubo una vez en que nos separamos en el centro comercial porque los muchachos querían ir al salón de videojuegos y yo no. Tenía ocho años. Dije que me reuniría con ellos al cabo de una hora en la cafetería. Fui directamente a la tienda del vidriero. Los muchachos nunca querían entrar en la tienda del vidriero, pero a mí me fascinaba. Pululaba de mostrador en mostrador. Sobre todo me gustaba mirar los unicornios de cristal. Quería comprar uno, pequeñito, pero costaban doce dólares. Yo sólo tenía diez. No podía apartar la vista del unicornio. Lo cogía y lo volvía a dejar para después cogerlo otra vez. Antes de darme cuenta, había pasado una hora, casi dos. Corrí a la cafetería lo más rápido que pude, temiendo que los chicos se hubiesen marchado sin mí.

Cuando aparecí, Conrad no estaba. Jeremiah y Steven estaban sentados en la sección de Taco Bell contando sus vales del salón de videojuegos.

—¿Dónde estabas? —preguntó Steven, irritado.

No le hice ningún caso.

—¿Dónde está Conrad? —pregunté jadeando.

—Ha ido a buscarte —dijo Jeremiah.

Y a Steven le dijo:

—¿Quieres usar los vales para comprar algo o los guardamos para la próxima vez?

—Mejor esperar, me han dicho que traerán premios nuevos la semana próxima.

Cuando Conrad regresó un rato después y me encontró sentada con Steven y Jeremiah y comiendo un cucurucho de helado, se puso furioso.

—¿Dónde estabas?! —chilló—. ¡Tenías que regresar a las tres!

Se me hizo un nudo en el estómago y sentí que iba a ponerme a llorar.

—En la tienda del vidriero —susurré, con el helado goteándome entre los dedos.

—¡Si te hubiese pasado algo, mi madre me habría matado! Me dejó a mí al cargo.

—Había un unicornio...

—Ahora ya no importa. Ya no vendrás nunca más con nosotros.

—¡No, Conrad! Por favor —sollocé, secándome las lágrimas con mi mano pegajosa—. Lo siento mucho, no quería retrasarme.

Se sentía culpable por haberme gritado, se le notaba. Se sentó a mi lado y dijo:

—No vuelvas a hacerlo, Belly. De ahora en adelante, permaneceremos juntos.
¿Vale?

—Vale —dije, sorbiéndome los mocos.

Ese mes de agosto por mi cumpleaños, Conrad me regaló un unicornio de cristal. No el pequeño, sino el grande que costaba veinte dólares. Se le rompió el cuerno durante uno de los combates de Jeremiah y Steven, pero lo conservé. Siempre encima de la cómoda. ¿Cómo podía tirar un regalo como ése?

Capítulo cuarenta y seis

Conrad

Me presenté voluntario para ser el conductor sobrio. Para cuando salimos de casa, los otros ya iban un poco tocados por culpa del vino y la cerveza.

Cogimos el coche del tal Tom o Redbird o *comosellame* porque era el más grande. Era casi un Hummer. Jere se sentó a mi lado y los otros se sentaron en la parte de atrás. Tom metió el brazo entre los dos y encendió la radio. Empezó a rapear con la música, desafinando y sin saber la letra. Josh se le unió y Steven abrió el techo del coche y sacó la cabeza.

Mirando de reojo a Jere, comenté:

—¿Éstos son tus amigos?

Se puso a reír y empezó a rapear.

El bar estaba hasta arriba de gente. Chicas con zapatos de tacón y pintalabios brillante por todas partes, con el pelo lustroso y liso. Al instante, Redbird intentó ponerse a bailar con cada chica que pasaba. Lo rechazaron todas y cada una de las veces.

Fui a la barra a por la primera ronda y Steven me siguió. Estábamos esperando a que el barman se fijara en nosotros cuando me dio una palmada en la espalda y dijo:

—¿Cómo llevas todo esto?

—¿El qué? ¿La boda?

—Sí.

Le di la espalda.

—Es lo que hay.

—¿Crees que es un error?

No tuve que responder nada porque el barman por fin nos vio.

—Cinco chupitos dobles de tequila y también una cerveza —dije.

—¿No vas a tomar chupitos con nosotros? —preguntó Steven.

—Tengo que cuidar de los tarugos, ¿recuerdas?

Llevamos los chupitos a la mesa donde estaban sentados los demás. Los cinco se los bebieron de un trago y Redbird se puso de pie y empezó a golpearse el pecho, gritando como Tarzán. Los otros se partieron de risa y empezaron a animarlo para que fuese a hablar con un par de chicas a la pista de baile. Steven y él fueron a la pista y el resto nos sentamos a observar. Steven estaba teniendo mejor suerte que Redbird. La

chica pelirroja y él empezaron a bailar y Redbird regresó a la mesa, derrotado.

—Iré a por otra ronda —dije.

Suponía que como padrino era mi deber ponerlos como cubas.

Volví con cinco chupitos más de tequila y como Steven seguía en la pista de baile, Jere se bebió el suyo de un trago. Estaba disfrutando tranquilamente de mi cerveza, cuando oí que el tal Josh le decía a Jeremiah:

—Tío, por fin vas a poder cerrar el trato con Belly.

Levanté la cabeza de golpe. Jeremiah tenía el brazo apoyado en la silla de Josh mientras cantaba:

—*It's a nice day for a white wedding.*

¿Aún no se habían acostado?

Entonces oí que Josh decía:

—Eh, ahora tú también eres como una virgen. No has mojado desde Cabo.

¿Cabo? Jeremiah había viajado a Cabo durante las últimas vacaciones de primavera. Cuando Belly y él aún eran pareja.

Jeremiah siguió desafinando:

—*Like a virgin, touched for the very first time.*

Luego se puso de pie.

—Tengo que mear.

Le observé caminar a trompicones hasta el servicio, y Josh dijo:

—Fisher es un cabrón con suerte. Lacie está como un tren.

Tom le dio un codazo y bramó:

—Joder, ¿te acuerdas de cómo nos dejaron encerrados fuera de la habitación?

A mí me dijo:

—Fue la bomba. La bomba. Nos dejaron fuera de la habitación, estaban tar metidos en lo suyo que ni nos oyeron cuando llamamos a la puerta. Tuvimos que dormir en el pasillo toda la puñetera noche.

—La chica también era de las que gritan. Oh, Jere, mmmmm-ahhh-mmmm... —añadió Josh riendo.

Me enfurecí. Bajo la mesa, tenía los puños apretados. Quería golpear algo. Primero a esos dos y después darle una paliza a mi hermano.

Me levanté de la mesa de un salto y me abrí paso por el bar, dando empujones y codazos hasta que llegué al servicio.

Aporreé la puerta.

—Está ocupado —masculló Jere desde dentro y oí como vomitaba en el váter.

Permanecí allí de pie unos segundos más y después me alejé, pasé la mesa de largo y salí al aparcamiento.

Capítulo cuarenta y siete

Los muchachos llegaron una hora más tarde, borrachos como cubas. Había visto a Jere borracho antes, pero nunca así. Estaba tan pedo que los otros prácticamente tuvieron que subirlo a rastras. Casi ni podía abrir los ojos.

—Bellllllly —berreó—. Me voy a casar contigo, nena.

—¡Vete a dormir! —grité desde abajo.

Conrad no estaba con ellos.

—¿Dónde está Conrad? Pensaba que era vuestro conductor sobrio —pregunté a Tom.

Tom se tambaleaba escaleras arriba.

—No sé. Estaba con nosotros.

Salí al coche pensando que quizá había perdido el conocimiento en el asiento trasero, pero no estaba allí. Empezaba a preocuparme, pero justo en ese momento lo atisé a lo lejos, en la playa, sentado en la caseta del socorrista. Me quité los zapatos y me fui hacia allá.

—¡Baja! —grité—. No te duermas ahí arriba.

—Sube tú —contestó—. Sólo un minuto.

Lo consideré durante un segundo. No sonaba borracho; parecía estar bien. Subí por la escalera y me senté a su lado.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunté.

No me contestó.

Contemplé cómo el agua besaba la orilla. La luna estaba en cuarto creciente.

—Me encanta esto por la noche —comenté.

Y entonces, de repente, dijo:

—Tengo que contarte una cosa.

Algo en su tono de voz me asustó.

—¿Qué?

—Jere te engañó cuando estuvo en Cabo —dijo, con la mirada perdida en el océano.

No era lo que esperaba que dijera. Quizá era lo último que esperaba que dijera. Tenía la mandíbula apretada y parecía enfadado.

—Esta noche en el bar, se les ha escapado a los imbéciles de sus amigos.

Me miró al fin.

—Siento que te hayas tenido que enterar por mí. Considero que tienes derecho a

saberlo.

No supe cómo contestarle.

—Ya lo sabía —confesé.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Lo sabías?

—Sí.

—¿Y todavía piensas casarte con él?

Las mejillas me ardían.

—Cometió un error —dije con suavidad—. Se arrepiente de lo que hizo. Le perdoné. Ahora todo va bien. Todo va genial.

A Conrad se le torció la boca en un gesto de indignación.

—¿Es una broma? ¿Pasó la noche en un hotel con una chica cualquiera y te dedicas a defenderlo?

—¿Quién eres tú para juzgarnos? No es asunto tuyo.

—¿No es asunto mío? Ese gilipollas es mi hermano y tú eres...

No acabó la frase, en su lugar, dijo:

—Nunca habría creído que fueses el tipo de chica que tolera algo así de un tío.

—Aguanté cosas mucho peores de ti —respondí automáticamente. Lo dije sin pensar.

—No te engañé ni una sola vez. Ni siquiera me fijé en ninguna otra chica mientras estaba contigo —espetó y le salían chispas de los ojos.

Me aparté de él y empecé a bajar la escalera.

—No quiero seguir hablando de esto.

No comprendía por qué sacaba el tema en ese momento. Lo único que deseaba era hacer desaparecer todo lo que había pasado.

—Creía que te conocía —me reprochó.

—Supongo que te equivocabas —bufé, y bajé el resto de la escalera de un salto.

Oí que saltaba después de mí y empecé a alejarme. Sentía que las lágrimas estaban a punto de brotar y no quería que lo viese.

Conrad corrió detrás de mí y me agarró del brazo. Intenté esconderme la cara, pero me vio y su expresión cambió. Se compadecía de mí. Eso lo empeoraba todo.

—Lo siento. No debía haber dicho nada. Tienes razón. No es asunto mío.

Me aparté de un tirón. No necesitaba su compasión.

Empecé a andar en dirección opuesta a la casa. No sabía adónde iba. Sólo deseaba alejarme de él.

—¡Te sigo queriendo! —gritó.

Me quedé paralizada. Y después, muy lentamente, me di la vuelta y lo miré.

—No digas eso.

Avanzó un paso más.

—No sé si nunca conseguiré superarlo, no del todo. Tengo esa... sensación. De que siempre estarás ahí. Aquí.

Conrad se arañó el corazón y a continuación dejó caer la mano.

—Es sólo porque me voy a casar con Jeremiah. —Detestaba el sonido de mi voz. Temblorosa. Pequeña. Débil—. Por eso sueltas todo esto de repente.

—No es repentino —dijo, con los ojos fijos en los míos—. Siempre ha sido así.

—Da igual. Es demasiado tarde.

Le di la espalda.

—Espera —imploró, y volvió a agarrarme del brazo.

—Suéltame —exigí, y mi voz era fría. Irreconocible. A él también le sorprendió. Se encogió y dejó caer la mano.

—Dime una cosa. ¿Por qué casarse ahora? ¿Por qué no ir a vivir juntos primero?

Yo me había preguntado lo mismo. Aún no había encontrado una buena respuesta.

Seguí andando, pero me siguió. Me envolvió con los brazos por los hombros.

—Suéltame —me retorcí, pero se aferraba a mí con fuerza.

—Espera. Espera.

El corazón me latía desbocado. ¿Y si nos veía alguien? ¿Y si nos oían?

—Si no me sueltas, voy a gritar.

—Escúchame, sólo un minuto. Por favor. Te lo ruego.

Su voz sonaba ronca y ahogada.

Respiré profundamente. Empecé a contar mentalmente hacia atrás. Sólo conseguiría sacarme sesenta segundos. Le dejaría hablar sesenta segundos y luego me marcharía sin mirar atrás. Dos años atrás, esto era todo lo que había deseado que dijera. Pero ahora era demasiado tarde.

En voz baja, dijo:

—Hace dos años, la cagué. Pero no como tú piensas. Esa noche... ¿Recuerdas esa noche? La noche que condujimos de regreso de la universidad y estaba lloviendo a cántaros y tuvimos que detenernos en un motel. ¿Te acuerdas, Belly?

Recordaba esa noche. Claro que me acordaba.

—Esa noche, no dormí. Me quedé despierto, pensando en lo que debía hacer. Porque sabía que te quería. Pero también sabía que no debería. Entonces no tenía derecho a amar a nadie. Después de la muerte de mi madre, estaba tan cabreado... Había una especie de ira en mi interior, continuamente. Creía que iba a explotar en cualquier momento.

Tomó un poco de aire.

—No sabía cómo amarte tal como merecías. Pero sabía quién podía hacerlo: Jere. Él te quería. Si te mantenía a mi lado, iba a hacerte daño. Lo sabía. No podía

permitirlo. Así que te dejé marchar.

Ya había dejado de contar. Sólo me concentraba en respirar. «Inspira y espira.»

—Pero este verano... Dios, este verano. Estar junto a ti de nuevo, hablar contigo como hacíamos antes. Que me volvieras a mirar como antes.

Cerré los ojos. No importaba lo que dijese ahora. Eso fue lo que me repetí.

—Te vuelvo a ver y todos los planes se van a la mierda. Es imposible... Quiero a Jere más que a nadie. Es mi hermano, mi familia. Me odio a mí mismo por hacer esto. Pero cuando os veo juntos, también le odio.

Se le quebró la voz.

—No te cases con él. No vayas con él. Quédate conmigo.

Estaba llorando. Escucharle rogar así, verlo expuesto y vulnerable..., sentí que se me rompía el corazón. Había tantas cosas que quería decirle. Pero no podía. Con Conrad, una vez empezaba, no podía parar.

Me aparté bruscamente de él.

—Conrad...

Me agarró.

—Dime. ¿Todavía sientes algo por mí?

Lo aparté de un empujón.

—¡No! ¿No lo entiendes? Nunca serás lo que Jere es para mí. Es mi mejor amigo. Me quiere por encima de todo. No me arrebató su afecto cuando le apetece. Nadie me ha tratado nunca como él. Nadie. Y mucho menos tú.

»Tú y yo —dije, y me detuve. Tenía que hacerlo bien. Tenía que hacerle comprender que debía dejarme marchar para siempre—. Tú y yo nunca fuimos nada.

Le cambió la cara. Vi que la luz moría en sus ojos. No podía seguir mirándolo.

Seguí andando y esta vez no me siguió. No miré atrás. No podía mirar atrás. Si veía su rostro otra vez, podría no ser capaz de marcharme.

Mientras caminaba, me dije a mí misma: «Aguanta, aguanta sólo un poco más». Sólo cuando estuve segura de que ya no podía verme, sólo cuando la casa volvió a estar a la vista, me permití llorar. Me dejé caer de rodillas en la arena y lloré por Conrad y también por mí. Lloré por lo que nunca sería.

Es un hecho conocido de la vida que no se puede tener todo. En mi corazón sabía que los amaba a los dos, tanto como es posible amar a dos personas a la vez. Conrad y yo estábamos ligados, siempre lo estaríamos. No era algo de lo que me pudiese desprender. Ahora lo comprendía, ese amor no era algo que pudiese borrar, por mucho que lo intentase.

Me puse de pie, me sacudí la arena del cuerpo y entré en la casa. Me metí en la cama de Jeremiah, junto a él. Había perdido el conocimiento y roncaba con fuerza, como siempre que bebía demasiado.

—Te quiero —le dije a su espalda.

Capítulo cuarenta y ocho

A la mañana siguiente, Taylor y Anika fueron a la ciudad a hacer algunos recados de último minuto. Yo me quedé para limpiar los baños, ya que nuestros padres iban a llegar un poco más tarde. Los chicos estaban durmiendo, cosa que agradecí. No sabía lo que le diría o no le diría a Jeremiah. La angustia me consumía. ¿Sería un gesto egoísta o compasivo no explicarle nada?

Me encontré con Conrad al salir de la ducha y no me atreví ni a mirarle a la cara. Le oí marcharse en su coche poco después. No sabía adónde había ido, pero esperaba que permaneciese muy, muy lejos. La herida era demasiado reciente. Me descubrí a mí misma deseando que o él o yo no estuviésemos allí. Yo no podía marcharme, era mi boda, pero deseaba que él lo hiciera. Facilitaría las cosas. Era un pensamiento egoísta. Lo sabía. Al fin y al cabo, media casa pertenecía a Conrad.

Después de hacer las camas y de poner en orden el baño de invitados, bajé a la cocina a prepararme un sándwich. Creía que estaba a salvo, creía que aún estaba fuera. Pero ahí estaba, comiéndose su propio sándwich.

Al verme, Conrad dejó el sándwich en el plato. Parecía de rosbif.

—¿Podemos hablar un momento?

—Estoy a punto de marcharme a hacer unos recados —dije, mirando a algún punto por encima de su hombro, a cualquier cosa menos a él—. Cosas de la boda.

Empecé a alejarme, pero me siguió hasta el porche.

—Escucha, siento lo de anoche.

No dije nada.

—¿Quieres hacerme un favor? ¿Puedes olvidar todo lo que dije?

Sus labios dibujaron una pequeña sonrisa irónica.

Quise partirle la cara a bofetadas.

—Anoche estaba fuera de mí, borracho como una cuba. Estar aquí otra vez me hizo recordar muchas cosas. Pero es agua pasada. Lo sé. Sinceramente, apenas recuerdo lo que dije, pero estoy seguro de que fuera lo que fuese estuvo fuera de lugar. Lo siento mucho.

En ese momento sentí tal furia que creo que me olvidé de cómo se hablaba. Me costaba respirar. Me sentía como un pez dando bandazos fuera del agua, abriendo y cerrando la boca en un intento de encontrar aire. La noche antes ni siquiera había dormido; en lugar de eso le había estado dando vueltas a todas y cada una de las palabras que me dijo. Me sentía tan estúpida. Y pensar que, aunque sólo fuera por un

segundo, había vacilado. Había imaginado cómo sería casarme con él y no con Jeremiah. Lo odiaba por eso.

—No estabas borracho —dije al fin.

—Sí que lo estaba.

Esta vez me ofreció una sonrisa arrepentida. La ignoré.

—¿Sacas a la luz todo eso el fin de semana de mi boda y esperas que lo olvide y ya está? Estás loco. ¿No entiendes que no puedes jugar con la gente de esa manera?

La sonrisa de Conrad se esfumó.

—Espera un momento, Belly...

—No pronuncies mi nombre.

Retrocedí para alejarme de él.

—Ni siquiera lo pienses. De hecho, no vuelvas a hablar conmigo nunca más.

Ahí estaba otra vez la sonrisita irónica.

—Bueno, lo veo un poco difícil teniendo en cuenta que vas a casarte con mi hermano. Vamos, Belly.

No creí que pudiese enfadarme aún más. Estaba tan furiosa que prácticamente escupí al decir:

—Quiero que te vayas. Invéntate una de tus excusas y vete. Vuelve a Boston o a California. No me importa. Te quiero fuera de aquí.

Tenía un tic nervioso en el ojo.

—No me voy a ir.

—¡Vete! —espeté, dándole un fuerte empujón.

Fue entonces cuando vi las primeras grietas en su armadura.

Se le quebró la voz al decir:

—¿Qué esperabas que dijese, Belly?

—¡Deja de decir mi nombre! —chillé.

—¿Qué quieres de mí? —me reprochó—. ¡Me expuse por completo ante ti, joder! Te lo mostré todo y tú me diste la espalda. Y con razón. Sé que no debí decirte nada de eso. Pero ahora estoy aquí intentando encontrar la forma de salir de esta situación con un diminuto fragmento de orgullo intacto para que pueda mirarte a la cara cuando todo esto termine y ni siquiera me lo permites. Anoche me rompiste el corazón, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres oír?

Volví a quedarme sin palabras. Y entonces las encontré. Dije:

—Tú no tienes corazón.

—No, creo que en realidad eres tú la que no tiene corazón.

Ya se estaba alejando cuando grité:

—¡¿Y eso qué significa?! —Me coloqué detrás de él y le retorcí el brazo para que me mirase a la cara—. Dime qué quieres decir con eso.

—Ya sabes lo que significa. —Conrad se apartó de mí con brusquedad—. Te sigo queriendo. Nunca dejé de quererte. Creo que lo sabes. Creo que siempre lo has sabido.

Apreté los labios, negando con la cabeza.

—No es verdad.

—No mientas.

Volví a negar con la cabeza.

—Como tú quieras, pero no voy a seguir fingiendo por ti.

Con esas palabras de despedida, bajó los escalones y fue hasta su coche.

Me desmoroné en el porche. El corazón me latía un millón de trillones de veces por segundo. Nunca me había sentido tan viva. Ira, pesar, alegría. Me lo hacía sentir todo. Nadie más tenía ese efecto sobre mí. Nadie.

De repente, sentí con absoluta certeza que nunca podría dejarle marchar. Era tan sencillo y tan terrible como eso. Me había aferrado a él como un percebe durante años y ahora no podía soltarme. Era culpa mía, en realidad. No podía soltar a Conrad y no podía abandonar a Jeremiah.

¿Cómo solucionaba eso?

Me casaba al día siguiente.

Si lo hacía, si escogía a Conrad, no podría echarme atrás. No podría apoyar otra vez la mano en la nuca de Jeremiah, sentir su suavidad. Como una pluma de pájaro. Jere nunca me miraría como ahora. Me miraba como a su chica. Y lo era, y sentía que siempre había sido así. Todo eso se perdería. Hay cosas que no pueden recuperarse. ¿Cómo podía despedirme de todo eso? No podía. ¿Y qué pasaba con nuestras familias? ¿Qué pasaría con mi madre, su padre? Nos destruiría. No podía hacerlo. Especialmente... especialmente siendo todo tan frágil ahora que Susannah no estaba. Aún estábamos explorando cómo seguir juntos sin ella, cómo seguir siendo esa familia del verano.

No podía renunciar a todo aquello sólo por eso. Sólo por Conrad.

Conrad, que me había dicho que me quería. Por fin había pronunciado las palabras.

Cuando Conrad Fisher decía a una chica que la amaba, iba en serio. La chica podía creerlo. La chica incluso podía apostar su vida por ello.

Eso era lo que estaría haciendo. Estaría apostando mi vida entera por él. Y no podía hacerlo. No pensaba hacerlo.

Capítulo cuarenta y nueve

Conrad

Estaba en el coche, alejándome, con la adrenalina bombeando a tope.

Por fin lo había dicho. Las palabras exactas, en voz alta, a la cara. Era un alivio no tener que cargar con ellas a todas partes. También era un subidón habérselo dicho de una vez. Estaba sumido en una especie de aturdimiento exultante, estaba ebrio. Ella me quería. No necesitaba que me lo dijese en voz alta, lo supe por cómo me miró.

Pero ¿y ahora qué? Si me quería y yo la quería a ella, ¿qué podíamos hacer con tanta gente interponiéndose entre nosotros? ¿Cómo llegaría hasta ella? ¿Tenía que tomarla de la mano y salir corriendo? Estaba convencido de que se marcharía conmigo. Si se lo pedía, estaba seguro de que vendría. Pero ¿adónde iríamos? ¿Nos perdonarían Jere, Laurel, mi padre? Y si me la llevaba conmigo, ¿adónde la conduciría?

Más allá de las preguntas y las dudas, en lo más profundo de mis entrañas residían todos mis remordimientos. ¿Y si se lo hubiese dicho hace un año, hace un mes, una semana incluso, las cosas serían diferentes? Era el día antes de su boda. Dentro de veinticuatro horas estaría casada con mi hermano. ¿Por qué había esperado tanto?

Di vueltas en el coche durante un rato, por la ciudad y después junto a la costa, y luego volví a casa. No había ningún coche aparcado en la entrada, así que creí que la casa estaría vacía durante un rato, pero ahí estaba Taylor, sentada en el porche de delante.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté.

—Hola a ti también.

Se puso las gafas de sol en la cabeza.

—Han salido a navegar.

—¿Por qué no les has acompañado?

—Me mareo.

Taylor me lanzó una mirada escrutadora.

—Tengo que hablar contigo.

Le devolví la mirada, receloso.

—¿De qué?

Señaló la silla junto a la suya.

—Siéntate primero.

Me senté.

—¿Qué le dijiste a Belly anoche?

—¿Qué te ha contado? —respondí, apartando la mirada.

—Nada. Pero se nota que le pasa algo. Sé que anoche estuvo llorando. Tiene los ojos muy hinchados. Me apuesto lo que sea a que estuvo llorando por tu culpa. Otra vez. Estarás orgulloso, Conrad.

Sentí una punzada en el pecho.

—No es asunto tuyo.

A Taylor le echaban chispas los ojos.

—Belly es mi amiga más antigua en el mundo entero. Claro que es asunto mío. Te lo advierto, Conrad. Déjala en paz. La estás confundiendo. Otra vez.

Me dispuse a levantarme.

—¿Has terminado?

—No. Vuelve a poner el culo en la silla.

Me volví a sentar.

—¿Tienes idea del daño que le has hecho, una y otra vez? La tratas como a un juguete con el que te pones a jugar cuando te apetece y al que desechas cuando te cansas. Eres como un niño pequeño. Otro se ha llevado lo que era tuyo y no lo soportas, así que apareces de la nada y lo envías todo a la mierda sólo porque puedes.

Exhalé con fuerza.

—Eso no es lo que quiero hacer.

Taylor se mordió el labio.

—Belly me contó que una parte de ella siempre te amaré. ¿Intentas decirme que no te importa?

—¿Lo dijo de verdad? Nunca he dicho que no me importase.

—Es posible que tú seas el único capaz de evitar que siga adelante con la boda. Pero más te vale estar completamente seguro de que todavía la quieres porque si no, estarás destrozando sus vidas por nada.

Se volvió a poner las gafas.

—No eches a perder la vida de mi mejor amiga, Conrad. No seas el cabrón egoísta de siempre. Sé la buena persona que ella asegura que eres. Déjala marchar.

«Sé la buena persona que ella asegura que eres.»

Creía que podía hacerlo, luchar por ella hasta el fin, sin pensar en nadie más. Tomarla de la mano y correr. Pero si lo hacía, ¿no estaría demostrando que Belly se equivocaba? No era una buena persona. Sería el cabrón egoísta que Taylor describía. Pero tendría a Belly conmigo.

Capítulo cincuenta

Esa noche, cenamos en un restaurante nuevo de la ciudad mis padres, el señor Fisher y todos los jóvenes. No tenía hambre, pero pedí un rollito de langosta y me lo comí entero porque invitaba mi padre. Había insistido él. Mi padre, que siempre llevaba la misma camisa blanca de rayas grises en todas las ocasiones especiales. También la llevaba esa noche, sentado junto a mi madre con su blusa azul marino, y se me llenaba el corazón de ternura cada vez que los miraba.

Y también estaba Taylor, fingiendo interés mientras mi padre se empeñaba en explicarle el sistema nervioso de la langosta. Sentada al lado de Anika, que sí parecía interesada. Junto a Anika estaba mi hermano, con una mueca de aburrimiento en la cara.

Conrad se sentó al final de la mesa, con los amigos de Jere. Hice un esfuerzo consciente para no mirar en su dirección, para concentrarme en mi plato, en Jeremiah, sentado a mi lado. No tendría que haberme molestado, porque Conrad tampoco me miraba. Hablaba con los muchachos, con Steven, con mi madre. Con cualquiera menos conmigo. «Esto es lo que habías deseado —me recordé—. Le dijiste que te dejase en paz. Tú te lo has buscado.»

«No puedes tenerlo todo.»

—¿Estás bien? —susurró Jeremiah.

Levanté la cabeza y le sonreí.

—¡Sí! Claro. Es que estoy llena.

Jeremiah cogió una de mis patatas y dijo:

—Guarda un poco de espacio para el postre.

Asentí con la cabeza. Entonces se inclinó y me besó, y yo le devolví el beso. Después, me pareció ver de reojo un destello de movimiento al final de la mesa, tan rápido que podía habérmelo imaginado.

Capítulo cincuenta y uno

Conrad

Esa noche, sentí que iba a enloquecer. Sentado a la mesa con todos, vitoreando cuando mi padre hizo un brindis, intentando no mirar cuando Jere la besó delante de todos nosotros.

Después de la cena, Jere, Belly y sus amigos fueron al paseo marítimo a tomar un helado. Mi padre y el padre de Belly fueron a su hotel. Sólo quedábamos Laur y yo en la casa. Estaba a punto de subir a mi habitación, pero Laurel me detuvo y me dijo:

—Vamos a tomar una cerveza, Connie. Creo que te la mereces, ¿no?

Nos sentamos a la mesa de la cocina con nuestras cervezas. Hizo entrecuchar mi botella con la suya y dijo:

—¿Por qué brindamos?

—¿Por qué si no? Por la feliz pareja.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Laurel sin mirarme a los ojos.

—Bien —respondí yo—. Genial.

—Venga ya. Estás hablando conmigo. ¿Cómo te encuentras?

—¿Sinceramente? —dije tomando un trago de cerveza—. Me está matando.

Laurel me miró con una expresión llena de ternura.

—Lo siento. Sé que la quieres mucho, chico. Esto debe de ser muy duro para ti.

Sentí que se me cerraba la garganta. Intenté aclarármela sin éxito. Sentí que me subía por el pecho hasta los ojos. Iba a llorar delante de ella. Fue por su forma de decirlo, fue como si mi madre estuviese allí, sabiéndolo todo sin que tuviese que contárselo.

Laurel me cogió la mano y la aferró con fuerza entre las suyas. Intenté zafarme, pero la aprisionó con más fuerza.

—Superaremos el día de mañana. Te lo prometo. Tú y yo juntos, chico —prometió, apretándome la mano—. Dios mío, cómo echo de menos a tu madre.

—Yo también.

—Ahora sí que la necesitamos, ¿verdad?

Bajé la cabeza y empecé a llorar.

Capítulo cincuenta y dos

Esa noche quería dormir en la habitación de Jeremiah, pero cuando me dispuse a seguirlo escaleras arriba, Taylor me hizo un gesto admonitorio con el dedo.

—No, trae mala suerte.

Así que yo fui a mi habitación y él a la suya.

Hacía demasiado calor. No podía dormir. Aparté la colcha de una patada y le di la vuelta a la almohada para refrescarme, pero fue inútil. No podía apartar la vista del despertador. La una, las dos. Cuando ya no pude más, me quité las sábanas de encima y me puse el bañador. No encendí ninguna luz, bajé la escalera a tientas. Todos los demás estaban dormidos.

Salí a la piscina, me zambullí y aguanté la respiración lo más que pude. Notaba que los huesos se me empezaban a relajar. Cuando emergí a tomar aire, floté de espaldas y contemplé el cielo. Las estrellas ya habían salido. Adoraba la tranquilidad que se respiraba, el silencio. Lo único que oía era el océano lamiendo la arena.

Al día siguiente me convertiría en Isabel Fisher. Era lo que siempre había deseado, mi sueño de adolescencia se había convertido en realidad multiplicado por mil. Y lo había echado a perder. O más bien, estaba a punto de echarlo a perder. Tenía que decir la verdad. No podía casarme con Jeremiah de esa manera, con un secreto tan grande entre nosotros.

Salí de la piscina, me cubrí con una toalla, entré en la casa y subí hasta la habitación de Jeremiah. Estaba dormido, pero lo zarandé un poco para despertarlo.

—Tengo que hablar contigo —dije.

El agua de mi pelo le goteaba encima de la almohada, encima del rostro.

—¿No trae mala suerte? —preguntó él, todavía un poco grogui.

—Me da lo mismo.

Jeremiah se enderezó, secándose las mejillas.

—¿Qué pasa?

—Hablemos fuera.

Bajamos al porche y nos sentamos en una tumbona.

—Anoche, Conrad me dijo que aún siente algo por mí —solté en voz baja sin preámbulo alguno.

Sentí que Jeremiah se ponía rígido junto a mí. Esperé a que hablase y cuando no lo hizo, proseguí.

—Le dije que yo no sentía lo mismo, claro. Quería contártelo antes, pero pensé

que sería un error. Que debía guardármelo para mí...

—Voy a matarlo —dijo él, y oír esas palabras saliendo de su boca me dejó de piedra. Se puso en pie.

Intenté obligarle a sentarse a mi lado, pero se resistió.

—Jere, no. No lo hagas. Por favor, siéntate aquí y habla conmigo —imploré.

—¿Por qué le proteges?

—No... Yo no... No le protejo.

Inclinó la cabeza hacia abajo para mirarme.

—¿Te vas a casar conmigo para borrar su recuerdo?

—No —respondí, pero salió más como un jadeo—. No.

—El caso es, Bells, que no te creo —señaló Jeremiah, y su voz sonaba curiosamente indiferente—. Me doy cuenta de cómo le miras. Creo que a mí nunca me has mirado así. Ni una vez.

Me levanté de un salto y aferré sus manos con desesperación, pero las apartó de un tirón. Respiraba con dificultad al decir:

—No es verdad, Jere. No es verdad. Lo que siento por él sólo son recuerdos. Eso es todo. No tiene nada que ver con nosotros. Todo eso pertenece al pasado. ¿No podemos olvidar el pasado y construir nuestro propio futuro? ¿Los dos solos?

—¿Al pasado? —dijo en tono indiferente—. Sé que os visteis en Navidad. Sé que estuvisteis juntos.

Abrí la boca para hablar, pero no salió ninguna palabra.

—Di algo. Venga, intenta negarlo.

—No pasó nada entre nosotros, Jere. Ni siquiera sabía que iba a estar aquí. No te lo expliqué porque...

¿Cuál era la razón? ¿Por qué no se lo había contado? ¿Por qué no se me ocurría ninguna razón?

—No quería que te enfadases por nada.

—Si no fuese nada, me lo habrías contado. En lugar de eso, lo mantuviste en secreto. Después de todo lo que me dijiste sobre la confianza, te guardaste el secreto. Me sentía como una mierda por lo que hice con Lacie, y tú y yo ni siquiera estábamos juntos cuando pasó.

Me sentía enferma.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Importa? —espetó.

—Sí, a mí sí que me importa.

Jeremiah empezó a alejarse de mí.

—Lo sé desde que ocurrió. Conrad mencionó que te había visto, pensaba que yo ya lo sabía. Así que claro, tuve que fingir que sí. ¿Sabes cómo me sentí de imbécil?

—Lo imagino —murmuré—. ¿Por qué no dijiste nada?

Estábamos solamente a un par de metros de distancia, pero parecían kilómetros. Era por sus ojos. Eran tan distantes.

—Esperaba que me lo dijese, pero no lo hiciste.

—Lo siento. Lo siento mucho. Tendría que habértelo contado. Me equivoqué.

Era una tontería. El corazón me latía muy rápido.

—Te quiero. Nos casaremos mañana. Tú y yo, ¿lo recuerdas?

Cuando no contestó, volví a preguntar:

—¿Verdad que sí?

—Tengo que salir de aquí —dijo, al fin—. Necesito pensar.

—¿Puedo acompañarte?

Esta vez la respuesta fue pronta y devastadora.

—No.

Se marchó y no intenté seguirlo. Me fallaron las piernas en los escalones. No las sentía. No sentía mi cuerpo. ¿Estaba ocurriendo de verdad? ¿Era real? No lo parecía.

Capítulo cincuenta y tres

Fuera, en alguna parte, cantaba un jilguero. O puede que fuese un gorrión. Mi padre había intentado enseñarme los distintos tipos de cantos de pájaro, pero no conseguía recordarlos del todo. El cielo estaba gris. Aún no llovía. Pero en cualquier momento empezaría a diluviar. Era una mañana como cualquier otra en la playa de Cousins. Sólo que no lo era, porque iba a casarme.

Estaba casi segura de que iba a casarme. El único problema era que no tenía ni idea de dónde estaba Jeremiah o si pensaba regresar.

Sentada ante el espejo de mi tocador, con mi albornoz rosa puesto, trataba de rizarme el pelo. Taylor estaba en la peluquería y había intentado convencerme de que me dejase peinar por un profesional, pero me negué. La única vez que me había dejado peinar allí, el resultado fue horrible. El pelo me quedó como el de una participante en un concurso de belleza, rígido y voluminoso. No parecía yo. Consideraba que ese día, más que ningún otro, debía ser yo misma.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —respondí, intentando arreglarme un rizo que ya se había quedado lacio.

Se abrió la puerta. Era mi madre. Ya estaba vestida. Llevaba una americana y pantalones de lino y tenía un sobre amarillo en las manos. Lo reconocí en seguida: era el papel que utilizaba Susannah. Era tan típico de ella. Deseé ser digna de su estima. Me dolía pensar que la había defraudado tanto. ¿Qué diría si lo supiera?

Mi madre cerró la puerta tras ella.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó.

Le entregué el rizador de pelo. Ella dejó la carta en el tocador. Se colocó detrás de mí y me separó el pelo en tres partes.

—¿Te ha maquillado Taylor? Estás muy guapa.

—Sí, ha sido ella. Gracias. Tú también estás muy guapa.

—No estoy preparada para esto —dijo ella.

Observé su reflejo en el espejo, enrollando mi pelo en torno al rizador, con la cabeza baja. Mi madre me pareció muy hermosa en aquel momento.

Apoyó las manos en mis hombros y me miró a través del espejo.

—Esto no es lo que yo deseaba para ti. Pero aquí estoy. Es el día de tu boda. Mi única hija.

Alargó el brazo y me cogió la mano. La apretó con tanta fuerza que me hizo daño.

Deseé sincerarme con ella, confesarle que todo era un desastre, que ni siquiera sabía dónde estaba Jeremiah o si nos casaríamos. Pero le había costado tanto llegar hasta allí que si planteaba una sola duda, bastaría para que le pusiera fin a todo. Me cargaría en hombros y me llevaría bien lejos de esa boda.

Así que lo único que me salió fue:

—Gracias, mamá.

—De nada —dijo ella.

Miró por la ventana.

—¿Crees que el tiempo aguantará?

—No lo sé. Eso espero.

—Bueno, si empeora, trasladaremos la boda al interior de la casa. Nada que no pueda solucionarse.

Entonces me entregó la carta.

—Susannah quería que tuvieses esto el día de tu boda.

Mi madre me besó en la cabeza y salió de la habitación.

Cogí la carta, pasé los dedos sobre mi nombre, escrito en la delicada cursiva de Susannah. Después volví a dejarla en el tocador. Todavía no.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Steven.

—Pasa.

Se abrió la puerta y entró Steven, cerrándola otra vez. Llevaba la camisa de lino blanco y los caquis que llevaban todos los padrinos.

—Hola —dijo, sentándose en mi cama—. Llevas un peinado muy bonito.

—¿Ha vuelto?

Steven titubeó.

—Dímelo, Steven.

—No. No ha vuelto. Conrad ha salido a buscarlo. Cree saber adónde fue Jere.

Solté un suspiro. Estaba aliviada, aunque ¿cómo iba a reaccionar Jeremiah cuando viese a Conrad? ¿Y si sólo empeoraba las cosas?

—Llamará en cuanto lo encuentre.

Asentí y volví a coger el rizador. Me temblaba la mano y tuve que estabilizarla para no quemarme la mejilla.

—¿Se lo has contado a mamá? —preguntó Steven.

—No. No se lo he explicado a nadie. Por el momento, no hay nada que contar.

Enrollé un mechón de pelo en torno al rizador.

—Vendrá. Sé que vendrá.

Y estuve a punto de creérmelo.

—Sí —dijo Steven—. Sí, seguro que tienes razón. ¿Quieres que me quede contigo?

Negué con la cabeza.

—Tengo que acabar de prepararme.

—¿Estás segura?

—Sí. Avísame en cuanto sepas algo.

Steven se puso de pie.

—Lo haré.

Entonces se acercó y me dio unas palmaditas torpes en el hombro.

—Todo saldrá bien, Belly.

—Sí, lo sé. No te preocupes por mí. Encuentra a Jere.

En cuanto se marchó, volví a dejar el rizador de pelo en el tocador. Me temblaba la mano. Acabaría por quemarme el pelo si no me tomaba un descanso. De todos modos, ya tenía el pelo bastante rizado.

Iba a volver. Iba a volver. Sabía que volvería.

Y después, porque ya no quedaba nada más por hacer, me puse mi vestido de novia.

Estaba sentada junto a la ventana, observando a mi padre colgar las luces de Navidad en el porche, cuando Taylor entró como un torbellino en la habitación.

Llevaba el pelo recogido y parecía que lo tenía demasiado tirante en torno a la frente. Traía una bolsa de papel marrón y un café helado.

—Hola, traigo el desayuno. Anika está ayudando a preparar las mesas ahí fuera, pero toda esa humedad no le hace ningún favor a mi pelo —anunció Taylor de un tirón—. No sé cómo decírtelo, pero he notado una gota de lluvia de camino a la casa.

Y entonces dijo:

—¿Por qué te has puesto el vestido de novia? Aún queda un montón para la boda. Quítatelo. Se te va a arrugar todo.

Como no respondí, preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Jeremiah no está aquí.

—Bueno, claro que no, boba. Trae mala suerte ver a la novia antes de la ceremonia.

—No está en casa. Se fue anoche y todavía no ha vuelto —expliqué, con un tono de voz sorprendentemente tranquilo—. Se lo conté todo.

Se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué quieres decir con todo?

—El otro día, Conrad me dijo que aún sentía algo por mí. Y anoche, se lo conté a Jeremiah.

Solté un suspiro que era más como un jadeo. Esos dos últimos días parecían más bien semanas. No sabía cuándo ni cómo había ocurrido todo aquello. Cómo se habían complicado tanto las cosas. Estaba todo hecho un embrollo en mi mente, en mi corazón.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Taylor, tapándose la boca con las manos. Se dejó caer en mi cama—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Conrad ha ido a buscarlo.

Estaba mirando otra vez por la ventana. Mi padre había terminado con el porche y había empezado con los arbustos. Me aparté de la ventana y me dispuse a bajarme la cremallera del vestido.

—¿Qué haces? —dijo Taylor, sorprendida.

—Has dicho que se arrugaría, ¿recuerdas?

Di un paso para salir del vestido y resbaló hasta el suelo, como un charco blanco y sedoso. Luego lo cogí y lo puse en una percha. Taylor me cubrió con el albornoz y después me ató el cinturón como si fuese una niña pequeña.

—Todo se arreglará, Belly.

Alguien llamó a la puerta y las dos nos volvimos de golpe.

—Soy Steven —dijo mi hermano, abriendo la puerta y volviéndola a cerrar detrás de él—. Conrad lo ha traído de regreso.

Me desplomé en el suelo y solté una gran exhalación.

—Ha vuelto —repetí.

—Se está duchando y estará listo para irse en seguida. Para ir a casarse, quiero decir. No para irse otra vez —dijo Steven.

Taylor se arrodilló junto a mí. Apoyada sobre las rodillas, me agarró las manos y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tienes las manos frías —dijo, calentándolas con las suyas.

Y luego añadió:

—¿Quieres seguir adelante? No tienes que hacerlo si no quieres.

Cerré los ojos con fuerza. Estaba tan asustada de que no fuese a volver. Ahora que estaba aquí, todo el miedo y el pánico estaban saliendo a la superficie.

Steven se sentó con nosotras en el suelo. Me rodeó con el brazo y dijo:

—Belly, tómatelo como quieras, ¿vale? Tengo cinco palabras para ti. ¿Estás lista? Abrí los ojos y asentí.

—Déjate la piel o déjalo —dijo solemnemente.

—¿Qué narices quiere decir eso? —espetó Taylor.

Se me escapó una carcajada desde lo más profundo del pecho.

—¿Déjate la piel o déjalo? ¿Déjate la piel o déjalo?

Reí tanto que me corrían las lágrimas por las mejillas.

Taylor se levantó de un salto.

—¡El maquillaje!

Cogió una caja de pañuelos del tocador y me secó la cara con delicadeza. Yo seguía riendo.

—Ponte las pilas, Conklin —dijo Taylor, lanzando una mirada de preocupación a mi hermano. La flor que llevaba en el pelo estaba torcida. Tenía razón, la humedad no le hacía ningún favor a su pelo.

—Está perfectamente. Sólo está echando unas risas, ¿verdad que sí, Belly?

—Déjate la piel o déjalo —repetí, entre risas.

—Creo que está histérica o algo así. ¿Le doy una bofetada? —preguntó Taylor a mi hermano.

—No, lo haré yo —contestó él, avanzando hacia mí.

Paré de reír. No estaba histérica. O quizá sí, sólo un poquito.

—¡Estoy bien! Nadie me dará una bofetada, caray.

Me puse de pie.

—¿Qué hora es?

Steven sacó su móvil del bolsillo.

—Son las dos en punto. Tenemos un par de horas antes de que empiece a llegar gente.

Respirando profundamente, dije:

—Muy bien. Steven, ¿le dirás a mamá que creo que deberíamos trasladar la boda adentro? Si empujamos los sofás a un lado, podremos encajar dos mesas en el salón.

—Pondré a los muchachos a trabajar —prometió.

—Gracias, Stevie. Y Taylor, ¿te importa...?

—¿Quedarme y arreglarte el maquillaje? —preguntó esperanzada.

—No. Te iba a preguntar si te importaría salir un momento. Necesito pensar un poco.

Después de intercambiar una mirada de preocupación, los dos abandonaron la habitación y yo cerré la puerta tras ellos. En cuanto le viese, todo volvería a tener sentido. Tenía que ser así.

Capítulo cincuenta y cuatro

Conrad

Esa mañana me desperté con Steven zarandeando mi cama.

—¿Has visto a Jere? —preguntó.

—Hasta hace solamente tres segundos, estaba dormido —mascullé, todavía con los ojos cerrados—. ¿Cómo quieres que lo haya visto?

Steven paró de zarandearme y se sentó en el borde de la cama.

—Se ha marchado, tío. No le encuentro por ninguna parte y se ha dejado el móvil. ¿Qué demonios ocurrió anoche?

Me puse derecho. Belly debía de habérselo contado. Mierda.

—No lo sé —respondí, restregándome los ojos.

—¿Qué hacemos?

Todo eso era por mi culpa.

Salí de la cama y dije:

—Sigue con lo tuyo y vístete para la boda. Yo iré a buscarlo. No le cuentes nada a Belly.

—Suena bien. Pero ¿Belly no debería saberlo? —dijo, aliviado—. No queda mucho para la boda. No quiero que se prepare si no va a venir.

—Si no estoy aquí dentro de una hora, se lo puedes contar.

Me quité la camiseta y me puse la camisa blanca de lino que Jere nos había obligado a comprar.

—¿Adónde irás? —preguntó Steven—. Será mejor que te acompañe.

—No, tú quédate aquí y cuida de ella. Le encontraré.

—Entonces, ¿sabes dónde está?

—Sí, eso creo —respondí. No tenía ni idea de dónde estaba el muy cabrón. Sólo sabía que tenía que solucionar ese enredo.

De camino a la puerta, Laurel me detuvo y dijo:

—¿Has visto a Jere? Tengo que darle una cosa.

—Ha salido a recoger una cosa para la boda. Voy a buscarlo. Ya se lo doy yo.

Me entregó un sobre. Reconocí el papel en seguida. Era el de mi madre. El nombre de Jere estaba escrito con su letra.

Con una sonrisa, Laurel dijo:

—¿Sabes qué?, creo que así será mejor, viniendo de ti. A Beck le gustaría, ¿no

crees?

Asentí.

—Sí, creo que le gustaría.

No pensaba regresar sin Jere.

En cuanto salí, corrí hasta el coche y lo arranqué a toda prisa.

Primero fui al paseo marítimo, después al parque de *skate* al que íbamos de niños, después el gimnasio, luego una cafetería donde parábamos de camino a la ciudad. Siempre le habían gustado sus batidos de fresa. Pero no estaba allí. Di una vuelta por el aparcamiento. Ni coche, ni Jere. No le encontraba por ninguna parte y mi hora se estaba acabando. La había fastidiado. Steven se lo iba a explicar a Belly y habría otra ocasión épica en que le habría destrozado la vida. ¿Y si Jere se había marchado de Cousins? Por lo que sabía, ya podía estar incluso en Boston.

Me habría encantado experimentar una súbita epifanía, tener un presentimiento especial que me dijera dónde había ido, dado que éramos hermanos. ¿Adónde iría Jeremiah si estuviese disgustado? Iría a ver a mi madre. Pero su tumba no estaba allí, estaba en Boston.

En Cousins, mi madre estaba por todas partes. Entonces me vino como un rayo: el jardín. Quizá Jere había ido al jardín del refugio. Llamé a Steven de camino hacia allí.

—Creo que sé dónde está. No le digas nada a Belly

—Muy bien. Pero si no sé nada de ti en media hora, se lo voy a contar. En cualquier caso, le partiré la cara por esto.

Terminamos de hablar cuando paré en el aparcamiento del refugio para mujeres. Localicé su coche en seguida. Sentí una mezcla de profundo alivio y de temor. ¿Qué derecho tenía yo a decirle nada? Yo era el responsable de ese desastre.

Jere estaba sentado en un banco del jardín, con la cabeza entre las manos. Todavía llevaba la ropa de la noche anterior. Al oírme llegar levantó la cabeza de golpe.

—Te lo advierto, tío. No te me acerques.

Seguí avanzando. Cuando estuve frente a él, dije:

—Regresa conmigo a la casa.

Me lanzó una mirada fulminante.

—Vete a la mierda.

—Te vas a casar dentro de dos horas. No tenemos tiempo de hacer esto ahora mismo. Dame un puñetazo de una vez, así te sentirás mejor.

Intenté agarrarlo del brazo y me dio un empujón.

—No, te hará sentir mejor a ti. Pero después del lío que has provocado con tu

discursito, tendría que darte una paliza de muerte.

—Pues hazlo —respondí—. Y luego nos vamos. Belly te está esperando. No la hagas esperar en el día de su boda.

—¡Cállate! —chilló—. No tienes derecho a hablarme de ella.

—Venga, tío. Te lo suplico.

—¿Por qué? Porque todavía la quieres, ¿no?

No esperó a obtener respuesta.

—Lo que quiero decir es ¿por qué, si aún sentías algo por ella, me diste luz verde, eh? Yo hice lo correcto. No actué a espaldas tuyas. Te lo pregunté directamente. Me dijiste que ya no te interesaba.

—No me pedías permiso cuando os pillé besándoos en tu coche. Sí, te di luz verde, porque confiaba en que cuidarías de ella y la tratarías bien. Entonces vas y la engañas en Cabo en las vacaciones de primavera. Así que tal vez debería ser yo el que te pregunte a ti si la quieres o no.

En cuanto solté la última palabra, el puño de Jere conectó con mi cara, fuerte. Fue como cuando te golpea una ola de tres metros; lo único que oía era el zumbido de mis oídos. Me tambaleé hacia atrás.

—Bien —jadeé—. ¿Podemos irnos ya?

Me dio otro puñetazo. Esta vez caí al suelo.

—¡Cállate! —chilló—. No me hables de quién quiere más a Belly. Yo siempre la he amado. Tú, no. Tú la tratabas como si fuese basura. La abandonaste tantas veces, tío. Eres un cobarde. Incluso ahora, eres incapaz de decírmelo a la cara.

Entre jadeos, escupí un poco de sangre y dije:

—Muy bien. La amo. Lo admito. A veces... pienso que es la única chica con la que podría estar. Pero, Jere, te eligió a ti. Es contigo con quien quiere casarse. No conmigo.

Me saqué el sobre del bolsillo, me levanté vacilante y se lo empujé contra el pecho.

—Lee esto. Es para ti, de mamá. Para el día de tu boda.

Tragó saliva y rasgó el sobre para abrirlo. Lo observé mientras leía, esperando, sabiendo que mi madre encontraría las palabras adecuadas. Siempre sabía qué decirle a Jeremiah. Empezó a llorar mientras leía y escondió la cara.

—Voy a regresar —dijo al fin—. Pero no contigo. Tú ya no eres mi hermano. Para mí estás muerto. No te quiero en la boda. No te quiero en mi vida. Te quiero fuera.

—Jere...

—Espero que le hayas dicho todo lo que necesitabas decirle. Porque después de esto, no volverás a verla. Ni a mí. Hemos terminado. Tú y yo hemos terminado.

Me entregó la carta.

—Esto es tuyo, no mío.

Y se marchó.

Me senté en el banco y desdoblé el papel. Ponía:

Querido Conrad.

Y en ese momento, yo también rompí a llorar.

Capítulo cincuenta y cinco

Por la ventana, al fondo de la playa, veía a un grupo de niños pequeños con cubos y palas de plástico buscando cangrejos de arena.

Jere y yo también lo hacíamos. Una vez, creo que tenía ocho años, así que Jeremiah debía de tener nueve, habíamos estado buscando cangrejos de arena toda la tarde e incluso cuando Conrad y Steven vinieron a por él, no se marchó de mi lado.

—Vamos a la ciudad en bici a alquilar un videojuego y si no nos acompañas, esta noche no podrás jugar —le dijeron.

—Puedes ir si quieres —le aseguré, sintiéndome miserable porque sabía que se iría con ellos. ¿Quién escogería a los aburridos cangrejos de arena antes que a un videojuego nuevo?

Titubeó un poco y dijo:

—Me da igual.

Y se quedó.

Me sentí culpable, pero también triunfante porque Jeremiah me había escogido a mí. Era digna de ser elegida antes que a otro.

Jugamos fuera hasta que oscureció. Metimos los cangrejos de arena en un cubo de plástico y después los liberamos. Los observamos mientras se escondían serpenteantes en la arena. Todos parecían saber exactamente adónde se dirigían. Tenían un destino en mente. Casa.

Esa noche, Conrad y Steven jugaron con su videojuego nuevo. Jeremiah observaba. No pidió permiso para jugar, aunque se notaba lo mucho que lo deseaba.

En mis recuerdos siempre sería un campeón.

Alguien llamó a la puerta.

—Taylor, necesito un minuto a solas —dije, dándome la vuelta.

No era Taylor. Era Conrad. Parecía agotado, exhausto. Su camisa blanca de lino estaba arrugada. Sus pantalones también. Cuando se acercó, vi que tenía los ojos inyectados de sangre y se le estaba formando un cardenal en la mejilla. Corrí hasta él.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado?

Hizo que no con la cabeza.

—No deberías estar aquí —dije, retrocediendo—. Jeremiah subirá en cualquier momento.

—Lo sé. Sólo necesitaba decirte una cosa.

Volví a la ventana, dándole la espalda.

—Has dicho más que suficiente. Vete.

Oí que giraba el pomo y cerraba la puerta. Pensé que se había marchado hasta que dijo:

—¿Recuerdas el infinito?

Me volví con lentitud.

—¿Qué le pasa?

Me arrojó algo.

—Atrápalo.

Alargué la mano y lo atrapé en el aire. Un collar de plata. Lo sostuve en el aire y lo examiné. El collar del infinito. No relucía como antes; ahora parecía tener una especie de tono cobrizo. Pero lo reconocí. Claro que lo reconocí.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Ya sabes lo que es.

Me encogí de hombros.

—No, lo siento.

Se notaba que estaba dolido y furioso a la vez.

—Muy bien, pues. No te acuerdas. Te lo recordaré. Compré ese collar por tu cumpleaños.

Mi cumpleaños.

Tenía que ser mi decimosexto cumpleaños. Fue la única vez que olvidó comprarme un regalo, el último año que pasamos todos juntos en la casa de la playa, cuando Susannah aún vivía. El año siguiente, cuando Conrad desapareció y Jeremiah y yo fuimos en su busca, lo encontré en su escritorio. Y me lo llevé, porque sabía que me pertenecía. Más adelante, se lo volvió a quedar. Nunca supe cuándo lo había comprado, ni por qué. Solamente sabía que me pertenecía. Oírle decir ahora que era mi regalo de cumpleaños me conmovió como habría deseado que no lo hiciera.

Le cogí la mano y deposité el collar en la palma.

—Lo siento.

Conrad extendió el collar hacia mí.

—Te pertenece, siempre ha sido así. Entonces tuve miedo de dártelo. Considéralo un regalo anticipado de cumpleaños. O un regalo tardío. Puedes hacer lo que quieras con él. Yo no... no puedo seguir guardándolo.

Asentí. Tomé el collar de su mano extendida.

—Siento haberlo echado todo a perder otra vez. Te he hecho daño otra vez y lo siento. Lo siento tanto. No quiero seguir haciéndolo. Así que... No voy a quedarme para la boda. Me marcharé ya. No volveré a verte, al menos en mucho tiempo.

Seguramente es lo mejor. Estar junto a ti de esta manera, duele. Y Jere...

Conrad se aclaró la garganta y dio un paso atrás, dejando espacio entre los dos.

—Te necesita.

Me mordí el labio para no llorar.

—Necesito que sepas que pase lo que pase, valió la pena. Estar contigo, quererte. Todo valió la pena.

Y entonces añadió:

—Os deseo lo mejor. Cuidad bien el uno del otro.

Tuve que luchar contra todos mis instintos para no extender la mano, para no acariciar el morado que se le estaba extendiendo por el pómulo. Conrad no lo habría querido. Le conocía lo suficiente como para saber eso.

Se me acercó y me besó en la frente, y antes de que se apartase, cerré los ojos e intenté memorizar ese momento. Quería recordarlo exactamente como era ahora, sus brazos morenos sobre la camisa blanca, el pelo demasiado corto por delante. Incluso el morado, por mi culpa.

Y se marchó.

Por un segundo, la idea de que tal vez no lo vería nunca más... parecía peor que la muerte. Quise correr tras él. Decirle algo, todo. «No te vayas. Por favor, no te marches nunca. Por favor, quédate siempre junto a mí, para que al menos pueda verte.»

Porque parecía definitivo. Siempre creí que hallaríamos la forma de encontrarnos una vez más. Que ocurriera lo que ocurriese, estaríamos conectados, por nuestras historias, por esa casa. Pero esta vez, esta última vez, parecía definitiva. Como si nunca más nos fuésemos a ver, o si nos veíamos, sería distinto, habría una montaña entre los dos.

Lo supe en mis entrañas. Que éste era el fin. Había tomado mi decisión y él también. Me había dejado marchar. Estaba aliviada, era de esperar. Lo que no había anticipado era que sentiría tal desconsuelo.

Bye bye, Birdie.

Capítulo cincuenta y seis

Era el día de San Valentín. Yo tenía dieciséis años y él dieciocho. Ese año cayó en martes y los martes Conrad tenía clase hasta las siete, así que sabía que no saldríamos en plan cita ni nada. Habíamos hablado de quedar el sábado, puede que para ver una película, pero ninguno de los dos mencionó el día de San Valentín. No era el tipo de chico que regala flores o bombones en forma de corazón. Importaba poco. Yo tampoco era el tipo de chica a la que le interesaban esas cosas, no como a Taylor.

En el instituto, el club de teatro repartía rosas durante la cuarta clase. La gente las había estado comprando durante toda la semana a la hora de comer. Podías enviárselas a quien tú quisieras. En primero, ninguna de las dos tenía novio, así que Taylor y yo nos las enviamos la una a la otra en secreto. Ese año, su novio Davis, le envió una docena de color rosa y le compró una diadema roja a la que le había echado el ojo en el centro comercial. Llevó la diadema todo el día.

Esa noche estaba en mi habitación haciendo los deberes cuando recibí un mensaje de Conrad. Decía: «Mira por la ventana». Salí a mirar, pensando que quizá habría una lluvia de meteoritos esa noche. Conrad siempre estaba al día de esas cosas.

Lo que vi fue a Conrad, saludándome con la mano desde una manta a cuadros extendida en el jardín de casa. Me tapé la boca con la mano y solté un grito. No podía creerlo. Metí los pies en las zapatillas de deporte, me puse el abrigo encima del pijama de franela y bajé la escalera tan de prisa que estuve a punto de tropezar. Salté directamente del porche de casa hasta su brazos.

—¡No puedo creer que estés aquí!

No podía dejar de abrazarlo.

—He venido directamente de clase. ¿Sorprendida?

—¡Muy sorprendida! ¡Creí que ni te acordabas de que era San Valentín!

Dejó escapar una carcajada.

—Vamos —dijo, guiándome hasta la manta. Encima había un termo y una caja de galletas.

»Tumbate —dijo Conrad, estirando las piernas en la manta—. Hay luna llena.

Así que me tumbé junto a él y contemplé el cielo nocturno, negro como la tinta, y la reluciente luna blanca y me estremecí. No porque tuviese frío, sino porque era feliz.

Me envolvió con una esquina de la manta.

—¿Demasiado frío? —preguntó con cara de preocupación.

Negué con la cabeza.

Conrad abrió el termo y vertió un líquido en la taza. Me la pasó y dijo:

—No está muy caliente, pero puede que ayude.

Me apoyé sobre los codos y tomé un sorbo. Era cacao. Tibio.

—¿Está frío? —preguntó Conrad.

—No, está bien.

Después nos tumbamos de espaldas y contemplamos el cielo juntos. Había muchas estrellas. El frío era gélido, pero no me importaba. Conrad me cogió la mano y la usó para señalar las constelaciones y conectar los puntos. Me explicó las historias del Cinturón de Orión y de Casiopea. No tuve valor de decirle que ya las conocía; mi padre me había enseñado las constelaciones de pequeña. Simplemente, me encantaba escuchar a Conrad. Tenía el mismo tono maravillado en su voz, la misma reverencia de siempre que hablaba de ciencia y de la naturaleza.

—¿Quieres entrar? —preguntó al cabo de un rato. Me calentó la mano entre las suyas.

—No me iré hasta que veamos una estrella fugaz —respondí.

—Puede que no la veamos —dijo él.

Me acurruqué feliz junto a él.

—No pasa nada si no la vemos. Sólo quiero intentarlo.

—¿Sabes que los astrónomos las llaman polvo interplanetario? —dijo con una sonrisa.

—Polvo interplanetario —repetí, disfrutando del sabor de las palabras en mi boca—. Suena como el nombre de un grupo.

Conrad espiró aire caliente en mi mano y la metió en el bolsillo de su abrigo.

—Sí, un poco sí.

—Esta noche es..., el cielo es.... —Busqué la palabra idónea que encapsulara cómo me hacía sentir, lo bello que era—. Estar aquí tumbada y contemplar así las estrellas, me hace sentir como si estuviese tumbada sobre un planeta. Es tan amplio. Tan infinito.

—Sabía que lo entenderías —dijo él.

Sonreí. Su rostro estaba cerca del mío y sentía el calor que desprendía su cuerpo. Si giraba la cabeza, nos estaríamos besando. Aunque no lo hice. Me bastaba con estar cerca de él.

—A veces pienso que no confiaré en ninguna otra chica como confío en ti —dijo.

Lo miré sorprendida. Él no me estaba mirando, seguía contemplando el cielo, concentrado. No llegamos a ver ninguna estrella fugaz, pero no me importó ni un poquito. Antes de que acabase la noche, dije:

—Éste ha sido uno de los mejores momentos de mi vida.

—Para mí también —contestó.

No sabíamos lo que nos esperaba. Sólo éramos dos adolescentes, contemplando el cielo una fría noche de febrero. Así que no, no me regaló flores ni bombones. Me regaló la luna y las estrellas. El infinito.

Capítulo cincuenta y siete

Llamó a la puerta una sola vez.

—Soy yo —dijo.

—Pasa.

Estaba sentada en la cama. Me había puesto el vestido otra vez. Pronto empezaría a llegar gente.

Jeremiah abrió la puerta. Llevaba la camisa de lino y los caquis. Aún no se había afeitado. Pero se había vestido. Y no tenía marcas en la cara, ningún cardenal. Lo interpreté como una buena señal.

Se sentó a mi lado en la cama.

—¿No trae mala suerte que nos veamos antes de la boda? —preguntó.

Me inundó una oleada de alivio.

—Entonces ¿habrá boda?

—Bueno, yo ya me he arreglado y tú también —dijo él y me besó en la mejilla—. Estás preciosa, por cierto.

—¿Adónde has ido?

—Necesitaba un poco de tiempo para pensar —contestó él, removiéndose en su asiento—. Ahora ya estoy listo.

Se inclinó y me volvió a besar, esta vez en los labios.

Me eché atrás.

—¿Qué te pasa?

—Ya te lo he dicho, todo va bien. Vamos a casarnos, ¿no? ¿Todavía quieres casarte?

Lo dijo a la ligera, pero oí un tono de desafío en su voz que nunca antes había oído.

—¿No podemos hablar de lo que pasó?

—No quiero hablar del tema —espetó Jeremiah—. Ni siquiera quiero pensar en ello.

—Bueno, yo sí quiero hablarlo. Lo necesito. Estoy asustada, Jere. Te fuiste sir más. No sabía si ibas a volver.

—Estoy aquí, ¿no? Siempre estoy aquí contigo.

Intentó besarme de nuevo, pero esta vez lo aparté de un empujón. Se restregó la mandíbula con la mano bruscamente. A continuación, se puso de pie y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Lo quiero todo de ti. Quiero hasta el último trozo. Pero tú te sigues conteniendo.

—¿De qué estamos hablando? —pregunté con voz estridente—. ¿De sexo?

—En parte. Pero es más que eso. No soy el dueño de todo tu corazón. Sé sincera
Tengo razón, ¿no?

—¡No!

—¿Cómo crees que me hace sentir el saber que soy tu segunda opción? ¿Saber que siempre se dio por hecho que acabaríamos juntos?

—¡No eres mi segunda opción! ¡Eres la primera!

Jeremiah sacudió la cabeza.

—No, nunca seré el primero. Ése siempre será Con.

Golpeó la pared con la palma de la mano.

—Pensaba que podría hacerlo, pero no puedo.

—¿No puedes qué? ¿No puedes casarte conmigo?

La cabeza me daba vueltas como un remolino, y empecé a hablar a toda prisa:

—Vale, quizá tengas razón. Hoy no nos casaremos. Nos mudaremos a ese apartamento. El apartamento de Gary, el que tú querías. Me parece bien. Nos podemos mudar en el segundo semestre.

No dijo nada, así que lo repetí, esta vez con un deje de pánico en la voz.

—¿Vale?

—No puedo. No a menos que me mires directamente a los ojos y me digas que no sigues queriendo a Con.

—Jere, te quiero a ti.

—Eso no es lo que te estoy preguntando. Sé que me quieres. Lo que pregunto es, ¿le quieres también a él?

Quise decirle que no. Abrí la boca. ¿Por qué no me salían las palabras? ¿Por qué no era capaz de decir lo que necesitaba escuchar? Sería tan sencillo. Una sola palabra y todo eso se esfumaría. Jere quería perdonar y olvidarlo todo. Lo leía en su rostro: lo único que necesitaba era que le dijese que no. Se casaría conmigo. Si decía la palabra. Una sola palabra.

—Sí.

Jere tomó aire con fuerza. Nos miramos el uno al otro durante un largo momento y entonces bajó la cabeza.

Di un paso adelante para llenar el espacio que había entre los dos.

—Creo... creo que siempre lo amaré un poco. Siempre tendrá un lugar en mi corazón. Pero no le elijo a él. Te elijo a ti, Jeremiah.

Nunca en la vida había sentido que tenía elección respecto a Conrad. Ahora sabía que no era cierto. Tenía elección. Escogí alejarme, entonces y ahora. Escogí a Jeremiah. Escogí al chico que nunca me abandonaría.

Su cabeza seguía inclinada. Deseé que me mirase, que me creyese otra vez. Entonces, levantó la cabeza y dijo:

—Eso no basta. No quiero sólo una parte de ti. Lo quiero todo de ti.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Se acercó a mi tocador y cogió la carta de Susannah.

—Aún no has leído la tuya.

—¡No sabía si ibas a volver!

Pasó los dedos por los bordes, mirándola fijamente.

—Yo también recibí una. Pero no era para mí. Era la de Con. Mi madre debió de confundirse con los sobres. Decía que sólo lo había visto enamorarse una vez. Y fue de ti.

En ese momento, me miró.

—No quiero ser la razón por la que te apartes de él. No seré tu excusa. Tienes que decidirlo por ti misma o nunca podrás olvidarle.

—Ya lo he hecho —susurré.

Jeremiah negó con la cabeza.

—No, no le has olvidado. Y la peor parte es que lo sabía y aun así te pedí que te casaras conmigo. Así que supongo que también tengo parte de culpa, ¿no crees?

—No.

Fingió no haberme escuchado.

—Te decepcionará, porque siempre lo hace. Así es él.

Iba a recordar esas palabras el resto de mi vida. Todo lo que dijo Jeremiah ese día, el día de nuestra boda, lo recordaría. Las palabras que pronunció Jeremiah y su forma de mirarme al decirlas. Con compasión, con resentimiento. Me odiaba a mí misma por ser la que le había vuelto rencoroso, porque eso era algo que nunca había sido.

Extendí el brazo y apoyé la palma de la mano en su mejilla. Podría haberme apartado la mano, podría haber reulado. No lo hizo. Ese gesto tan pequeño me indicó lo que necesitaba saber. Que Jere seguía siendo Jere y que nada lo cambiaría.

—Te sigo queriendo —dijo él, y por su modo de decirlo, supe que si yo quería, se casaría conmigo. Incluso después de todo lo que había ocurrido.

Hay instantes en la vida de una persona que son más trascendentales de lo que imaginamos en ese momento. Cuando miras atrás, dices «ése fue uno de esos momentos que te cambian la vida, uno de esos caminos que se bifurcan, y ni siquiera lo vi venir. No tenía ni idea». Y también hay momentos que sabes que son trascendentales. Que hagas lo que hagas después, tendrán un impacto. Tu vida podría seguir en una o dos direcciones. Actúa o muere.

Éste era uno de esos momentos. Trascendental. Sería difícil encontrar uno más

importante que éste.

Ese día no llovió. Los amigos de Jere y mi hermano trasladaron las mesas, las sillas y los jarrones para nada.

Otra cosa que no pasó ese día: Jeremiah y yo no nos casamos. No habría sido correcto. Para ninguno de los dos. A veces me preguntaba si nos habíamos dado tanta prisa en casarnos para demostrar algo al otro y puede que también a nosotros mismos. Pero después concluía que no, nos amábamos de verdad. Teníamos las mejores intenciones. La boda, nosotros, no estaba escrito.

Unos años después

Queridísima Belly:

Ahora mismo te estoy imaginado, hoy, en el día de tu boda, radiante y encantadora, la novia más bonita que ha habido nunca. Te imagino a los treinta más o menos, una mujer que ha vivido muchas aventuras y romances. Te imagino casándote con un hombre seguro y constante y fuerte, un hombre de ojos generosos. Estoy segura de que tu chico es completamente maravilloso, ¡incluso si su apellido no es Fisher! Ja.

Sabes que no podría quererte más si fueses mi propia hija. Mi Belly, mi niña especial. Verte crecer fue una de las grandes alegrías de mi vida.

Mi niña que sufría y anhelaba tantas cosas... Una gatita a la que llamar Margaret, patines de color arcoíris, ¡gel de baño comestible! Un chico que te besara como Rhett besaba a Scarlett. Espero que lo hayas encontrado, cariño.

Sé feliz. Sed buenos el uno con el otro.

Todo mi amor siempre,

Susannah.

Oh, Susannah. Si nos pudieses ver ahora.

Te equivocaste en un par de cosas. Aún no tengo los treinta. Tengo veintitrés años, casi veinticuatro. Después de que Jeremiah y yo rompiésemos, él volvió a vivir en la casa de la hermandad y, al final, yo acabé viviendo con Anika. En tercero, estudié en el extranjero. Fui a España, donde viví muchas aventuras.

Fue en España donde recibí su primera carta. Cartas de verdad, escritas de su puño y letra. No le respondí, no al principio, pero siguieron llegando, una vez al mes, todos los meses. Volví a verlo por primera vez al año siguiente, en mi graduación. Y entonces lo supe.

Mi chico es bueno y fuerte y generoso, como tú dijiste. Pero no me besa como

Rhett besaba a Scarlett. Me besa aún mejor. Y tenías razón sobre otra cosa. Su apellido sí es Fisher.

Llevo el vestido que mi madre y yo escogimos juntas, de un blanco cremoso, con mangas de encaje y la espalda escotada. El pelo, el pelo que pasamos una hora entera recogiendo, se me está escapando del moño que llevo a un lado, y unos mechones largos y húmedos vuelan en torno a mi cara mientras corremos hacia el coche bajo la lluvia. Hay globos por todas partes. No llevo zapatos, voy descalza y sostengo su americana gris sobre mi cabeza. Él lleva un zapato de tacón alto (pero no demasiado) en cada mano. Se adelanta un poco y abre la puerta del coche.

Nos acabamos de casar.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—No —contesto, entrando en el coche.

Nos estarán esperando para la recepción. No deberíamos hacerles esperar. Pero tampoco es que puedan empezar sin nosotros. Tenemos que bailar el primer baile. *Stay*, de Maurice William and the Zodiacs.

Miro por la ventana y ahí está Jere, al otro lado del césped. Rodea a su pareja con el brazo y nuestras miradas se encuentran. Me saluda con la mano. Yo le devuelvo el saludo y le envío un beso con la mano. Sonríe y vuelve a su pareja.

Conrad abre la puerta del coche y se coloca en el asiento del conductor. Su camisa blanca está empapada, le veo la piel. Está temblando. Me coge la mano, entrelaza sus dedos con los míos y se los lleva a los labios.

—Hagámoslo. Ya estamos mojados los dos.

Arranca el coche y nos ponemos en marcha. Nos dirigimos al océano. Nos damos la mano durante todo el trayecto. Cuando llegamos, está vacío, así que aparcamos directamente en la arena. Aún sigue diluviando.

Salgo del coche de un salto, me subo la falda y grito:

—¡¿Listo?!

Se sube las perneras de los pantalones y después me da la mano.

—Listo.

Corremos hacia el agua, tropezando con la arena, chillando y riendo como niños pequeños. En el último momento, me coge en brazos como si cruzáramos un umbral.

—Si te atreves a hacerme una plancha, te hundirás conmigo —adviento, apretando los brazos en torno a su cuello.

—A donde vas tú, voy yo —dice, lanzándonos a los dos al agua.

Éste es nuestro principio. Éste es el momento en el que se hace realidad. Estamos casados. Somos infinitos. Conrad y yo. El primer chico con el que bailé lento, el primero por el que lloré. El primero al que amé.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, mis más sinceras gracias a Emily Meehan por llegar hasta el final conmigo. Gracias también a Julia Maguire por estar siempre al pie del cañón, a Lucy Ruth Cummins por otra cubierta fantástica, a Justin Chanda y a Anne Zafian por su constante apoyo y a todo el (francamente increíble) equipo de S&S. De ventas a producción, pasando por marketing y publicidad, sois los mejores. Gracias como siempre a Emily Van Beek y a Folio, a mi familia de Pippin y a Siobhan Vivian, mi primera y también mi mejor lectora.

